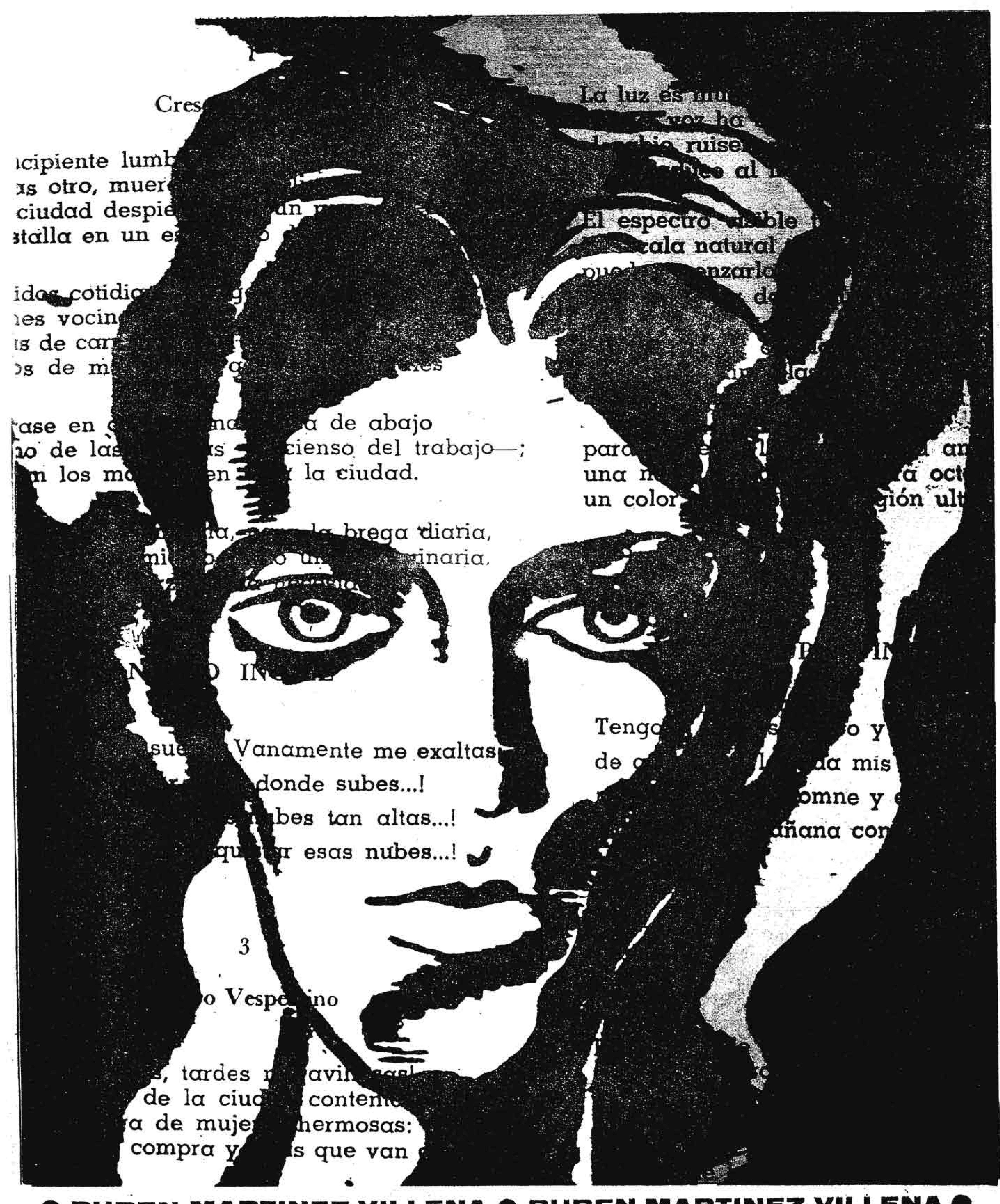



**● RUBEN MARTINEZ VILLENA ● RUBEN MARTINEZ VILLENA ●**

**● RUBEN MARTINEZ VILLENA ● RUBEN MARTINEZ VILLENA ●**

LUNES DE REVOLUCIONLUNES DE REVOLUCIONLUNES DE REVOLUCION

**● RUBEN MARTINEZ VILLENA ● RUBEN MARTINEZ VILLENA ●**
**● RUBEN MARTINEZ VILLENA ● RUBEN MARTINEZ VILLENA ●**



Sale "Lunes de REVOLUCION" a homenajear al revolucionario poeta Rubén Martínez Villena, y sus páginas recogen testimonios críticos y amistosos de algunos de los que compartieron los días del poeta: Pablo de la Torriente Brau, Raúl Roa, Andrés Núñez Olano, Nicolás Guillén, Frank Ibáñez; y de las generaciones sucesivas: Virgilio Piñera, José A. Portuondo, José Rodríguez Feo, Roberto Fernández Retamar, Dora Carvajal y Pablo Armando Fernández.

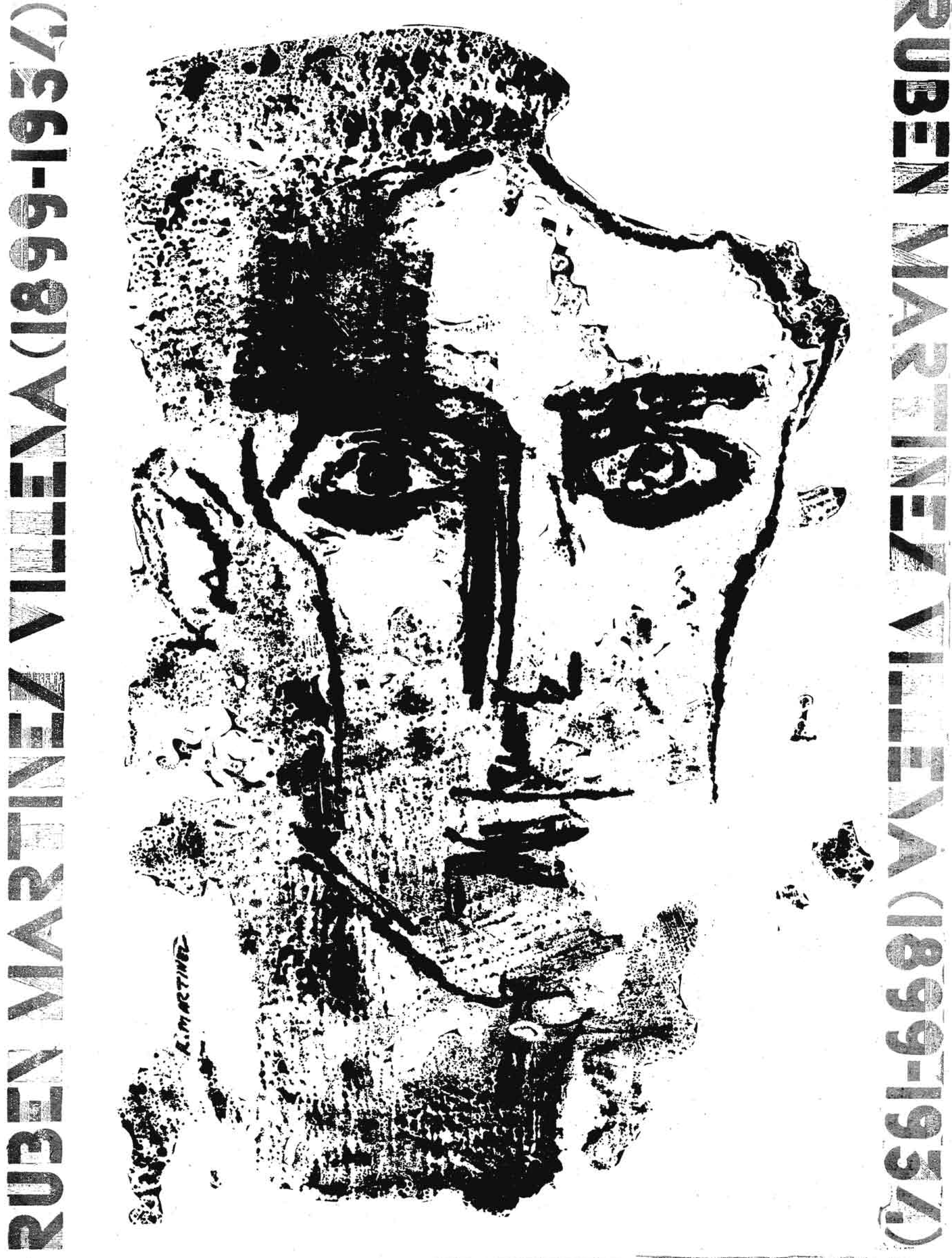
A "Lunes" le hubiese gustado salir con los artículos políticos, polémicos, de Martínez Villena: ese sería el verdadero homenaje que deseamos dedicarle. La ausencia total de ese material en las bibliotecas cubanas, en el archivo de sus amigos, ha imposibilitado èsta labor. La carta a Núñez Olano aparece como un testimonio manuscrito del poeta.

Un día dijo Rubén que él arrojaba sus versos, lo dijo porque podía ofrecer algo infinitamente mejor: el ejemplo de su vida. Ha sido el interés de "Lunes" ofrecer la vida y la poesía de Rubén: ahora aparecen una sola entidad, porque vida y poesía son Rubén Martínez Villena.

director: guillermo cabrera infante
sub-director: pablo armando fernández
director artístico: raúl martínez
número 92, enero 23, 1961
la portada está basada en un dibujo original
del pintor Carlos Enríquez

RUBEN MARTINEZ VILLENA

RUBEN MARTINEZ VILLENA (1899-1934)




RUBEN MARTINEZ VILLENA (1899-1934)

RUBEN MARTINEZ VILLENA

# MELLA, RUBEN y MACHADO

## (Un minuto en la vida de tres protagonistas)

### POR PABLO DE LA TORRIENTE BRAU

VOY a escribir un relato en el que juegan papel fundamental tres verdaderos protagonistas: dos hombres excepcionales, Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena, y una bestia, también excepcional, Gerardo Machado y Morales.

Hoy, mientras la bestia aún vive, convertida en "Asnoerrante", como felizmente ha dicho Raúl Roa parodiando la frase genial de Rubén, éste y Mella están muertos; pero el generoso sacrificio de sus vidas los ascendió a la categoría de héroes y a la evocación de sus nombres se levanta un clamor de admiración. Pertenecen ya a ese tipo singular de hombres por quienes el pueblo siente el irresistible impulso de hacerlos perfectos, sin manchas y sin debilidades...

Alrededor de los tres protagonistas de este relato, que puede ser un capítulo para la biografía de cualquiera de los tres, hay otra serie de individuos de muy diversa importancia dentro del mismo. Están el señor José Muñiz Vergara, con cuya narración y la que me hizo el propio Rubén, he reconstruido el momento histórico; están Barraqué y los Ayudantes Presidenciales, y están los amigos y compañeros de Julio Antonio Mella, que integraron el "Comité Pro Mella", o lo auxiliaron con mayor o menor eficiencia. De este grupo, que tan digna y excepcional actitud asumió entonces, no todos realizaron igual esfuerzo. Pero lo importante no es eso, sino decir, que no todos continuaron firmes en el combate al pasar los años y aún, que más de uno derivó de tal manera en su camino que hoy su nombre para Mella sólo merecería un gesto de desprecio.

Y todo sucedió en el patio de la casa de Jesús María Barraqué, Secretario de Justicia entonces, una mañana, como a las once, el día 12 de diciembre de 1925. Lo recuerdo, porque era día de cumpleaños para mí.

#### MELLA EN LA AGONIA

Julio Antonio Mella, joven, bello e insolente, como un héroe homérico, agonizaba de manera dramática en la Quinta del Centro de Dependientes, abatido día a día por su decisión de no ingerir alimentos, como protesta por su arbitraria prisión. A su alrededor, Olivín Zaldívar, su compañera; Gustavo Aldereguía, su médico; Orosmán Viamontes, su abogado; y Rubén Martínez Villena, Aureliano Sánchez Arango, Leonardo Fernández, Carlos Aponte Hernández, Gustavo Machado, Salvador de la Plaza, José Z. Tallet, Luis F. Bustamante, Jorge Vivó, Jacobo Hurwich, Manuel Cotoño, Israel Soto Barroso y alguno más que lamento no recordar, seguían con ansiedad el angustioso declinar de aquella juventud, espléndida como pocas; de aquella varonía hercúlea del Julio Antonio de los 22 años, tensos aún los elásticos músculos por el esfuerzo de las últimas regatas. Y la muerte era una realidad abrumadora que avanzaba con la implacable ley del almanaque y el reloj.

El grupo de compañeros y amigos, unos como miembros del "Comité Pro Mella", otros como simples colaboradores, luchaba por obtener su libertad, consciente de la enorme responsabilidad que sobre él caía: no se daba un minuto de descanso. Yo recuerdo con estupenda precisión aquellos días en que, con frecuencia, llegaba Rubén al Bufete de Fernando Ortiz, Giménez Lanier y Oscar Barceló —donde trabajaba yo entonces y él había trabajado antes—, nervioso, agitado, y, unas veces me contaba el estado del proceso que marcaba la agonía de Mella, y, otras, bien me pedía que le pusiera "en limpio" algún escrito —era un mecanógrafo bastante irregular—, bien venía acompañado de Jorge Vivó o algún otro compañero para redactar algún escrito, algún boletín o manifiesto. ¡Días febriles aquellos!... Telegramas, cables, discursos, protestas, boletines... Y la República entera, alerta, asustada, expectante, presenciando la estupenda lucha de un hombre que agonizaba por su propia voluntad, rodeado de un escaso número de compañeros, haciéndole frente a una bestia furiosa y omnipotente. ¡Aquella lucha heroica fue la que proclamó hipócritas y cobardes a todos los que después de ella tuvieron el cinismo de continuar rindiendo sus alabanzas al gran homicida...!

Pero Mella se moría, y, a pesar de todas las protestas; a pesar de las manifestaciones efectuadas en varios lugares del extranjero; a pesar de la expectación peligrosa en que se encontraba la República, la estupidez de un hombre cegado por sus instintos no acababa de comprender lo que significaría el que Mella se muriera de hambre como el Alcalde de Cork, por protestar de una prisión arbitraria, al comienzo de la cual lo habían pretendido asesinar en plena calle, al ser trasladado para la cárcel.

Machado, que era lépero en política, y astuto en los negocios, se cegaba al olor de la sangre. El subconsciente de carnicero lo perdía. Machado era incapaz de comprender lo que significaba Mella, muerto de hambre por pedir justicia. ¡Y Mella se moría...!

#### EN BUSCA DE LA LIBERTAD

Por muy revolucionarios que fueran los compañeros de Mella, y por mucho que comprendieran la extraordinaria significación que tendría para el avance del movimiento revolucionario en Cuba, la muerte de Julio Antonio Mella, asesinado por hambre, eran, también, sus camaradas, sus amigos, y, por el conocimiento que tenían de él, adivinaban todo lo que podía esperarse de aquella exuberancia incomparable de vida, puesta, con la pasión de una juventud extraordinaria al servicio total de la revolución. ¡Y Mella se moría!... Se moría porque él no iba a tomar alimentos y el Comité, por más que había habido sus vacilaciones en el mismo, había decidido también no solicitar de él, en sus momentos de lucidez, que rompiera la huelga de alimentos... (Y Mella los hubiera echado de su lado si se lo hubieran pedido!)

Por lo tanto, como se trataba de hombres inteligentes, comprendieron que ser espectadores —protagonistas, así—, de un duelo entre una fiera y un hombre, y conociendo hasta qué punto era bestia en sus terquedades Machado, se decidieron por domar a la fiera!... De ahí la campaña de agitación intensa que desarrollaron y de ahí que, cuando comprendieron que Mella se moría sin que Machado, en su locura sanguinaria comprendiese lo que ello significaba, decidieron enfrentarse con este último para domarlo. Y sobre Gustavo Aldereguía y Rubén Martínez Villena, médico y abogado de Mella, respectivamente, recayeron los papeles de domadores de aquel tigre suelto.

Rubén, que conocía desde los tiempos de Zayas, cuando había luchado en la organización de los "Veteranos y Patriotas", al "Capitán Nemo", pseudónimo del Capitán Muñiz Vergara, hombre singular de numerosos conocimientos, prodigiosa memoria y casi infinitas relaciones, recordó que éste, que conocía a Machado desde largos años, podría, con tal carácter, obtener de él la rápida entrevista que la gravedad del estado de Mella exigía. Pero el "Capitán Nemo", por virtud de su largo conocimiento de la vida y de los hombres, opinó que sería más práctico el ver, antes, a Jesús

María Barraqué, quien, una vez convencido de la conveniencia de poner fianza a Mella, podría obtener de Machado que tal medida se dispusiese.

### CON EL LICENCIADO BARRAQUE

Acordado este plan, por la mañana cogieron el tranvía para ir a casa de Barraqué, Rubén Martínez Villena y Gustavo Aldereguía, acompañados de Muñiz Vergara. Pero este último, metódico en el análisis de todos sus problemas, había llegado a la conclusión de que Gustavo Aldereguía, de temperamento impulsivo, podía echar a perder la entrevista, por lo que, al pasar por la Universidad, le pidió que no los acompañara hasta la casa de Barraqué, con el que se entenderían él y "Villenita", como le decía a Rubén.

Y llegaron solos al patio de la casa de Barraqué, Rubén y Muñiz Vergara. Este, experto conocedor de las maderas del país, se puso a mostrar a Rubén los errores que se estaban cometiendo, por desconocimiento de las mismas, en la colocación de las tablas para un bohío que construía el Lcdo. Barraqué en el patio de su casa, con ocujes, yabas y otras maderas, cuando apareció el entonces Secretario de Justicia, que estaba medio malo. La entrevista con éste, habilidoso y dicharachero, comenzó en buen tono. El "Capitán Nemo" hizo la introducción al problema, para que luego Rubén expusiera las razones del "Comité Pro Mella". Le hablaba Muñiz Vergara al Lcdo. Barraqué sobre la importancia que tendría la muerte de Mella, cuando inesperadamente, hizo su aparición la máquina del Presidente de la República, que acudía, rodeado de ayudantes, a felicitar o a traerle un regalo a la hija de Barraqué que se casaba esa noche, según recuerda el "Capitán Nemo".

### FRENTE A LA BESTIA

Machado, con su cara monstruosa de rana risueña, rodeado de los entorchados de sus Ayudantes Militares, avanzó hacia Barraqué para felicitarle por la boda de la hija. Muñiz Vergara, hombre de altivo continente, se quedó a un lado. Rubén, con sus ojos azules y su boca fruncida, observaba a la bestia disimulándole el odio en la curiosidad de la mirada... De pronto, Machado vió a Muñiz Vergara y se le acercó amabilísimo para abrazarlo. Siempre había sido un hombre que buscaba la simpatía de todo el que pudiera prestarle algún servicio, y el "Capitán Nemo" se los había prestado. Por lo menos, al recordar en un manifiesto al pueblo de Cuba, en 1924, quién había sido desde el poder el General Menocal, candidato de nuevo a la Presidencia de la República, frente a Machado. Este, todo amabilidad, abrazó a Muñiz Vergara y le dijo:

—Compañero, he sabido que ha estado usted por Oriente y que lo han recibido muy bien; pero no me ha ido a ver a mí. ¡Vaya a verme, caramba, vaya a verme!

Al terminar su saludo, Machado quiso retirarse, alegando que estaba interrumpiendo la conversación que sostenía con Barraqué, pero el "Capitán Nemo", aprovechó el buen ánimo del Presidente para detenerlo y presentarle a Rubén, abogado de Mella, y, hablándole con su lentitud característica y ordenándole los razonamientos, le dijo:

—Mire, General: Mella es un buen hijo; Mella no bebe, ni juega... Es un joven apasionado, pero es un buen hijo... ¿Por qué no se le ha de poner fianza, como a cualquier otro preso común?... Porque él no es un preso común, pero, aunque lo fuera, por la ley, se le debe poner fianza... Además, si él muriera a consecuencia de la huelga de hambre que mantiene, se iba a atacar rudamente al Gobierno... se le iba a acusar de ser el responsable de esa muerte... de haberlo asesinado... sólo por no ponerle fianza, que es todo lo que se pide!...

Muñiz Vergara le había hablado al Presidente Machado en un tono persuasivo, jugando con la cadena de platino que cruzaba los bolsillos superiores del chaleco de éste, y, mientras tanto, los ojos metálicos de Rubén, contemplaban la escena, empapándose de la misma, escrutando la personalidad singular y repulsiva de Machado...

Este, aún abordado en este tono y por persona a quien debía consideración, cambió de actitud, aunque sin violentarse, y le contestó al "Capitán Nemo":

—¡Usted sí es un buen hombre, Capitán!... Pero es demasiado ingenuo y cualquiera lo engaña... Mella será un buen hijo, pero es un comunista... Es un comunista y me ha tirado un manifiesto, impreso en tinta roja, en donde lo menos que me dice es asesino... ¡Y eso no lo puedo permitir!... ¡No lo puedo permitir!...

Su voz había cambiado de tono y su actitud también. ¡Pero allí estaba Rubén!... Se le acercó y con aquella voz suya vibrante, mirándole a los ojos, con los suyos tan penetrantes y azules le habló así, rompiendo con todos los protocolos establecidos:

—¡Usted llama a Mella comunista como un insulto, y usted no sabe lo que es ser comunista! ¡Usted no debe hablar de lo que no sabe!...

La voz de Rubén tenía mucho de insulto, de desprecio profundo, de un reto inverosímil casi...

Todavía hoy, cuando Muñiz Vergara recuerda la escena, se asombra de la virilidad extraordinaria de Rubén y dice:

—¡Quién había de pensar que en un hombre tan frágil, se escondiera tanta varonía, tal sentido de la dignidad!...

Machado, sorprendido, afectuoso casi por las palabras de Rubén, por el desprecio que envolvían y por el tono insolente con que las había pronunciado, se replegó. "Parecía un tigre que iba a saltar", cuenta Muñiz Vergara. Se le notaba el asombro de que aquel hombrecito desconocido para él, que se encontraba en casa de Barraqué, ¡de su amigo Barraqué!; en el patio de la casa de éste; rodeado él por sus Ayudantes Militares, todos colgados de entorchados, se hubiera atrevido a interrumpirlo en la forma en que lo había hecho!... Acaso por un segundo, ese pánico instintivo que sienten las fieras a la presencia del hombre que se les enfrenta, recorrió los nervios de Machado. Pero se repuso. Allí estaban sus Ayudantes, colgados de entorchados!... Y como procede en un tigre que considera fácil una presa, hizo como que se doblegaba, y comenzó:

—Tiene usted razón, joven... Yo no sé lo que es comunismo, ni anarquismo, ni socialismo... Para mí todas esas cosas son iguales... Todos son malos patriotas... Tiene usted razón... Pero a mí no me ponen rabo, ni los estudiantes, ni los obreros, ni los veteranos, ni los patriotas... ni Mella. ¡Y lo mato, lo mato...! ¡Lo mato...! (E interpoló una desvergüenza.)

El furor, alcanzando al paroxismo, lo había poseído y gesticulaba como un energúmeno, violento, exasperado, iracundo... La mirada de Rubén, más insultante cada vez, en medio de su rostro, lívido ante la impotencia de destrozar allí mismo a aquella bestia convulsa, lo irritaba cada vez más!... Barraqué lo abrazó, sus Ayudantes lo rodearon y Muñiz Vergara, conservando cierta ecuanimidad en medio de aquel tumulto de personajes omnipotentes, apartó a un lado a Rubén, que ya desbordado, increpaba al carnicero, a quien sus Ayudantes y Barraqué, parece que temerosos de un ataque epiléptico, arrastraban hasta la máquina...

Rubén, que había estado fumando nerviosamente y, según su costumbre cuando se sentía irritado, echando el humo por ambas fosas nasales, botó el cigarro y le dijo a Muñiz Vergara:

—¡Yo no lo había visto nunca; yo no lo conocía; sólo había oído decir que era un bruto, un salvaje! Y ahora veo que es verdad todo lo que se dice. ¡Pobre América Latina, pobre América Española, Capitán, que está sometida a estos bárbaros!... Porque éste no es más que un bárbaro, un animal, un salvaje... ¡una bestia!...

La voz de Rubén, encolerizada, se oía en todas partes, pero ya Barraqué y los Ayudantes, temerosos de que Machado cayese presa de algún ataque, lo arrastraban materialmente hacia la máquina, sin darle tiempo para reaccionar sobre los últimos insultos de Rubén... ¡El tigre, una vez más, huía acobardado ante el hombre!...

Porque no fué sólo Machado quien se humilló ante los ojos inflexibles de Rubén y ante el desprecio de su voz y de sus palabras insultantes. Barraqué también, y los Ayudantes, se sintieron dominados por la entereza, la audacia y el desprecio a la vida mostrados por Rubén. Fue el domador que a latigazos penetró en la jaula de los tigres rugidores!... Mas, ninguno de ellos se atrevió a lanzar el zarpazo y Rubén salió de aquella casa, en donde había insultado al Presidente de la República, a Gerardo Machado y Morales, primero carnicero y después asesino, escoltado por las sonrisas medrosas de Barraqué, asombrado de que hubiera en el mundo un hombre tan "pequeño" capaz de insultar a un hombre tan "grande"!...

Y cuando Machado salió en la máquina, siempre con sus Ayudantes, adornados de colgajos, Barraqué volvió rápidamente al lado de Muñiz Vergara, que trataba de calmar a Rubén contándole famosas anécdotas de la ignorancia supina de Machado, como la conocida "¡NO TREGIVERSE!" y otras, para demostrarle su irresponsabilidad, y empleando sus recursos de viejo criollo, quiso restarle importancia a lo ocurrido; y cuando Muñiz Vergara le insistía a Rubén para que presentara un escrito pidiendo la fianza para Mella, a lo que aquél se negaba alegando que se iban a burlar de todo papeleo y no iban a proveer a la petición, Barraqué, interviniendo en términos jocosos, le aseguró a Rubén que sí se resolvería, que presentasen el escrito, que él se encargaría de todo, y terminó un poco socarronamente, diciéndole:

—¡Pero aconséjele a Mella que coma... que coma, porque el que no come se jorobal... ¡Que coma!...

### EL "ASNO CON GARRAS"

De aquella entrevista, que facilitó sin duda la libertad de Mella, ya casi agónico, vino Rubén para el bufete y allí, todavía con los ojos iluminados de violencia, pero también de burla ya, me contó cómo había sido, suprimiéndole, con su clásica modestia, el marco que tanto elevaba su actitud. Y, formulando su juicio definitivo sobre Machado, me dijo, animándose, contento de su dureza, de su insulto y de su burla:

¡Ese es un salvaje... un animal... una bestia. Es un ASNO CON GARRAS! Y el rostro se le iluminó a Rubén con la alegría del hallazgo, y repitió: ES UN ASNO CON GARRAS... Y se rió feliz por el retrato con que de manera magistral acababa de plasmar ante la Historia aquella bestia, que desde aquel momento y para siempre fue sólo eso, un ASNO CON GARRAS, genial expresión matemática de un alma de tigre y una mentalidad de jumento, que destruyó de un zarpazo cobarde el esplendor glorioso de la juventud de Julio Antonio Mella y destrozó con el destierro, el invierno y las luchas, la pequeña vitalidad generosa de Rubén Martínez Villena!...

Hoy, mientras que Mella y Rubén son dos nombres fulgurantes, como dos estrellas polares, él, tigre sin garras ya, es sólo un "asno errante", un lamentable pollino recibido a palos en todas partes, y que tiene que buscar refugio inestable en los corrales en donde viven los Trujillo, los Hitler, y los Mussolini, sus compañeros de especie zoológica!...

# PARA UN prólogo ESCRITO

## POR RAUL ROA

Yo conocí a Rubén por esa época. Le fui presentado en su casa en una reunión de la Universidad Popular "José Martí", en cuyos cuadros yo deseaba ingresar. Concluída la sesión, tuve la oportunidad de conocer también a su hermana Judith y a José Z. Tallet, novios a la sazón. Una simpatía profunda me ligó en seguida a todos. Con ese motivo mis visitas al centenario y amable caserón de Amargura menudearon. Cierto día, y con mucho misterio, le leí a Rubén un trabajo literario mío en el que había más paja que grano. Me oyó, sin embargo, con apasionado interés. Y poniéndome la mano afectuosamente en el hombro, me dijo: "Está estupendo".

Otro día platicamos de versos. Yo hablé con exaltado entusiasmo de los suyos y hasta le comuniqué mi propósito de escribir un juicio sobre ellos. Pero él prefirió hablar de los versos ajenos. Ramón Rubiera acababa de dar a la estampa "Los Astros Ilusorios" y Rubén había tenido un huequito en el trajín tremendo de su vida revolucionaria para loar sus bellezas. A su juicio, ni Rubiera ni Tallet tenían pares dignos en sus respectivas maneras. Yo le pregunté entonces por qué no recogía su obra lírica en un libro. Y recuerdo que me respondió con estas palabras de Villiers L'Isle Adams, que tan honda impresión le produjeron al leerlas por primera vez: "La notoriedad para el poeta debe ser una cuestión muy secundaria —por no decir absolutamente nula— cuando él se preocupa de su obra: él escribe para justificarse delante de sí mismo y aumentar su misericordia hacia las cosas sensibles". Luego la charla derivó, sin transición alguna, hacia lo político. Me dio la sensación vivísima de estar en un terreno vitalmente grato a su espíritu. Le llamearon los ojos, su voz cobró un timbre extraño, su cuerpo todo era un alambre al rojo blanco.

El asesinato "misterioso" del líder ferroviario Enrique Varona, acaecido pocas noches después en Morón, suscitó un sordo movimiento de protesta en la clase trabajadora, de la cual era aquél uno de sus dirigentes más capaces y queridos. La Universidad Popular "José Martí" demandó, desde su Boletín, el castigo de los culpables.

Brotó el cooperativismo y floreció la guataca. En las esferas oficiales, se empezó a hablar de prórroga de poderes. Las muertes "misteriosas" se sucedieron con aterradora frecuencia, especialmente en el campo. Como eran en su mayoría gente trabajadora y humilde, y la prensa toda le hacía el juego al gobierno, llegaban con enorme dificultad al conocimiento público.

Los integrantes de la Universidad Popular consideramos de extrema necesidad publicar un órgano que mantuviera encendida la protesta revolucionaria contra aquel sistema ominoso. Empero, cuestiones internas inaplazables, dilataron su aparición. Aconteció que la doctrina aprista se infiltró sutilmente en el grupo a través de la prédica habilísima de Luis F. Bustamante. Haya de la Torre completó la disolvente labor enviando cartas enormes y periódicas en las que la auto-apología y el sofisma se conjugaban por igual. Por su parte, Mella nos advertía, desde México, el error clamoroso en que estábamos incurriendo al darle beligerancia al aprismo. La realidad es que, por una razón u otra, no pocos llegaron a sentirse apristas. Pero ni Rubén, ni Aureliano, ni Sarah Pascual tuvieron la más leve vacilación. El problema adquirió tal virulencia que se acordó llevarlo a una discusión definitiva. Se verificó ésta en la Federación de Bahía. Abierto el debate, Sánchez Arango habló, como él sabe hacerlo, defendiendo la tesis de la Liga Antiimperialista contra la supuesta doctrina antiimperialista mantenida por el APRA. Le siguió Esteban Pavletich, que intentó replicar su argumentación contundente. Habló entonces Rubén. Y habló, no obstante la debilidad visible que ya lo minaba, durante siete horas seguidas, sin parar un minuto, repartiendo tajos y llamaradas, pulverizando las interrup-

ciones y sofismas de Bustamante, que fue su adversario, llenando la atmósfera de un humo ardiente de metáforas y sarcasmos. La doctrina aprista salió hecha pedazos de aquella embestida dialéctica. Sometido a votación el asunto, la Universidad Popular permaneció adherida a su doctrina inicial. El nacional-reformismo había sido definitivamente arrojado de su seno.

Pero aquella batalla había de costarle cara a Rubén. Estuvo varios días enfermo a consecuencia de haber salido a la calle todavía sofocado y lloviznando. Empezó a sentirse mal. Una palidez marcada se apoderó de su rostro levemente rosado. Huyeron el apetito y el sueño y sufrió de mareos. Pero él era hombre que anteponía su deber a todo. Se le había designado director de "América Libre" y la revista esperaba por él. La revista salió y en coyuntura propicia: en plena protesta estudiantil contra la Reforma Constitucional y Prórroga de Poderes. El "Gonfalón" y la mayoría de los comentarios editoriales y "entrefilets" fueron redactados por Rubén. Los dos números siguientes se publicaron en el intervalo de un mes.

Cuando el país entero se revolvía magníficamente contra la legalización del continuismo, apareció la "Biología de la Democracia". Era una apología desvergonzada y pseudo-científica de la dictadura en América y particularmente en Cuba. Machado tuvo así su Vallenilla Lanz en Alberto Lamar Schweyer. La "Biología de la Democracia" tuvo escasos panegiristas y muchos detractores y hasta un Anti-Lamar en el libro de Roberto Agramonte "La Biología contra la Democracia", cálidamente acogido por la juventud. Emilio Roig de Leuchsenring, pidió, desde las páginas de "Social", la expulsión de Lamar Schweyer del "Grupo Minorista". El turiferario de la tiranía replicó negando la existencia virtual de éste. El "Grupo Minorista" publicó entonces, redactado por el propio Rubén, un extenso manifiesto desmintiéndolo enérgicamente y recogiendo, a la vez, sus puntos de vista en los problemas literarios, políticos y sociales. Este manifiesto fue, por singular paradoja, el epitafio del "Grupo Minorista".

Se confeccionaba el cuarto número de "América Libre" cuando Rubén Martínez Villena tuvo una aguda congestión pulmonar. Aldereguía ordenó su traslado a la Quinta de Dependientes. La salida de "América Libre" coincidió con la clausura de la Universidad Popular "José Martí" y el célebre "proceso comunista" de 1927. La persecución se desató contra nosotros. Mientras unos tuvimos la fortuna de capearla sin mayores riesgos, otros ingresaron en la cárcel. Como Rubén estaba casi postrado en esos días, fue dejado en la Quinta en calidad de detenido con un policía fijo en su cuarto de enfermo. Dos meses después, y a virtud de serle puesta fianza a los procesados, la vigilancia policíaca fue levantada.

Desde allí Rubén siguió laborando. Pero aquel trabajar a medias y aquella inacción obligada lo ponían violento. Ya no se sentía bien sin el fragor y la inquietud de la lucha. Yo le veía a menudo y conversaba largamente con él. Mi artículo sobre Alejandro Block lo entusiasmó vivamente. Recuerdo emocionado el tono hiperbólico con que me lo encareció delante de César García Pons, uno de sus amigos más solícitos y asiduos.

Aquellos días en la Quinta de Dependientes fueron decisivos para su vida. Fue allí donde su espíritu revolucionario maduró en el aislamiento propicio y de un salto impar cayó en la otra orilla, donde la existencia del hombre era otra vez "milicia sobre la tierra". Pero ahora más que nunca. Ahora era la "lucha final" por traer el paraíso a un mundo donde había, colmándolo, un "dolor que iba desde la mañana hasta la noche, en primavera, verano, otoño e invierno". Ese mundo sufría de esclavitud y de oprobio, sufría hambre y miseria, sufría una injusticia profunda que engendraba el odio y la guerra. Había un solo camino y un solo deber: virar ese mundo al revés y abrirle a los hombres todos, con el pan conquistado, las perspectivas inagotables del cultivo interior y del dominio sobre la naturaleza. Y para lograrlo era ineludible dejar de ser uno, diluirse en la masa, confundirse con ella, interpretar sus anhelos, servir sus intereses, vivir y morir por ella y morir y vivir para ella, para esa cariátide que siendo raíz de la historia "ha cargado sobre su cuello toda la historia dorada de los otros".

Desde su cama de enfermo, Rubén miró en torno suyo y examinó su vida pasada. No tuvo una vacilación ni una duda: como Barbusse él había visto "un resplandor en el abismo". Y como Barbusse se dirigió gozosamente a su encuentro. Todo lo dejaría para acelerar, con su sacrificio, el advenimiento de la nueva vida. Se había hallado al fin a sí mismo: "servir en silencio y desde abajo". El "cambio" decisivo en su destino, que todo su ser implorara diez años atrás, se había producido. La "fuerza concentrada, colérica y expectante", que reclamaba una "función oscura y formidable" había encontrado objeto y sentido: Rubén Martínez Villena ingresó en el Partido Comunista de Cuba. La "semilla en un surco de mármol" devenía semilla en un surco de fuego.

Rubén me dijo un día: "No haré un verso más como esos que he hecho hasta ahora. No necesito hacerlo, ¿para qué? Ya yo no siento mi tragedia personal. Yo ahora no me pertenezco. Yo ahora soy de ellos y de mi partido"...

El domingo siguiente, y en el suplemento literario del "Diario de la Marina" a cargo entonces de José Antonio Fernández de Castro, apareció casi toda su obra poética conocida y una semblanza crítica mía. Rubén me recibió aquella noche alegremente enojado por mi travesura. Me colmó de elogios inmerecidos, me reiteró, no ya su propósito de no hacer un verso más como aquellos, sino que jamás recogería su producción en libro. Y si algún día se decidiera a hacerlo —perspectiva remota— le pondría como subtítulo "Poemas del otro yo".

Pero no sospechaba Rubén el "rollo" que iba a armar la travesura de marras. Fernández de Castro fue el factor determinante. De él fue la idea, lanzada públicamente, de iniciar una colecta pública a fin de publicar sus versos maravillosos como un homenaje al poeta y como una manera indirecta de restituirle los mil pesos ganados, pero no cobrados, en un certamen literario. La propuesta fue ardientemente acogida en el gremio letrado. Núñez Olano la hizo suya en uno de sus impecables "Gestos Cotidianos". Pero no todas las adhesiones y aplausos fueron de buena ley. Jorge Mañach se sumó, primero al proyecto, y luego, en otra glosa, reclamando previamente la exclusividad de la colecta para el gremio de marras, comentó con la peor intención el "aspecto literario" del mismo. Desde el título irónicamente discriminativo —"Elogio de nuestro Rubén"— hasta la última palabra, estaba toda llena de "esquinas cautelosas y recodos contradictorios, tal cual una vieja ciudad colonial".

Rubén Martínez Villena le salió otra vez al paso a Mañach con una carta definitiva. El sentido recóndito de su glosa —medularmente insincera— quedó claramente al desnudo. En este aspecto, la carta de Rubén es una pieza antológica. Yo prefiero, sin embargo, transcribir la parte que Rubén denomina "rectificación necesaria" y que es el nervio central de la misma:

**No habrá tal homenaje, no habrá tal libro —replicó bizarramente Rubén—. De modo explícito, terminante y sincero rechazo lo uno y lo otro. No puedo admitir el disparate (aunque muy cariñoso) de mi libro de versos publicado por suscripción popular. ¿Qué es eso? Si yo hubiera escrito un libro —no en versos pulidos sino en números poco poéticos y en ásperas verdades— demostrando la absorción de nuestra tierra por el capitalismo estadounidense, o las condiciones míseras de la vida del asalariado en Cuba, quizás aceptaría y hasta pidiera que se editara por suscripción popular. En cuanto a la cotización dentro del "gremio", como bondadosamente llamas al conjunto de los escritores, aparte de que no le daría al proyecto "dignidad" alguna, como crees, estoy, si cabe, más decidido a no admitirla.**

**Ya no soy poeta (aunque he escrito versos). No me tengas por tal, y por ende, no pertenezco al "gremio de marras". Yo destrozo mis versos, los desprecio, los regalo, los olvido: me interesan tanto como a la mayor parte de nuestros escritores interesa la justicia social.**

Cogido de nuevo en el brinco, Mañach reaccionó burdamente, haciéndose pasar por un "ser indefenso y humilde", franciscano casi, y achacando innoblemente la actitud beligerante y sarcástica de Rubén a un amoscamiento de su vanidad literaria, "hambrienta de superlativos". Por su parte, Rubén dio por concluido el asunto en una segunda carta tan formidable como la anterior y en la que Mañach no salió mejor parado de sus banderillazos de fuego. La publicación de su obra poética quedó así frustrada por el propio Rubén.

La mayoría de los escritores y toda la juventud revolucionaria estuvieron junto a Rubén en esta sonada polémica. Pero ni aquéllos, ni ésta, compartieron su sincero desdén por sus versos. Esos versos quedarán, con luz propia y eterna, en la historia literaria de nuestro país. Por eso, se recogen hoy y se publican como suyos, sin subtítulos

# PARA UN *prólogo* ESCRITO

aclaradores, como un homenaje ferviente y debido a su genio lírico. Los últimos que realmente escribiera, ya que no pueden estimarse tales algunas estrofillas de carácter social que viven anónimamente en las masas, fueron para festejar las nupcias azules y alegres de Pablo de la Torriente-Brau y de Teté Casuso. Poeta, sin embargo, no dejó de serlo nunca. Poeta nació y poeta morirá. Toda su vida no es más que un emocionante torbellino, un poema rico de sentido humano, de superior calidad trágica.

La estancia en la Quinta mejoró notablemente a Rubén: los colores le volvieron al rostro, engruesó, su lesión tuberculosa entró en proceso de cicatrización. Pero aquel insólito reflorecimiento vital no cabía ya en un cuarto de enfermo. Y no encontrando otra válvula de escape a su energía contenida, se dio a escribir una interpelación marxista del momento cubano, que nunca terminaría. Redactó, asimismo, una entusiasmada semblanza crítica de Regino Pedroso, saludando en él la aparición del poeta proletario.

Transcribo, como muestra, los párrafos que siguen:

**Versos preciosistas. Leyendas fastuosas... Es el consuelo del narcótico; es el suave idear sin más consecuencia que la decepción a la vuelta del ensueño.**

**Mas ¿por qué no hacer goce —gozoso deber— el presente terrible? El poeta clama su "oración inútil". Y ello será broche que cierra una etapa cumplida. ¡Fuera la lima y el buril del miniaturista! Una aurora cierta despuntea victoriosa. Y la nueva rebeldía supone no ya la liberadora fuga al país ideal, sino la lucha de hoy en el terreno árido de la realidad inevitable. Es la revelación de un nuevo aspecto lírico en la evolución poética de Regino Pedroso. A él se deben la "Salutación Fraterna al Taller Mecánico" y "Los Conquistadores".**

**El poeta obrero, descubre, como en el mito de Anteo, una fuerza inagotable que proviene de su origen, y que se mantiene y se renueva con el contacto. Y a golpe de martillo puede forjarse el verso que cante su tragedia, tal cual es, sin evasión consoladora y sin descanso; pero tremante de una "inmensa esperanza". Manos invisibles separan la niebla que cubre los ojos llenos de visiones y una aguda clarinada rompe en la noche del alma un himo nuevo. Gana el verso, entonces, en sinceridad y en fuerza, lo que pierde en voluptuoso movimiento; y es así como, a nuestro ver, Regino Pedroso, artista de florentino refinamiento, narrador de bellas fantasías y amante como un primitivo de los símbolos, las supersticiones y las gemas, entrega hoy a su instrumento, ya sin secretos para el panida, su angustia de hombre de la época, el ritmo de su trabajo de herrero y la sorda cólera y vidente esperanza de su clase, hasta la cual llega hoy el llamado de la fatalidad histórica.**

Poco tiempo después, y desoyendo las advertencias del médico, Rubén abandonó la Quinta de Dependientes. Seis meses más encamado y acaso se habría curado definitivamente. Pero su afán de servicio, su generosidad militante enervaban en él todo instinto de conservación. Volvió a la lucha. Volvió al sindicato. Organizó y predicó. Llevó su palabra agresiva y consoladora a todos los talleres y a todas las fábricas. Vertebró voluntades afines, soldó antagonismos. Fue abogado de los perseguidos y fiscal del imperialismo. En un minuto de tregua, redactó un amplio y documentado trabajo —verdadera tesis marxista— sobre las posibilidades de sumar al movimiento sindical revolucionario a los obreros azucareros, del transporte y tabacaleros. En otro minuto se casó con Asela Jiménez, para, sin dejar de amarla con amor exclusivo, darse aún más a la brega absorbente y tremenda compartida con abnegación ejemplar por aquélla, desdoblada ya hasta su muerte en esposa y camarada de lucha. El Partido Comunista lo llevó a su Comité Central en premio a su abnegación, lealtad y coraje.

Era aquélla una pugna fiera y hermosa, erizada de riesgos y dificultades. La persecución y el terror arreciaban por momentos. El aparato represivo funcionaba con precisión siniestra. Cada mañana un nuevo nombre ignorado iba a acrecer el martirologio fecundo del proletariado cubano. Los escopeteros de la tiranía no respetaban ya hora ni lugar. Ocurrieron hechos crispantes. Un día apareció en el vientre de un tiburón, pescado en la bahía de La Habana, el brazo de un hombre, que, identificado por su esposa, resultó ser de Claudio Bruzón, detenido la tarde anterior con Noske Yalob y el estudiante Manuel Cotoño Valdés. El cadáver de Yalob fue encontrado poco tiempo después en los arrecifes del Morro amarrado a un lingote de hierro. Pero ya Rubén lo había dicho: "aumenta en el peligro la obligación sagrada". El gobierno concentró sobre él una vigilancia acosadora y severa. No se le perdía pie ni pisada. Semanas más tarde, y en ocasión de ir a indagar, como abogado que era de la Confederación Nacional Obrera de Cuba y de la Federación Obrera de La Habana, entonces unidas, la situación de varios huelguistas apaleados y presos, fue detenido en Jaruco.

¿Dónde estaban entonces los que lo insultaron cobardemente desde las páginas anónimas de "Denuncia"? ¿Qué hacían entonces los "revolucionarios" intervencionistas y reaccionarios que se honraron en atacarlo? ¿No había ya Machado acumulado suficientes crímenes y horrores para ponérsele enfrente?

El 19 de enero de 1929 fue cobardemente asesinado en Ciudad México por agentes de Machado, Julio Antonio Mella. Rubén sufrió una sacudida entrañable. La prensa desfiguró miserablemente el móvil político del crimen atribuyéndolo a cuestiones de faldas. En aquel coro de voces inmundas, sólo se alzó, denunciando el repulsivo atentado, un manifiesto, redactado por el propio Rubén, de los antiguos profesores de la Universidad Popular "José Martí". Eran los firmantes, además de Rubén, que lo encabezaba, Aureliano Sánchez Arango, Gustavo Aldereguía, Sarah Pascual y yo.

Al revés de lo que presumieron sus enemigos, el proletariado convirtió su duelo en coraje, afilando su ataque, reorganizando su aparato sindical destruído, profundizando su lucha, elevándola hacia planos superiores, hacia una huelga de masas contra el régimen colonial y sus crímenes. Rubén Martínez Villena puso en la consecución de ese objetivo lo mejor de sus energías y toda su extraordinaria capacidad organizativa.

Rubén se metió, alentado y seguido por Asela Jiménez, en el subsuelo de las organizaciones trabajando día y noche. Fue una faena de meses y meses de oscura y fatigosa labor en la que dejó su salud para siempre. Rara vez se le veía por la calle. Sus amigos, al margen del problema que lo absorbía, no acertaban a entender su actitud. Empero, lo seguían queriendo, acaso por eso mismo, con mayor intensidad. Y él no era remiso al abrazo afectuoso cuando se los tropezaba por ahí.

**Tengo el impulso torvo y el anhelo sagrado**

Era otro Rubén sin dejar de ser el mismo. Sólo que su cara empalidecía y afilaba y la tos pertinaz cortaba su palabra nerviosa y clara. La muerte iba, lentamente, sin resistencia casi, conquistando posiciones estratégicas.

...ro era inútil la advertencia angustiada de Gustavo Aldereguía. Vano el consejo y la súplica de sus allegados. El se había propuesto la realización de un objetivo y lo lograría a costa de todo, aun de sí mismo.

Así fue. El 19 de marzo de 1930, en pleno apogeo del terror machadista, se lanzó la consigna de huelga general política a partir de esa noche a las doce. Esa propia noche se verificó un gran mitin de masas en el Centro Obrero. Había un lleno desbordante, no obstante el férreo cordón policíaco montado en la puerta. Allí estaban todos los amigos íntimos de Rubén. Allí estaba, visiblemente preocupado, el Dr. Luciano Martínez. A eso de las nueve apareció de repente Rubén entre un escudo de brazos fornidos. Saludó a sus amigos, saludó a su padre. Y, al éste insinuarle el gravísimo peligro que estaba corriendo, le respondió veloz con esta frase única, mientras apuntaba una leve sonrisa en sus labios ya exangües, comidos por un mal terrible: "Yo no soy capitán Araña"...

El mitin dio comienzo y Rubén escaló la tribuna. Su figura pálida y vibrante, iluminada y consumida por una fiebre de 39 grados, concentró la mirada anhelante de todos. Esa noche yo tuve la oportunidad de oír la más formidable arenga revolucionaria de toda su vida repleta de arengas. Recuerdo sus primeras palabras, que levantaron un tumulto de aplausos: "Decían que no habría huelga y hay huelga. Decían que yo no hablaría, y estoy hablando"...

El mitin culminó en un vocerío de mar en tormenta. La policía penetró en el local repartiendo "goma" a diestro y siniestro. Rubén logró evadirse disfrazado de chofer, escapando milagrosamente indemne de la cinematográfica y feroz persecución de que fue objeto por una jauría de matones a sueldo.

La huelga del 20 de marzo de 1930 ha pasado a la historia de la lucha de clases en Cuba con relieve específico. Duró veinticuatro horas, no obstante la soberbia declaración de Machado de no tolerarlas más de un cuarto de hora. El Partido Comunista se cubrió de gloria. Pero Rubén Martínez Villena fue condenado a muerte. Machado circuló su nombre a todos los puestos militares de la Isla. Y, como Mella en 1925, se vió obligado a salir del país el 1 de abril de 1930 e instalarse provisionalmente en New York.

Las esquinas de Harlem y el Centro Obrero de habla española, supieron muy pronto de aquella llamarada sonora. Día tras día, fustigó y denunció, calcinado de fiebre y entre golpes de tos, la situación imperante en Cuba. En esa campaña oratoria, fueron compañeros suyos Leonardo Fernández Sánchez, Porfirio Pendás, Carlos Martínez, Felipe González, Manuel Guillot, Aureliano Sánchez Arango y el inolvidable Gabriel Barceló. Junto a él, sin dejarlo un minuto, sofrenando estoicamente su angustia de esposa en ara de la causa revolucionaria, estuvo siempre Asela Jiménez. Pero ya era tanta su tos y tan alta y constante la fiebre, que hubo necesidad de imponerle reposo y silencio, ya que él no parecía percatarse de ello. Ni una ni otra cedieron. Y en vista de su gravedad progresiva fue, en compañía de Sánchez Arango, a verse con un médico. Este lo reconoció atentamente, y al juzgarlo mortalmente enfermo, sin posibilidad de recobramiento inmediato, optó por ocultarle su verdadero estado y le dio, entre frases alentadoras y alguna palmadita en el hombro, un tubito con píldoras. Ya en la calle, Rubén le dijo a Aureliano, mientras arrojaba despectivamente el tubito: "Si se creerá ese imbécil que no sé lo que tengo".

Cuando llegó esa tarde a su cuarto, estuvo a punto de perder el conocimiento, tan débil se hallaba. Su enfermedad entró en una crisis aguda, agravada por la crudeza del clima y la escasez de medios. Fue entonces que se decidió enviarlo a Rusia, a un sanatorio del Cáucaso, como supremo recurso, llevando por propia determinación, no obstante su estado, la representación del C.N.O.C. al congreso de la I.S.R., próximo a celebrarse.

Apenas llegado a Moscú, creyó contadas sus horas, tan espantosamente mal se sentía. De ese instante supremo es esta carta de despedida a su esposa, cuyo texto en su casi totalidad reproduzco. Yo repito ahora mi comentario de otra ocasión: es una clarinada más que un adiós y en ella vive, con eterna palpitación el espíritu impar de Rubén Martínez Villena, como podrá constatarse enseguida:

**En Moscú, septiembre 17 de 1930.**

**Asela, compañera mía, mi amada: Tienes que ser muy fuerte: es necesario y yo te lo pido. Acaso te escriba muy pocas veces más; acaso ésta sea mi última carta. Me he agravado aquí de tal modo, que tengo la convicción de que no hay remedio para mí. Ni siquiera creo iré a algún sanatorio, sino que moriré aquí en Moscú. Figúrate: el 8, después de muchos días de fiebre (salvo dos), en el Hotel, y en un estado de debilidad espantosa, fui a la Sec. Lat. Am. del Comintern, acompañado por Ramírez para tratar al fin de nuestro P. y del caso F. Cuando acabé de informar y pedir para los dos asuntos, estaba hacía rato con un dolor terrible sobre la región apendicular que me llegaba hasta la espalda.**

**Tuve que suplicar suspendieran la sesión por algún tiempo para ver si se me aliviaba: fue peor el dolor, y de allí J. y S. me llevaron al hospital del Kremlin. Vino el médico, reconocimiento, etc., diagnóstico: apendicitis y quizás hubiera que operar el mismo día. Por lo tanto, inyección de morfina y cafeína y traslado inmediato en ambulancia a un hospital quirúrgico. En ese hospital, en que estoy todavía, me hicieron nuevo reconocimiento y diagnosticaron cólico renal derecho. Me pusieron bolsas de agua caliente y por la noche otra inyección de morfina. Al día siguiente desperté sin dolor y el cólico no me ha vuelto; pero aquí en una radiografía pulmonar que me han hecho han encontrado muy mal mi pulmón derecho, y algo afectado también el izquierdo. Mi debilidad general es espantosa; he tenido fiebres altas, llegando un día hasta 39.4. Ayer y hoy (hasta ahora), he tenido muy poca temperatura, y estaba contento con eso, pero desde hace días no me siento bien del vientre y hoy he empezado a echar flemas y sangre! Es decir, tengo la seguridad de que mi tuberculosis se ha extendido al intestino. Claro, que eso significa la muerte.**

**Naturalmente que creo no iré al Cáucaso, sino que lo lógico es que muera aquí mismo. Durante toda mi vida he tenido oportunidad de curarme y no la he aprovechado y ahora que quiero —es decir, quería—, curarme, no tengo oportunidad.**

**Chela de mi vida: no puedo escribir mucho porque me canso. Tú le dirás a mis 3 hermanos que les mando un beso y un abrazo. También a mi padre. Y debes dar mis recuerdos a tu familia, que ha sido, toda, tan buena para mí. Encárgale a Judith un abrazo para Pepe y un beso para el sobrino.**

**Dile a los compañeros, Chela mía, que mi último dolor no es el dejar la vida, sino el dejarla de modo tan inútil para la Revolución y el Partido. ¡Cuánta envidia siento por mi situación de los últimos días de marzo! ¡Qué bueno, qué dulce debe ser morir asesinado por la burguesía! Se sufre menos, se acaba más pronto, se es útil a la agitación revolucionaria!**

**Chela: ¿Qué decirte a ti mía? Tengo tantas cosas que agradecerte. Si te hubiera hecho este caso, también podría agradecerte la vida. Te agradezco en parte la que tuve hasta New York. Dile a nuestro hermano el Chico, que lo he querido y lo quiero como él a mí; él siempre ha sospechado que no lo quiero mucho. (¿Qué será de todos ellos, qué será de mis hermanos presos?) Tengo el consuelo de haberte ayudado a dar un contenido tan grande a la vida, que él mismo te resguardará del dolor de mi pérdida. ¡Hay que estudiar, hay que combatir alegremente por la Revolución, pase lo que pase, caiga el que caiga! ¡No lágrimas! ¡A la lucha! Cuida tu salud y estudia. Tu carta de fecha 21, tan vibrante de noticias, espejo de la lucha formidable de allá, tan llena de vida, me ha dado alientos para lo que vendrá. Estoy conforme. Adiós... o quizás todavía hasta otra,**

**RUBEN.**

Superada la crisis y en cuanto se repuso un poco Rubén, fue trasladado al sanatorio de Tullsbunk, en el Cáucaso.

El reposo, la atención esmerada, la buena alimentación, los aires purísimos del lugar y sobre todo, su inquebrantable voluntad de vivir, operaron favorablemente sobre su deteriorado organismo. Pero su inquietud entrañable vuela a diario sobre la Isla lejana que sabe en formidable palingenesia. De una carta de entonces a su hermana Judith son estos párrafos, que denotan su tedio y su afán de pelea:

**Aquí estoy haciendo la vida monótona del sanatorio, mucho más aburrida aún que la de la Quinta de Dependientes, pues allí iban a verme los amigos y compañeros, ustedes mismos y Asela; aquí he hecho buena amistad con algunos enfermos, pero, naturalmente, muchos no están ligados a mí más que por la coincidencia en este sitio. El lugar es muy bueno, con un gran clima, y el paisaje es magnífico. En realidad estoy estupendamente instalado y tratado. Aquí permaneceré... no sé todavía cuánto tiempo. Acaso hasta el mes de febrero o marzo, en cuyo último mes hará ya un año de mi salida de Cuba.**

**Tú, Chona, debes no dar muchas clases orales; recuerda tus padecimientos de la garganta: yo sé lo que son las clases orales, cómo agotan y cansan, especialmente la garganta. Ultimamente ha descubierto un médico que tengo "amigdalitis hipertrófica": acaso sea de lo mucho que he hablado en mi vida. Pero todavía tengo esperanzas de hablar más. Y de volver allá para seguir la lucha!**

Volver a Cuba, seguir la lucha, vivir la vida peligrosamente, conforme al precepto de Nietzsche, es la obsesión que alucina su sueño y atormenta su insomnio.

Ya en enero de 1931, puede hablar de su notable, casi milagrosa mejoría, y de sus progresos en el conocimiento del ruso. "Ya chapurreo lo fundamental", escribe. Pero aquella existencia monótona y quieta le va resultando imposible. "La vida aquí —comenta—, es tan aburrida como un paseo de carnaval".

En abril del propio año, se le permitió trasladarse a Moscú bajo condiciones determinadas: su inobservancia puede costarle una recaída y una recaída significaba la muerte.

***De atisbar en la vida mis ensueños de muerto.***

## ¡Oh, la pupila insomne y el párpado cerrado!...

# PARA UN prólogo ESCRITO

Los primeros días siguió fielmente las instrucciones del médico. Después las fue cumpliendo a capricho hasta dejarlas por completo a un lado. No tenía tiempo que perder en sí mismo: él tenía que capitalizar en favor del proletariado cubano aquella estancia suya en la U.R.S.S. Se dio así al estudio afanoso de aquel trascendental experimento. Visitó usinas y fábricas, cuarteles y escuelas, museos y cárceles. Siguió con desbordante apasionamiento la construcción victoriosa del socialismo.

Sus cartas entonces revelan su alborozo y su asombro. Los artículos que a la sazón escribiera para distintas publicaciones revolucionarias rebosan su fe inquebrantable en el comunismo y su decisión religiosa de servirlo hasta el último aliento. Pero anheloso de ligarse a la lucha de manera práctica, se puso a trabajar en la Sección Latino-Americana del Comintern. Eso significaba, asimismo, conectarse de cierto modo al problema cubano, que era su pensamiento central. Este dispendio sin tasa, comiendo a deshora y mal y durmiendo apenas, quebrantó de nuevo su salud en precario, sin que Rubén quisiera darse por aludido. Volvieron a reproducirse los síntomas inequívocos de su dolencia. El otoño lo sorprendió con un fuerte catarro. Y vino la recaída. El sanatorio del Cáucaso volvió a ser su refugio. Pero ya sin la efectividad de antes: ahora tenía un pulmón completamente perdido y el otro delicadamente dañado. Si no empeoraba, tampoco acusaba mejoría alguna apreciable: se mantenía por la sobrealimentación y el reposo.

En esos días dolorosos y fríos, en los que él tuvo la visión meridiana de su próximo fin, recibió una carta de su hermana Judith, temblorosa de recuerdos lejanos, de su infancia perfumada e ingenua y en lo hondo de su pecho jadeante hubo como un reflorecimiento de ternura que aguó su mirada.

**La cuestión —le contesta—, es conservar siempre un pedacito interior de niñez; mientras eso exista podemos estar seguros de que aún podemos mejorarnos (ser más comprensivos, aprender cosas nuevas, ser capaces de generosidad), y así podemos alegremente acercarnos a la vejez, mientras algo no sólo permanece joven, sino que está caminando hacia la juventud dentro de nosotros. ¿Sientes tú eso, no es verdad? Yo también, pero es cierto que se me pasa mucho tiempo sin que me de cuenta de que existe ese pedacito de infancia en mi interior (el cual se parece ya mucho a una máquina dura, inflexible, fría), mientras él está allá, en un rincón, como un juguetito frágil perdido bajo un montón de tarecos sucios, feos, viejos.**

Las noticias de Cuba son cada vez más alentadoras. El movimiento revolucionario estaba en alza creciente. Pero las organizaciones obreras sufrían una crisis profunda de elementos capaces de acoplarlas correctamente al ritmo vertiginoso de los acontecimientos: la mayoría de sus dirigentes habían muerto o estaban inutilizados en las cárceles. Rubén Martínez Villena decidió entonces, por sí mismo, su inmediato regreso. Solicitó una entrevista con el director del sanatorio. Y reclamó del mismo su "alta" a virtud de ser absolutamente necesaria su presencia en Cuba. Fueron inútiles los razonamientos del médico. "Yo sé que no tengo cura y quiero darle mis últimas energías a la clase obrera y al Partido Comunista", replicó despidiéndose.

Rubén arribó a New York, animoso y tosiendo, con un pulmón de menos y el otro ya casi destrozado, una mañana brumosa de marzo. No hizo más que pisar tierra y ya estaba sobre una tribuna de la Liga Antiimperialista con el seudónimo de Méndez Valina. Y mientras preparaba sigilosamente su regreso a Cuba multiplicó sus panfletos y colaboraciones en las revistas y periódicos revolucionarios. Fue entonces que Rubén hizo un análisis detenido y profundo de las luchas interimperialistas en Cuba, que es, quizás, su trabajo revolucionario de mayor envergadura y aliento y, seguramente, el único escrito entre nosotros sobre tan fundamental aspecto de la realidad cubana. Fue entonces, asimismo, que redactó ese documento político, maravilloso de penetración y agresividad, que es la crítica del Manifiesto-Programa del A B C, en la que, al propio tiempo que denuncia el contenido reaccionario de éste, precisa el sentido histórico de la transformación de la secta terrorista en partido político fascistizante.

Este formidable trabajo —cuyo análisis detallado llevaría un espacio de que no dispongo—, suscitó un cisco tremendo. El órgano oficial de la dictadura machadista, el "Heraldo de Cuba", aprovechándose del ataque despiadado de Rubén a la dirección abecedaria, reprodujo, previa adulteración insidiosa de su verdadero sentido, los aspectos que mejor convenían a sus intereses políticos.

Rubén Martínez Villena se desapareció un día de New York para reaparecer a la semana siguiente en La Habana, el 19 de mayo de 1933, en plena lucha revolucionaria por sus ideales. Desde las páginas anónimas de "Denuncia", se pretendió enlodar su prestigio revolucionario: detrás del chorro de cieno se ocultaba la pluma malévola y resentida de Jorge Mañach. Pero ya él estaba allí para reafirmar ese prestigio con su ejemplo, largando el resto con abnegación imponente, en duelo cerrado y abierto contra Machado y el imperialismo, como había febrilmente anhelado en sus noches interminables de enfermo. Por eso, le fue fácil silenciar a sus ocultos detractores con un tapabocas dialéctico que tituló **"La Aventura del Artículo de un Comunista y sus Enseñanzas".**

**Nuestros enemigos —concluía Rubén— responden a la espada con la bola de fango y el fango mismo es tan inconsistente que, lejos de alcanzarnos, queda adherido a las manos de nuestros adversarios. El miedo y la sorpresa ante los golpes que el comunismo asesta a todos los "teóricos" de la "salvación del pueblo", el pánico a que las ideas y opiniones de los comunistas arraiguen en las masas, confunde a nuestros enemigos, los enloquece y les obliga a dar los más grotescos pasos en falso, desde apoderarse de nuestros escritos para adulterarlos y usarlos a su antojo, como ha hecho el gobierno en este caso, hasta sembrar la mudez ideológica, rota sólo por el "aullido de odio", como ha ocurrido entre los elementos dirigentes del ABC.**

Pero ya Rubén estaba materialmente extenuado. No pasó mucho tiempo sin que tuviera necesidad imperiosa, no obstante su voluntad indomable, de hospitalizarse otra vez. Gustavo Aldereguía lo empezó a tratar. Era ya, sin duda, un caso perdido. Sin embargo, él creía que acaso una toracoplastia podría por lo menos dilatar su muerte.

Yo lo fui a ver entonces. Cuando caí conmovido en sus brazos me pareció que abrazaba una sombra, una sombra afilada, una sombra que irradiaba rayos solares. Era el Rubén que yo había conocido y era otro. En su rostro lívido de ángulos ya inverosímiles llevaba impresa la huella candente de la brega trituradora. Ni una palabra, sin

## (¡Ya dormiré mañana con el párpado abierto!)...

embargo, de sí mismo. Toda la conversación se desarrolló alrededor del momento político. Esperaba sólo sentirse mejor para reintegrarse a los suyos. Admira la resistencia y el temple de este hombre que de su propio vencimiento, extraía fuerzas para seguir combatiendo. Y más admirable aún aquel olvido suyo de sí mismo, aquella lúcida autoextirpación de su intimidad y de sus sufrimientos. Varias semanas después supe, por el propio Aldereguía, que Rubén se había fugado de la clínica cuando lo preparaba precisamente para la operación.

El proceso mediatorio, entre tanto, llegaba a su ápice. El proletariado y las capas más avanzadas y maduras de la población se sublevaron contra aquel secuestro virtual de la revolución cubana por las fuerzas sustantivamente enemigas de su mejoramiento y liberación. Estalló la huelga general de agosto. Rubén Martínez Villena fue su conductor y su héroe. Desde su cuartico humilde, sobre una cama revuelta, perseguido de cerca por los esbirros del machadato y los pistoleros del ABC, sofocado y febril, moribundo a momentos, él dirigió con mente lúcida y voluntad de acero el formidable movimiento. Pero sus propósitos se vieron frustrados al cabo, al ser éste torcido y controlado por los sectores reaccionarios mediante un cuartelazo imperialista. Rubén denunció el verdadero sentido de la maniobra desde las páginas de "El Trabajador".

Surgió entonces, veintiocho días después de la fuga criminal de Machado, el golpe del 4 de septiembre, que determinó de momento, una modificación apreciable en la correlación objetiva de las fuerzas sociales. Los acontecimientos tomaron un ritmo desorbitado. El país fue sacudido por una oleada de grandes huelgas. Cuba tuvo su primer intento de soviet en Mabay.

En medio de aquella agitación tempestuosa, llegaron de México, traídos por Juan Marinello y otros revolucionarios cubanos y mexicanos, las cenizas de Mella, aún insepultas. Esa mañana, y desde el balcón de la Liga Antiimperialista, en Reina y Escobar, Rubén dirigió por última vez su palabra a las masas. Habló poco y apenas fue oido: la enfermedad le había estrangulado la voz. Pero algunos le oímos, los que estábamos más cerca de él y guardamos su palabras. Sus últimas palabras públicas, como tesoro preciado:

**Camaradas: Aquí está, sí, pero no en ese montón de cenizas sino en este formidable despliegue de fuerzas. Estamos aquí para tributar el homenaje merecido a Julio Antonio Mella, inolvidable para nosotros, que entregó su juventud, su inteligencia, todo su esfuerzo y todo el esplendor de su vida a la causa de los pobres del mundo, de los explotados, de los humillados... Pero no estamos sólo aquí para rendir ese tributo a sus merecimientos excepcionales. Estamos aquí sobre todo, porque tenemos el deber de imitarlo, de seguir sus impulsos, de vibrar al calor de su generoso corazón revolucionario. Para eso estamos aquí, camaradas, para rendirle de esa manera a Mella el único homenaje que le hubiera sido grato: el de hacer buena su caída por la redención de los oprimidos con nuestro propósito de caer también si fuera necesario...**

Todavía tuvo Rubén energías, no obstante ya estar más muerto que vivo, para echar las bases del trabajo organizativo del Cuarto Congreso Obrero de Unidad Sindical. Y ya sin otra ilusión que salir cadáver de él, ingresó en el sanatorio "La Esperanza". Desde allí siguió alentando y dirigiendo, empero los esfuerzos denodados de Aldereguía por reducirlo al reposo absoluto, por aislarlo de todo contacto con la calle. El ha confesado cómo le asaltó, muchas noches, el temor de que se le hubiera escapado de su cuarto para "ir a la asamblea, a la propaganda, a la muerte".

VI

Se apagó súbitamente, como una "llama al viento". Era enero y la noche clara y fría y él estaba solo y semidormido por el alcaloide piadoso. Unas horas antes Gustavo Aldereguía había auscultado en su pecho jadeante la presencia invisible de la muerte. El lo ha contado con palabra trémula: "la lluvia de estertores que minaba sus pulmones me caló hasta la médula". Pero al comunicarle Aldereguía la culminación victoriosa del Cuarto Congreso Obrero de Unidad Sindical, que era obra suya y él había presidido en espíritu, sus ojos relampaguearon de gozo y respiró mejor. Cuando volvió junto a él —ante el llamado angustioso del médico de guardia— lo encontró ya muerto; con "la cabeza en hiper-extensión, buscando aire en el aire en el aire afilado, sin un rictus amargo, sin una contracción".

De la ciudad lejana y estremecida por los embates sangrientos entre lo viejo y lo nuevo —entre lo que se va y lo que viene— ascendía en ritmo creciente un rumor de marea, como si la muchedumbre que él había puesto en marcha se dispusiera, de una vez, a conquistar el futuro. En lo alto, lloraban conmovidos los luceros.

La mañana trajo a la urbe, con el oro jubiloso del sol, la aciaga nueva. Yo estuve allí junto a él, ya inerte, en silencio, el ambiente cuajado en llanto inconsolable, resultaba incomprensible verlo tranquilo, callado, inmóvil. Por un segundo todo aquello adquirió para mí la realidad de una pesadilla. Pero no. Allí estaba él, tendido a lo largo, envuelto en una sábana nítida, con un puñado de flores rojas junto a la cabeza vacía ya de inquietud, junto a la cabeza que "sólo se inclinó ante los libros". Incrédulo aún, quise espiar su mirada, aquellos ojos suyos cargados de auroras. Y a pesar de mi anhelo y del dolor profundo, terrible, de su hermana Judith, siguieron sin lumbre, cerrados, perpetuamente cerrados. La tibia bruma que empañó los míos me devolvió a la tragedia, a la certidumbre indubitable de lo que yo me resistía a creer. Rubén había muerto. Aquel día "La Esperanza" vió salir por su pórtico, definitivamente rota, la esperanza más alta y más noble de la juventud cubana.

Fue tendido en el Salón de Actos de la Sociedad de Torcedores. Ni "anédoctas llenas de perversión", ni "tazas de chocolate". Grandes masas silenciosas de obreros y guajiros desfilaron durante toda esa noche junto a su ataúd, montándole guardia de honor puño en alto. Muchos de aquellos hombres humildes —en cuyo pecho él vivía sin saberlo— se inclinaban temblorosos sobre el cristal como queriendo transfundirle con la mirada vida y palabra, irreconciliablemente negados a aceptar la realidad inexorable. Allí estuvo Asela Jiménez, la esposa amada con amor exclusivo, la solícita e infatigable compañera de brega. Allí estuvimos sus familiares, compañeros y amigos, congregados junto al "resto de lo que fue su yo", para constatar una escena totalmente distinta a la que previeron sus versos. Allí estuvimos todos con él menos ella, no la del poema romántico, sino la que no podía estar por su tierna edad, su hijita, Rusela, que algún día llorará por esa noche hermosa y terrible, en que ella estuvo en nosotros al no poder estar por sí misma.

Miles de obreros y estudiantes escoltaron a pie su cadáver, envuelto en la roja bandera del Partido Comunista de Cuba. Era el tributo obligado a su juventud arrebatada y generosa, a su sacrificio y a su abnegación, a su vida que había sido hoguera y fontana.

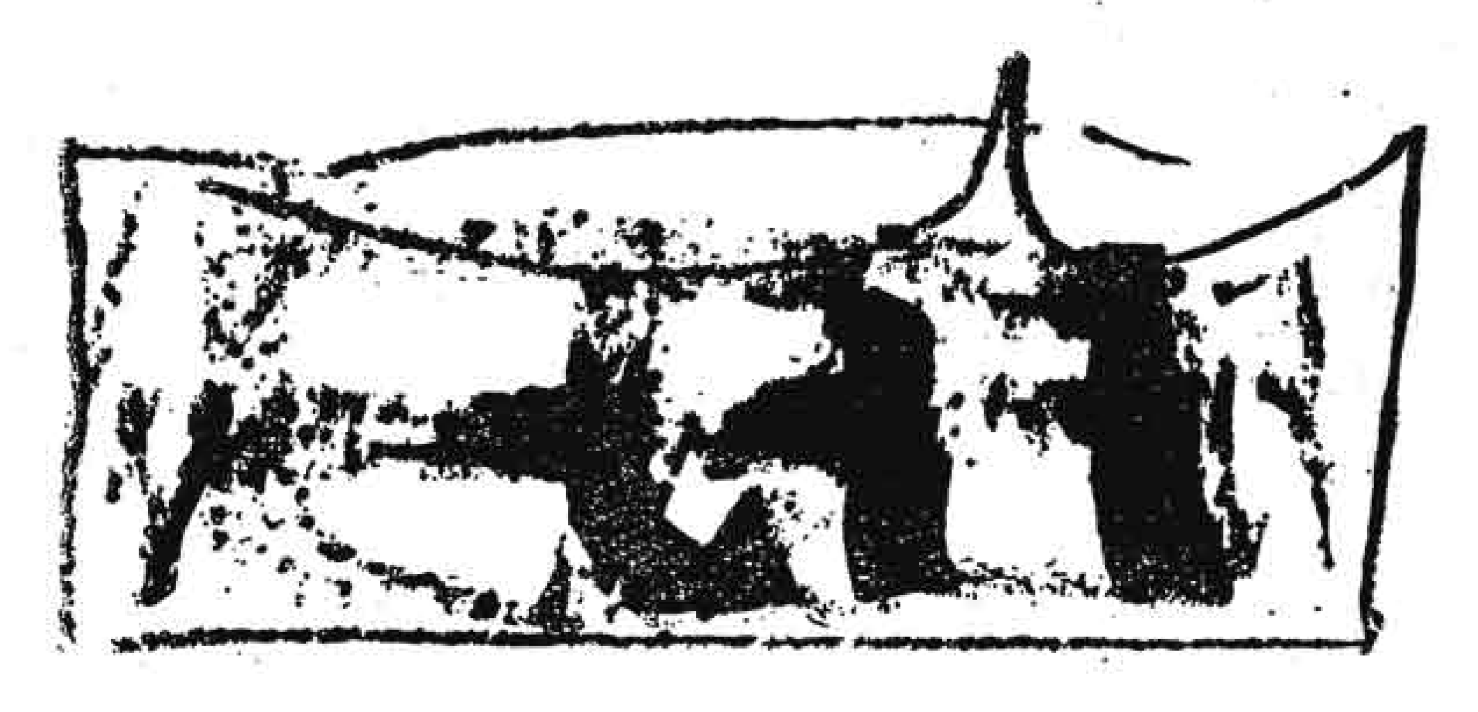
Sobre su tumba llovieron las rosas y la esperanza de un mundo nuevo, limpio de injusticias y fealdades, flameó en los discursos. Los versos de Manuel Navarro Luna revolotearon entre los pinos divinos que cantó el otro Rubén:

**¡Porque hay, tras este grito de nieblas [doloridas,**
**un sonreír de surcos y un despertar [de vidas.**
**Y él, que sembró su sangre en rojas [sementeras,**
**debe esperar que alcen su luz las [primaveras!**

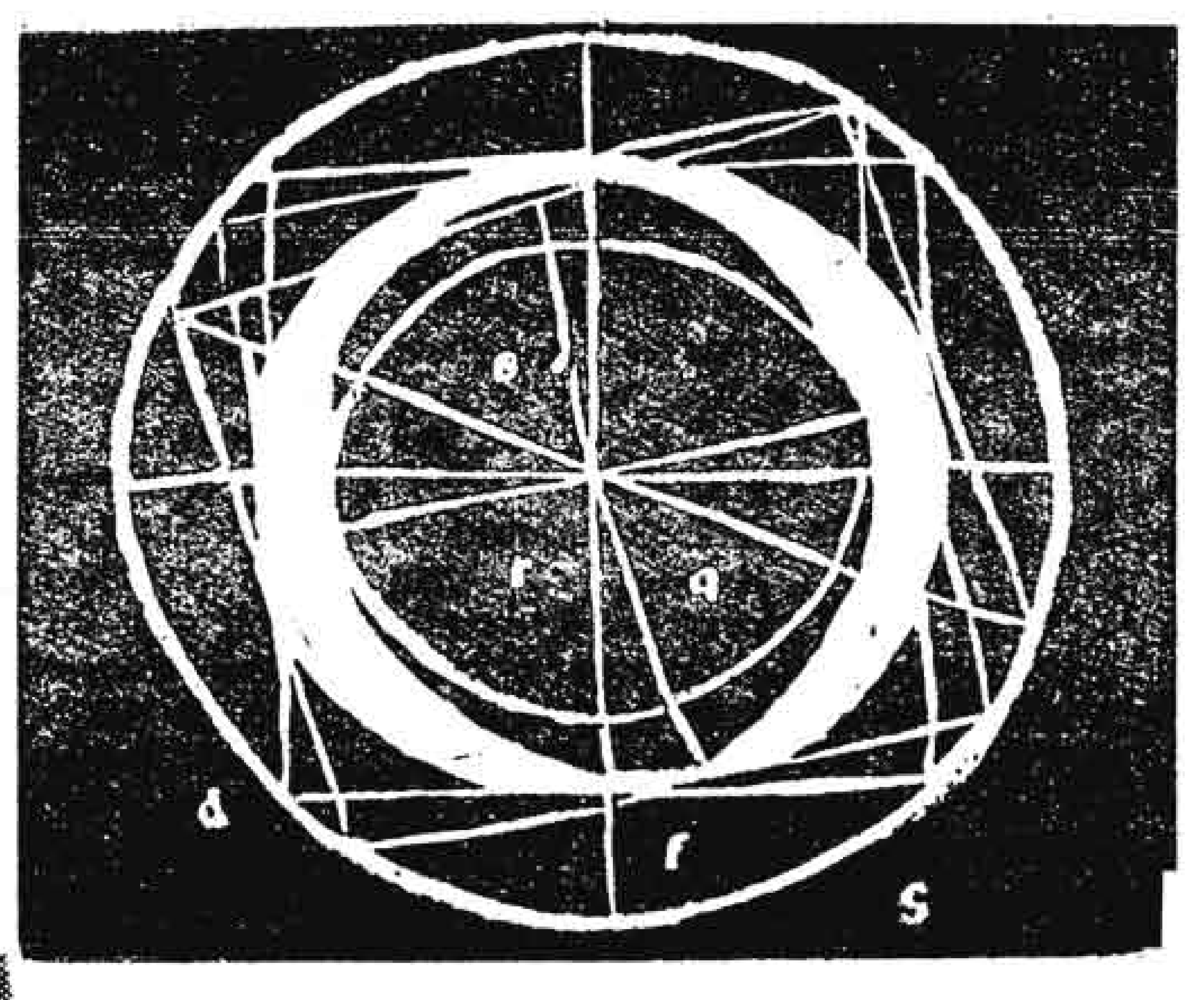
No le fue dable caer, como lo anhelara, en la trinchera ni en la emboscada alevosa. Pero había caído en su cama, que era todo, menos eso. En su cama, que, como el sillón de ruedas de José Carlos Mariátegui, quedará como símbolo heroico de lo que es capaz una voluntad tensa al servicio de un ideal.

**RAUL ROA**

**En el exilio, Tampa, 15 de enero de 1936**







d
r
s




RUBEN MARTINEZ VILLENA

RUBEN MARTINEZ VILLENA (1899-1934)

RUBEN MARTINEZ VILLENA (1899-1934)

# ELEGIA como un HIMNO

***A Rubén Martínez Villena***

I

**No he venido para meter paz, sino espada.**
**Mateo (X, 34)**

Carne flechada hasta la ausencia,
sangre tan ávida de beso
que alcanzó el aire, como un rezo
de espada súbita y candela.

Arde en la tierra su presencia;
su persistente y noble hueso,
negando el polvo canta ileso,
llama de airada y blanca vela.

Murió cuidando la golpeada
sombra del cielo —tierra amada—
voraz abriendo las cadenas.

¡Alcemos hoy, hombres hermanos,
hasta la luz, en nuestras manos,
la voz tan roja de sus venas!

II

**que tu mayor dolor quedará sin ser dicho**

**torres, muros rápidos**

Escribía palabras para el agua
(escala, ánfora, miel, ruiseñor, corza),
alzando su cristal en el ligero
lomo del viento —torres, muros rápidos—.

Era una frágil búsqueda en la sombra,
un levantar su vuelo las palomas
desde las cicatrices de la sangre,
una larga pregunta por el cielo.

Allí el gemido se quedó clavado;
el pequeño dolor alzó su espada,
fragante y desdichado como un lirio
para esa carne de tan bravo vuelo.

La palabra ambiciosa, la palabra
de piel enamorada hubo en su boca,
para decir el pulso y la sonrisa
y el minúsculo golpe y el ocaso.

Pero alzaron sus hombros las espigas
hacia el alba, perfectas y adueñadas,
y amenazó a su triste arquitectura
tanta cruda semilla en áureo surco.

III

**ejercicio de brava disciplina**

**y obreros verticales**

La voz ayer cuidada y perseguida,
ante la honda llamada de la sangre
huye, afila sus rosas como lanzas.
Crece su boca, llénase de encendido rumor,
de alzados puños enturbiando
hasta los golpes la atendida vida.
Su lamento elegante
se endurece, rompiéndose en piedras o martillos.
Su palabra es entonces la palabra
sencilla, escueta, decidida,
de miles de hombres oprimidos:
del tabaquero, curvado sobre su dulce semilla de humo,
relampagueando aún la voz de un ángel airado en su oído;
del cortador de cañas, que derriba columnas
delgadas, como concretos monumentos de azúcar;
del guajiro, borrándose en su turbio paisaje,
frotado con furor sobre la roja tierra;
del hombre, sencillamente, que alza los brazos y trabaja,
erige, siembra y silenciosamente muere.
Una palabra anónima y robusta



RUBEN MARTINEZ VILLENA

RUBEN MARTINEZ VILLENA (1899-1934)

como la sangre, como el agua, como el cielo.
En su voz precipitan las manos, las golpeantes
manos desde la tierra, las heridas.
Del corazón que suspiraba espumas,
de las últimas telas del ala, salen áridas
letras con el consuelo y con el látigo;
de las flacas cenizas de una lágrima en sílabas
determinante asoma, audaz, la lengua,
la crujiente garganta con que ha de hablar el pueblo
(vertiginosos dientes de la verdad, discursos,
manifiestos, raíces de la hoguera).
Rubén para la madre que se desangra de hijo;
para el hombre negado, Rubén el compañero;
Rubén por el esclavo que sueña y se realiza.
Su relámpago llega, su juventud se curva
sobre la llaga, dulce, sobre la garra, firme,
inflexible, armadamente insomne.
Con una amada cruz que se coloca,
con un terrible hombre que le recorre, cruza;
con una fuerte estrella que sustenta.
Rubén cae, Rubén dice, Rubén terrenalmente
ama el cielo, Rubén entrega el cuerpo
como un guante sonoro, como una cosa ajena.
Muere desde las venas, empina el horizonte.
Una noche su pecho viene abajo.
Una noche más sombra, se deshace, y cojean
las estrellas, y obreros verticales
guardan su nombre duro al cinto, como un arma.

**IV**

Rubén de la ceniza que permanece y habla,
no supimos tu forma —luz de cuerpo presente—,
ni tu voz abrazando palabras, ni tus ojos;
pero hoy, cuando en tu sitio las yerbas reverdecen,

desde el fondo, entre oscuras y seguras semillas,
el corazón terrestre donde crujen los hombres
ha devuelto tu herida silueta, tu recuerdo
cegador como el oro, curvado como el cobre.

Sale el violento ejemplo de tu vida perfecta,
sale la hermosa lucha del arado y el humo
combatiendo en tu línea hasta dejarte alzado
caballero de tierra, renace tu aire puro.

Tu corazón entonces largamente resuena;
cae como agua en los ojos, en la boca, en la sombra;
nos llenamos de ti, tú transitas y mandas
con tu lección de hombre de hierro y de palomas.

La más tierna y exacta de tus voces golpea
nuestra sangre; tu vida, en la luz aventada,
amanece los ojos, ilumina las manos,
exige una incansable y renovada estatua.

Es cierto que habitaste al borde de la estrella
alimentando el arma obstinada del silencio;
pero la juventud que te debe sus horas,
el hombre nuevo, alzado desde tus propios huesos,

apasionado, Rubén Martínez Villena,
ante el peso ejemplar de tu alma y sus amores,
levantará tu idioma moviéndose en auroras,
sujetará tu nombre de frescos horizontes.

***Roberto Fernández Retamar***

Este poema, escrito en 1949, fue publicado por primera vez en La Habana, en 1950.

# ELEGIA DISTINTA

***A Rubén Martínez Villena***

las flores de mi recuerdo
Me llega de ti un aroma
de húmeda tierra o de beso,
me llega un rumor espeso
de corza herida o paloma...
Tu pensamiento en mí toma
clara apariencia de estrella
—quemante lumbre sin mella—,
y tu voz me dice pura
su inhiesta canción madura,
su enhiesta canción madura,
hondero de roja huella...

2

ven, amor, que sin tu lumbre
Para ti guarda mi mano
la mariposa y el lirio,
para ti mi amor es cirio
que brilla y no brilla en vano...
Para ti llueve un verano
su fina lluvia o su miera
desde mi estrofa certera...
Para ti —cifra y latido—
mi corazón repartido
se baña en luz venidera...

3

con la mirada en la cumbre.
Cima escarpada la cumbre
que hollaste raudo y sin pena,
porque tu mirada buena
no se cegaba de lumbre...
Por ella con mansedumbre
quiere cabalgar mi empeño
—lezna amorosa o beleño—
y medir en tu pupila
insomne —trémula lila—,
la estatura de tu sueño...

4

Rasgue el lóbrego capuz
Yo sé que fue sementera
de lucha y amor tu vida,
que brilló en tu frente hendida
una llama justiciera...
Yo sé que tu voz sincera
fue la voz de un clarín preso
que rompió el silencio espeso...
Y sé que vendrás un día
—resurrecto de alegría—,
buscando el panal de un beso...

***Dora Carvajal***

RUBEN MARTINEZ VILLENA (1899-1934)

RUBEN MARTINEZ VILLENA



# RUBEN

**POR ANDRES NUÑEZ OLANO**

*Para que nos hablara del Rubén Martínez Villena hombre, íntimo, nos dirigimos a Andrés Núñez-Olano, su amigo y compañero fraternal en los años en que Rubén llevó a cabo su obra poética. A su vez, Núñez-Olano nos remitió al prólogo que escribió para "Un Nombre y Otras Prosas", uno de los dos libros de Rubén publicados póstumamente. De ese prólogo hemos tomado las presentes líneas.*

*This dust was once the man*
*Gentle, plain, just and resolute...*
***Walt Whitman.***

LUEGO de las páginas definitivas que Raúl Roa, en el prólogo de "La Pupila Insomne", cumplió el magnífico esfuerzo de evocar la figura política de Rubén Martínez Villena, yo no podría hacer otra cosa que referirme al hombre, al hermano, cuya desaparición todavía deploramos. Y cuando digo al hombre, significo también al artista, porque en Rubén ambos se fundían en la más armoniosa de las síntesis. Hombre puro, artista puro, arte y humanidad acendraban en él sus mieles mejores: hombre, lo fue en aquella ponderada acepción que entraña plenitud y excelencia de la condición viril; artista, lo era con el íntegro fervor que da al ejercicio de la belleza la gravedad de un sacerdocio. Nada humano le fue ajeno; nada bello le fue extraño, porque en él culminaba esa inteligencia amorosa que es la clave del secreto vital. Y así, por la clara nobleza del hombre y del artista; por el eco que suscitaba la simpatía comunicativa de su inteligencia, su generosa cordialidad humana, su vida fue siembra continua de afectos, suma constante de voluntades, y su tránsito, larga pena que todavía gravita sobre innúmeros corazones.

La vida nos hizo encontrarnos sobre los bancos universitarios. Era en nuestra dorada adolescencia y ambos compartíamos el tiempo entre los estudios y los versos. Mutua e instantánea simpatía nos atrajo y allí sellamos una fraternidad de toda la vida. El Rubén que yo conocí entonces, era un mozo de mediana estatura, enjuto, cuyos hombros inclinábanse un tanto, como agobiados por un peso invisible. Alta la frente, cruzada ya de surcos meditativos; indómita y copiosa la cabellera castaña; fina y pequeña la nariz, había dos cosas en su rostro que atraían particularmente la atención: los ojos y la boca.

Aquéllos eran extraordinarios: de color no bien definido, ora parecían azules, ora verdes, ora grises. Pero la mirada —profunda, luminosa, límpida—, era siempre la misma e iba, recta y aguda como un dardo, a buscar en los hombres y las cosas el refugio recóndito de la verdad. Una suprema inteligencia ponía en ella su resplandor de fuego

secreto, y ante su ascética silueta, uno pensaba que aquel mozo se consumía en quién sabe qué oculta y misteriosa flama. En cuanto a la boca, ninguna tuvo como ella el don de la sonrisa cordial. La amargura, la cólera, el desdén, el escepticismo, ensombrecían a veces su habitual diafanidad: índices de sus reacciones, flotaban un punto, tal las burbujas del agua hirviente, para romperse al cabo, como éstas, en una leve irisación.

Nuestra amistad fue un largo acuerdo, jamás turbado por desavenencia alguna. No bien nos conocimos, una identificación absoluta nos hacía buscarnos para permanecer largas horas juntos. Hablábamos de todo y, sobre todo, de poesía. Tema casi exclusivo, hacia él volábamos, indefectiblemente, como la alondra hacia el espejo: él, para decir, con su admirable sencillez, cosas hondas y reflexivas, grávidas ya de anticipada madurez; yo para encender, en la embriaguez de mis descubrimientos, girándulas verbales, petardos teóricos —pirotecnia todo ello, en suma, a la cual él ponía el comentario de su sonrisa magnífica.

Caracteres disímiles, nos completábamos: ponderado y sereno, él iba ya a la entraña de las cosas con una inteligencia penetrante, lúcida y lógica; mas su aptitud razonadora creaba, al propio tiempo, no se sabe qué clima, qué tibia atmósfera de comprensión y de cordialidad, en que el juicio o la apreciación cobraba un esencial sentido humano. Inversamente, yo era por aquel tiempo agresivo y audaz: rada en que anclaban todas las teorías, sentíame rico de adquisiciones recientes y las despilfarraba con prisa; apremiado por la sed de la novedad, quedábame en lo externo de las cosas; amaba lo ornamental, lo suntuoso; la forma bella, el arte inútil, confinado en el estéril ejercicio de sí mismo —y mis reacciones sonoras eran flechas urgidas de clavarse en alguien o en algo.

Así, yo aportaba a nuestra amistad la inquietud, la versatilidad; el entusiasmo o la repulsa irrazonables; el espíritu andariego, pronto a zarpar en la nave de la aventura rumbo a todas partes —y una despreocupación inhumana por cuanto no fuera literatura; él, la serenidad, el juicio, la comprensión; la condición razonadora, la preocupación humana—, no sé qué de franciscano y cordial, que ya le confería una autoridad precoz, una fraternidad mayor, una especie de magisterio amable, en que apuntaba la singular aptitud de sumar voluntades que habían de hacer de él, más tarde, un guía y un jefe.

Hubo, sin duda, influencia recíproca. Mi curiosidad, mi sed de novedad, mi intelectualismo, excitaron su apetencia poética; su gusto de lo esencial, su inclinación al tema trascendente, le dieron a mi impasibilidad un estremecimiento humano. Hasta entonces (1921), él no había apurado las enormes posibilidades de su talento: contaminado de inquietud, salió a la búsqueda de sí mismo y se encontró rápidamente. Ningún poeta de los del grupo dominó con pareja facilidad su instrumento; ninguno les comunicó tan de inmediato a sus versos, ese sabor de eternidad, de plenitud, de cosa cuajada, que dan los suyos. Y todo ello, sin estruendo, suavemente: con la magnífica simplicidad con que madura el fruto o corre el agua.

Fue aquélla, sin duda, la época de su mayor actividad literaria. En algún banco del Prado viejo, frente al andamiaje del actual Capitolio; en el parquecito del Cristo; en la biblioteca de su casa, charlábamos hasta el alba o escribíamos versos que pasaban por los tamices acuciosos de nuestra doble crítica. En mi compañía y la de Enrique Serpa —camarada suyo desde la infancia, y más que eso, hermano por el afecto entrañable—, concurría asiduamente a la tertulia del antiguo café del Teatro Martí. Era aquél, entonces, el lugar de cita cotidiana de los nuevos: ateneo precario, en que, mezclados con el público heteróclito de las funciones teatrales; bajo la mirada a veces hostil de camareros y extraños, discutíamos incansablemente; nos lanzábamos, como retos, lo recién escrito o leído; la emprendíamos con reputaciones y personas; ejercíamos con ferocidad la crítica mutua; tremolábamos nombres como banderas o los pisoteábamos como trapos; exteriorizábamos con igual sonoridad cóleras, entusiasmos y decepciones —vivíamos, en suma, magníficamente, nuestra admirable juventud. . .

En aquel hervor, aquel tumulto, Rubén, era como lo ha dicho Raúl Roa, "la nota impar". Agresivos, pugnaces, violentos, Serpa y yo teníamos un balance desfavorable: menos amistades que odios. Rubén no: desde el primer instante, su comprensión, su cordialidad, su don de gentes, le conquistaron a su talento la sanción unánime. Y no era que su actitud fuese benévola o contemporizadora: era que sus juicios, sus apreciaciones, primordialmente justos, revestían un tono simpático, que obraba sobre la aspereza del fondo con la eficacia de un lenitivo.

Raúl Roa ha dicho de aquel grupo: "Su poesía fue, en general, tanteo y trasiego. Si algo tipifica a "los nuevos" es precisamente su ausencia absoluta de orientación definida. Más que factores de un movimiento de renovación literaria —como se pretende caracterizarlos—, son principalmente intérpretes a su manera del momento que les tocó vivir. En eso, en el calor y el color, en el dramatismo y la fuerza con que su temperamento traduce la vida, está la verdadera, la única novedad de los nuevos."

Creo un tanto fáciles tales afirmaciones. Orientación —por demás definida—, fue la voluntad, aparente en cada integrante del grupo, de rebasar los límites anteriores; de renovar los temas poéticos y decir las cosas de un modo personal y, sobre todo, decoroso —el enfrentar la creación artística con el rigor de un ejercicio. Y en el propio plano fue renovación, puesto que trajo a nuestra literatura un concepto más estricto de la seriedad y la trascendencia del hecho poético; un sentido de universalidad, un aire de cultura. La exigencia, la vigilancia propia, fue, sin duda —y quizás con exceso—, la tónica del grupo: sentíamos, con sensibilidad exasperada, el pudor de la obra personal; queríamos, ambiciosamente, construir para la eternidad. . . La lúcida percepción de la impotencia para lograrlo, explica, en cierto modo, el silencio posterior de muchos de nosotros.

(Se ha argüido —y Roa parece decirlo entre líneas—, la esterilidad de semejante actitud de monjes letrados; se nos ha enrostrado nuestro abstencionismo, sobre todo en cuanto a lo político. ¿Podía ser menos? Eran los días de la post-guerra: postrimerías del menocalato, "vacas flacas", gobierno de Zayas —confusión, desasosiego, escepticismo... "Atentos a nuestra propia difusa inquietud y a las voces que inquietaban el mundo" —como lo advierte el mismo Roa—, nos desasimos de lo inmediato para buscar en la literatura, en el análisis propio, el refugio común, la evasión. ¿No habla un verso mío de entonces del hombre "absorto ante lo inmenso de su propio espectáculo"? De ahí que parezcan más justas las palabras de Angel I. Augier en su estudio "Rubén Martínez Villena y los Poetas de su Generación": "Aquella promoción literaria, poseedora de una fina sensibilidad y de una alertada inteligencia; ansiosa de superaciones, inconscientemente reflejó en sus producciones artísticas el estado de espíritu colectivo. Ante una realidad que trastrueca todos los valores establecidos: frente al desbordamiento de las fuerzas sociales, acribilladas de inconciliables tradiciones, hay un sentimiento público de impotencia, de amargura. Esa realidad hace que los poetas que la palpan sean fatalistas, impotentes artísticamente para hacer una obra de fe". Palabras certeras, a que sólo pondría reparo en cuanto a la supuesta inconsciencia de nuestra actitud.)

De entonces (1922-25), data la participación de Rubén en el "Grupo Minorista" o "Minoría Sabática". Mas, junto a tales actividades puramente literarias, apuntaban ya en él preocupaciones de otra índole, más hondas, más graves, más humanas. Aquietado el hervor primero; lograda la fácil sanción que otorga nuestro medio intelectual, los contertulios del "Martí" nos dispersábamos. Unos morían, o desaparecían, simplemente, tragados por obscuros menesteres cotidianos, anulados por responsabilidades inmediatas; otros —Serpa, Tallet y yo—, derivaban hacia esa forma subalterna de la literatura que es el periodismo. . . Doctorado en Derecho Civil, Rubén se iniciaba ya en la tarea que había de darle un sentido definitivo a su vida.

Su sed de justicia; su repulsa de cuanto no fuera honrado, puro, le habían llevado a encabezar la histórica protesta del Ateneo. A este gesto civil, siguió la fundación de la "Falange de Acción Cubana"; su participación activa en el abortado movimiento de "Veteranos y Patriotas" —y cuanto Raúl Roa ha contado, ampliamente, en el prólogo de "La Pupila Insomne". Ya entonces, la vida —"los cuidados pequeños" de que hablara el otro Rubén—, había aflojado un tanto el que fuera estrecho nudo de nuestra amistad; mas, a distancia y en silencio, yo seguía tendiéndole mi mano cordial. La publicación de una selección de sus versos en el suplemento literario del "Diario de la Marina", me dio ocasión de escribir un comentario entusiasta acerca de él. A esto contestó con una carta cariñosa que fue nuestro postrer contacto.

Entregado él a sus nuevas actividades, atado yo al remo de la galera periodística, dejamos de vernos. Supe de su enfermedad, de su traslado a Rusia, de su vuelta a Cuba; enfermé yo mismo, curé, torné a la mesa de Redacción —y un día, bruscamente, me llegó la noticia terrible de su muerte en el Sanatorio "La Esperanza"... Fue un gran dolor, como un desgaje. Con él moría también un poco de mí mismo.



# esto es lo que DIGO

**por PABLO ARMANDO FERNANDEZ**

*The seed ye sow, another reaps;*
*The wealth ye find, another keeps;*
*The robes ye weave, another wears;*
*The arms ye forge, another bears.*

**P. B. Shelley**

**D**ICE Nicolás Guillén, "para nosotros los poetas cubanos, Martínez Villena tiene una significación sin otro paralelo que con Martí". Yo siempre he pensado en el Martí revolucionario como poeta. Pienso en el poeta Martínez Villena como revolucionario, ahí ambos se dan la mano. Ahora estas palabras del poeta Guillén en el Sindicato de Tabaqueros de La Habana en el acto conmemorativo del vigésimo séptimo aniversario de la muerte del poeta Rubén Martínez Villena, organizado por el Comité Municipal del PSP, tan conmovedoras por lo convincentes que son, me recuerdan otras de Carlos Franqui en Nueva York. Estábamos en el restaurante "La Barraca", hablábamos de poesía, de poetas, de poemas. A Carlos se le ocurrió decirme lo que él creía de ese poema de Martínez Villena "El Gigante", decía que en esas líneas estaba un poco el destino de Cuba. No recuerdo con precisión qué otras cosas añadía a esta observación, tal vez él mismo no las recuerde, pero esa noche cuando regresé a mi casa de Washington Heights, repasé el poema de Martínez Villena.

Leyendo "El Gigante" recordaba las palabras de José Martí en una carta escrita a Manuel de J. Galván, "acaso sea ésta la manera de escribir el poema americano". Si Martí hubiera leído el texto de Martínez Villena habría con justeza hecho la misma apreciación. Ahora yo quiero decir lo que creo de ese poema después de haberlo mirado por muchos años, después de haberlo repetido, sintiendo cada palabra, buscándole antecedentes en las imágenes, oyendo a Martí detrás de ellas, oyendo a todo un pueblo siempre en espera.

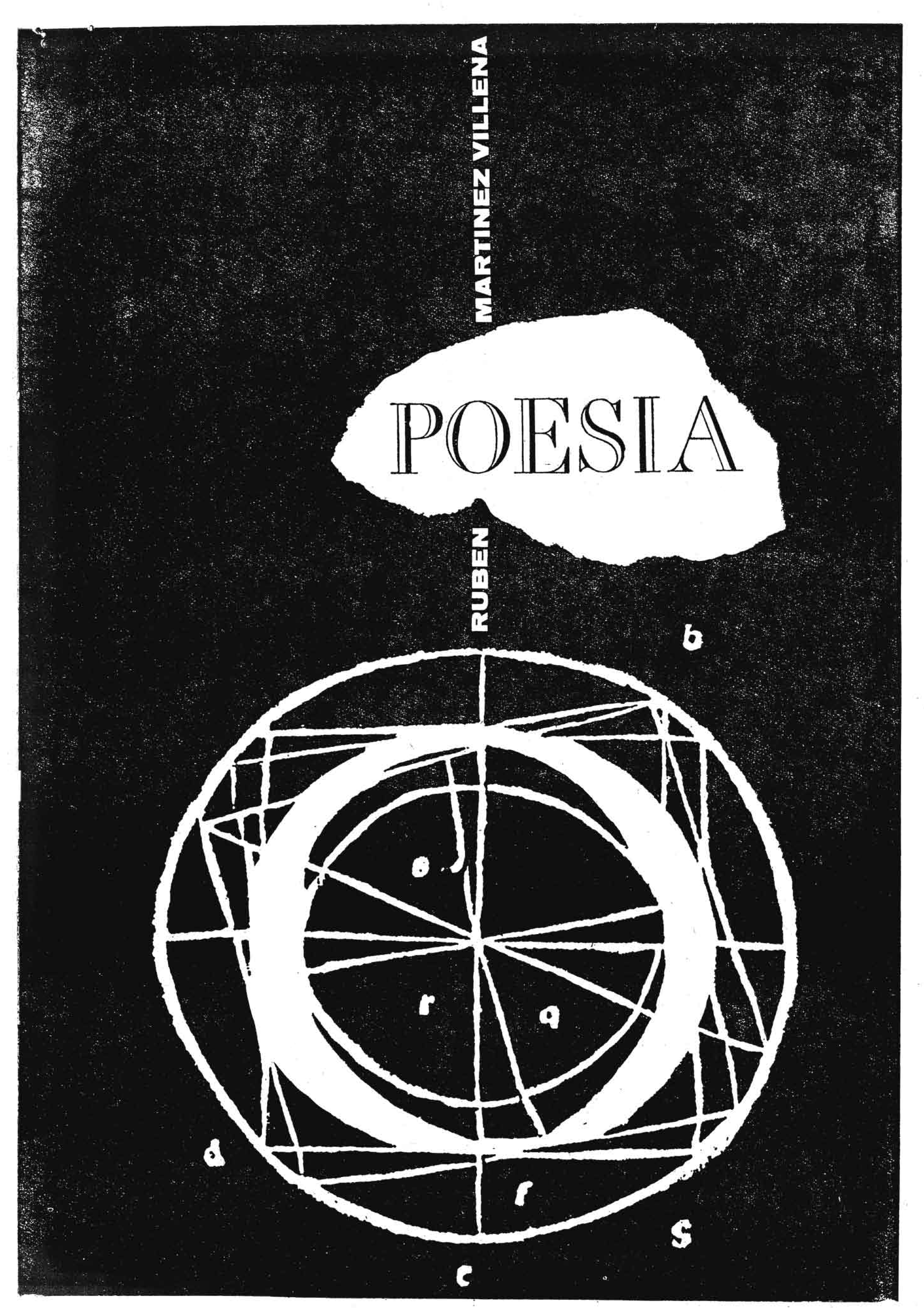
¿Puede un poema ser "nervudo y angélico", como decía Martí que era Walt Whitman? Sí, el poema de Martínez Villena lo es, todas sus palabras están sujetas a su angustia de hombre, a su lucha, a su búsqueda, a su destino, a su vida —símbolo del alma cubana. Martínez Villena en ese año de 1923 que escribe su poema sabe que aquí donde está hay grandes cosas que hacer. Sabe que no nació para esperar que transcurra el tiempo. Sabe que a las cosas no se las encuentran si no salimos en su búsqueda. Sabe qué es lo que aguarda porque el poeta se sabe a sí mismo; conoce la fuerza que dentro de su aparente serenidad se revela colérica, expectante. Sabe que esa fuerza sólo se manifestará en la lucha, en la dedicación a transformar el mundo en que vive y como la vida de los hombres en sus días, era la miserable vida del gusano, siempre a rastras: o bien los hombres eran explotados, o bien eran envilecidos, el poeta anhela ser como el árbol que se levanta sobre la montaña y alcanza con su fronda a las estrellas. El poeta no desea ser grande (importante, poderoso, influyente) no desea estar en lo alto por mirar hacia abajo; quiere desafiar y vencer al Señor de los Dominios Negros (sería ingenuo o simplista pensar que se refiere a Dios o a Satanás, y sería de una ostensible puerilidad creer que ese Señor fuera el monstruo contra el cual medirá luego el poeta sus fuerzas, el Imperialismo —Raúl Roa que lo conoció en aquellos días dice: "Rubén se hurga por dentro y no acierta a centrar políticamente su anhelo").

Aquí se abre nuevamente el interrogante hamletiano del ser. ¿Quién es ese adversario que goza con hostilizar al hombre con sus preguntas y su befa, y escupe y los envuelve con su apretada red de interrogantes?, ¿es acaso el mismo poeta insatisfecho con su vida, con su obra, con su herencia de frustraciones políticas, degradación civil y enajenación humana?, ¿acaso su genio agazapado queriendo estallar, hacer añicos el mundo convencional, mentiroso y envilecido que lo encarcelaba? Martínez Villena no desea la muerte, aunque después enfebrecido en su pasión política, se entregue a ella. No busca la muerte. No le interesa ni le teme a lo que haya más allá de la vida. La muerte no es el sueño. No es el misterioso huésped que alojamos en nuestra casa y que a diario nos hurta alegrías, juventud, fuerza. Para el poeta ese infinito Misterio, ese total y único y eterno adversario del hombre que pasa y jamás responde a nadie, es la falta de conciencia, es el desconocimiento de uno mismo. El poeta está cansado de la banalidad, de la ignorancia y de las dudas de los días que vive, está cansado de un mundo envejecido, narcotizado, está cansado de una sociedad que a nadie responde, que no ofrece ni pan bueno, ni buena educación. Sabe el poeta que este mundo de caducidad innoble hay que sacudirlo y eso sólo se puede hacer cuando se alcanza sacudir al gigante que todo hombre lleva consigo. **¡Despiértese el durmiente agazapado, que parece acechar tus cautelosos pasos en las tinieblas! ¡Adelante!**, por eso aguarda. Para eso desembrida las fuerzas de su más legítima vocación: su amor por la humanidad, así es de grande su querer político. Por eso escribía versos, por eso es un verdadero poeta, por eso Nicolás Guillén lo junta a Martí y Luis Araquistán a P. B. Shelley, alado y transparente, dice. Debe agregarse que la comparación con Shelley no es un despropósito cualquiera: el gran inglés creía en la perfección que alcanzaría el hombre en una **época de oro** por venir y a eso entregó gran parte de su poesía, a denunciar y a destituir todo lo que pudiese obstaculizar esa grande conquista de la humanidad. Shelley también había padecido de esa apatía, de ese bochorno, de esa desesperación que afligió al cubano. "Alastor" es el poema de Shelley que narra la vida andariega y la muerte de un poeta solitario y "Revolt of Islam" el poema que lo reconcilia con la humanidad. Deseaba sacar a los hombres de apatía y la desesperación, deseaba mostrarles las causas por las cuales se debe luchar y que debe destruirse y en que debe esperanzarse.

Martínez Villena ante el gran Misterio, ante la impotencia no junta las manos en actitud de súplica, sino las alza para sujetarse con aquellas manos suyas convulsas, trémulas, el cráneo que él sentía rompérsele, y como Martí amaba la vida y como a Martí no le dolía la vida, sino vivir sin hacer bien, y como Martí, convencido de que en la tiniebla nadie oye su grito desolado, Rubén Martínez Villena sacude el gigante, y como Martí se da a la Revolución.

Creo que eso fue lo que Carlos Franqui me quiso decir aquella noche de Nueva York en el restaurante cubano "La Barraca". Eso fue lo que Cuba tenía que hacer y que hizo: sacudir al gigante y eso lo que hace a Rubén Martínez Villena un poeta tan importante, considerando que la poesía jamás es literatura y que nuestra Revolución es el fenómeno poético más hermoso e importante del siglo. Si Fidel Castro es capaz de crear un mundo, de organizarlo, no hace otra cosa que poesía. Martínez Villena participó en la creación de ese mundo que ahora posible, se alza frente a nuestros ojos. Ahí alcanza el poeta, en este mundo, la realización de aquel deseo suyo de **¡Crecer, crecer hasta lo inmensurable!**

Yo no sé qué otras cosas puedan decirse de ese poema monumental, a Vladimiro Maiacovski le hubiese indignado hasta el furor, ver cómo algunos se complacerían en hacer la disección de ese cuerpo hermoso, vivo y creciente que es "El Gigante". Para ellos él tenía su respuesta "yo no conozco ni los yambos ni los coreos y jamás los he reconocido y no los reconoceré". Me gustaría decir lo mismo que Vladimiro Maiacovski.


RUBEN MARTINEZ VILLENA
POESIA



# EL GIGANTE

¿Y qué hago yo aquí donde no hay nada
grande que hacer? ¿Nací tan sólo para
esperar, esperar los días,
los meses y los años?
¿Para esperar quién sabe
qué cosa que no llega, que no puede
llegar jamás, que ni siquiera existe?
¿Qué es lo que aguardo? ¡Dios! ¿Qué es lo
[que aguardo?

Hay una fuerza
concentrada, colérica, expectante
en el fondo sereno
de mi organismo; hay algo,
hay algo que reclama
una función oscura y formidable.
Es un anhelo
impreciso de árbol; un impulso
de ascender y ascender hasta que pueda
¡rendir montañas y amasar estrellas!
¡Crecer, crecer hasta lo inmensurable!

No por el suave
placer de la ascensión, no por la fútil
vanidad de ser grande...
sino para medirme, cara a cara,
con el Señor de los Dominios Negros,
con alguien que desprecia
mi pequeñez rastrera de gusano,

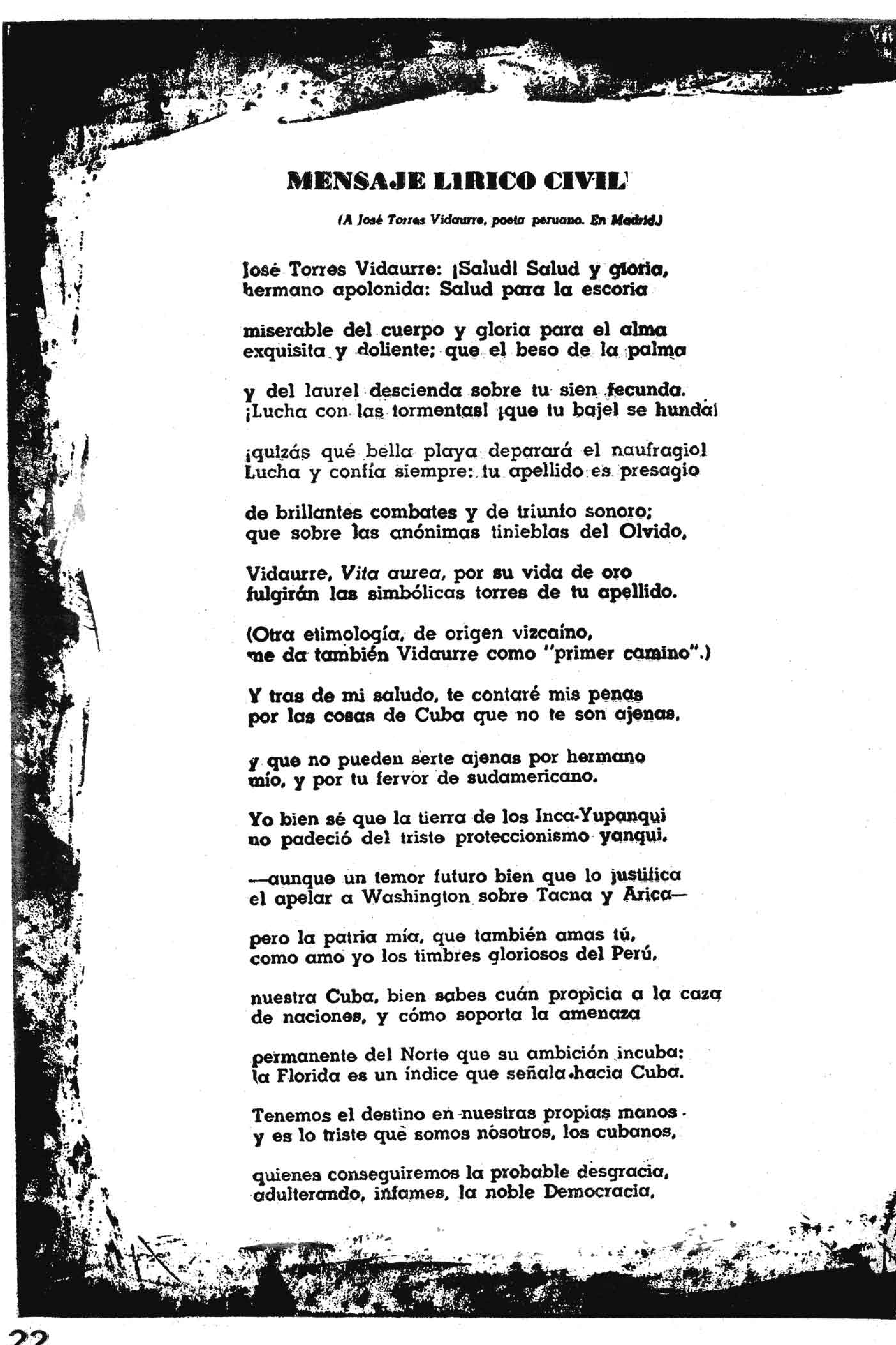
áptero, inepto, débil, no creado
para luchar con él, y que no obstante
a mí y a todos los nacidos hombres,
goza en hostilizar con sus preguntas
y su befa, y escupe y nos envuelve
con su apretada red de interrogantes.
¡Oh, Misterio! ¡Misterio! Te presiento

como adversario digno del gigante
que duerme sueño torpe bajo el cráneo;
bajo este cráneo inmóvil que protege
y obstaculiza en sus paredes cóncavas
los gestos inseguros y las furias
sonámbulas e ingenuas del gigante.
¡Despiértese el durmiente agazapado,
que parece acechar tus cautelosos
pasos en las tinieblas! ¡Adelante!

Y nadie me responde, ni es posible
sacudir la modorra de los siglos
acrecida en narcóticos modernos
de duda y de ignorancia; ¡oh, el esfuerzo
inútil! ¡Y el marasmo crece y crece
tras la fatiga del sacudimiento!

¡Y pasas tú, quizás si lo que espero,
lo único, lo grande, que mereces
la ofrenda arrebatada del cerebro
y el holocausto pobre de la vida
para romper un nudo, sólo un viejo
nudo interrogativo sin respuesta!

¡Y pasas tú el eterno, el inmutable,
el único y total, el infinito.
Misterio! Y me sujeto
con ambas manos trémulas, convulsas,
el cráneo que se parte, y me pregunto:
¿qué hago yo aquí, donde no hay nada, nada
grande que hacer? Y en la tiniebla nadie
oye mi grito desolado. ¡Y sigo
sacudiendo al gigante!



# MENSAJE LIRICO CIVIL

*(A José Torres Vidaurre, poeta peruano. En Madrid.)*

José Torres Vidaurre: ¡Salud! Salud y gloria,
hermano apolonida: Salud para la escoria

miserable del cuerpo y gloria para el alma
exquisita y doliente; que el beso de la palma

y del laurel descienda sobre tu sien fecunda.
¡Lucha con las tormentas! ¡que tu bajel se hunda!

¡quizás qué bella playa deparará el naufragio!
Lucha y confía siempre: tu apellido es presagio

de brillantes combates y de triunfo sonoro;
que sobre las anónimas tinieblas del Olvido,

Vidaurre, *Vita aurea*, por su vida de oro
fulgirán las simbólicas torres de tu apellido.

(Otra etimología, de origen vizcaíno,
me da también Vidaurre como "primer camino".)

Y tras de mi saludo, te contaré mis penas
por las cosas de Cuba que no te son ajenas,

y que no pueden serte ajenas por hermano
mío, y por tu fervor de sudamericano.

Yo bien sé que la tierra de los Inca-Yupanqui
no padeció del triste proteccionismo yanqui,

—aunque un temor futuro bien que lo justifica
el apelar a Washington sobre Tacna y Arica—

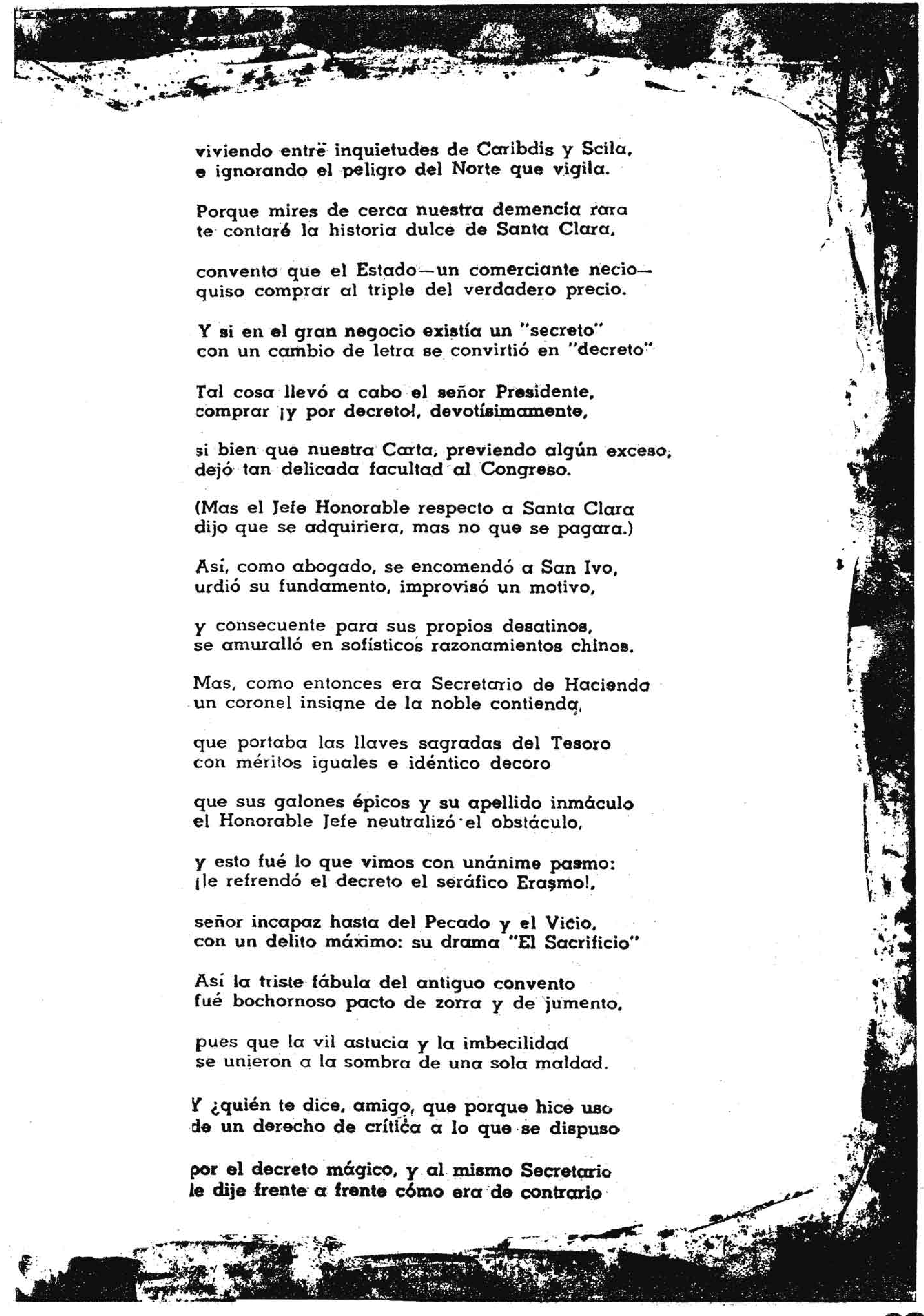
pero la patria mía, que también amas tú,
como amo yo los timbres gloriosos del Perú,

nuestra Cuba, bien sabes cuán propicia a la caza
de naciones, y cómo soporta la amenaza

permanente del Norte que su ambición incuba:
la Florida es un índice que señala hacia Cuba.

Tenemos el destino en nuestras propias manos
y es lo triste que somos nosotros, los cubanos,

quienes conseguiremos la probable desgracia,
adulterando, infames, la noble Democracia,



viviendo entre inquietudes de Caribdis y Scila,
e ignorando el peligro del Norte que vigila.

Porque mires de cerca nuestra demencia rara
te contaré la historia dulce de Santa Clara,

convento que el Estado—un comerciante necio—
quiso comprar al triple del verdadero precio.

Y si en el gran negocio existía un "secreto"
con un cambio de letra se convirtió en "decreto"

Tal cosa llevó a cabo el señor Presidente,
comprar ¡y por decreto!, devotísimamente,

si bien que nuestra Carta, previendo algún exceso,
dejó tan delicada facultad al Congreso.

(Mas el Jefe Honorable respecto a Santa Clara
dijo que se adquiriera, mas no que se pagara.)

Así, como abogado, se encomendó a San Ivo,
urdió su fundamento, improvisó un motivo,

y consecuente para sus propios desatinos,
se amuralló en sofísticos razonamientos chinos.

Mas, como entonces era Secretario de Hacienda
un coronel insigne de la noble contienda,

que portaba las llaves sagradas del Tesoro
con méritos iguales e idéntico decoro

que sus galones épicos y su apellido inmáculo
el Honorable Jefe neutralizó el obstáculo,

y esto fué lo que vimos con unánime pasmo:
¡le refrendó el decreto el seráfico Erasmo!,


señor incapaz hasta del Pecado y el Vicio,
con un delito máximo: su drama "El Sacrificio"

Así la triste fábula del antiguo convento
fué bochornoso pacto de zorra y de jumento,

pues que la vil astucia y la imbecilidad
se unieron a la sombra de una sola maldad.

Y ¿quién te dice, amigo, que porque hice uso
de un derecho de crítica a lo que se dispuso

por el decreto mágico, y al mismo Secretario
le dije frente a frente cómo era de contrario



el pueblo a tal medida, me juzgan criminal?
¡Vivo en el primer acto de un drama judicial!

Y como me apoyaron doce ilustres amigos
padeceremos juntos enérgicos castigos.

¡Al Ministro seráfico le mordieron las Furias:
sufrimos un ridículo proceso por injurias!

Pero esto es sólo un síntoma: hace falta una valla
para salvar a Cuba del oleaje maldito:

hay la aspiración de perpetuar el delito
y la feroz política se rinde a la canalla.

Hay patriotismo falso, de relumbrón y pompa,
con acompañamiento de timbales y trompa;

se cambian Secretarios en situación muy crítica
por mezquinas "razones de elevada política".

Mas ¿adónde marchamos, olvidándolo todo:
Historia, Honor y Pueblo, por caminos de lodo,

si ya no reconoce la obcecación funesta
ni aún el sagrado y triste derecho a la protesta?

¿Adónde vamos todos en brutal extravío,
sino a la Enmienda Platt y a la bota del Tío?

José: nos hace falta una carga de aquellas,
cuando en el ala bélica de un ímpetu bizarro,


al repetido choque del hierro en el guijarro,
iba el tropel de cascos desempedrando estrellas!

Hace falta una carga para matar bribones,
para acabar la obra de las revoluciones;

para vengar los muertos, que padecen ultraje,
para limpiar la costra tenaz del coloniaje;

para poder un día, con prestigio y razón,
extirpar el Apéndice a la Constitución;

para no hacer inútil, en humillante suerte,
el esfuerzo y el hambre y la herida y la muerte;



para que la República se mantenga de sí,
para cumplir el sueño de marmol de Martí;

para guardar la tierra, gloriosa de despojos,
para salvar el templo del Amor y la Fe,

para que nuestros hijos no mendiguen de hinojos
la patria que los padres nos ganaron de pie.

Yo juro por la sangre que manó tanta herida,
ansiar la salvación de la tierra querida,

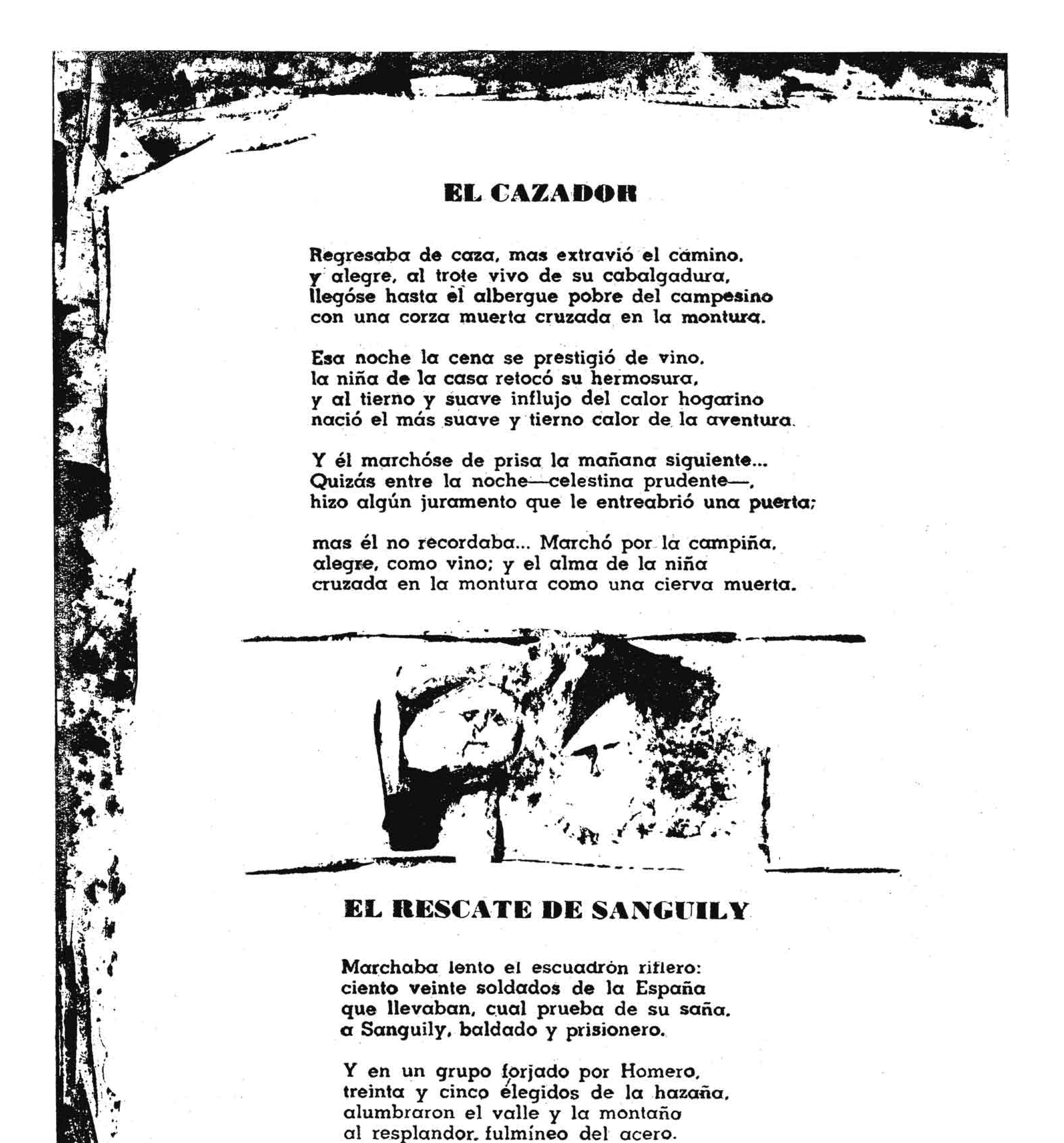
y a despecho de toda persecución injusta,
seguir administrando el cáustico y la fusta.

Aumenta en el peligro la obligación sagrada.
(El oprobio merece la palabra colérica.)

Yo tiro de mi alma, cual si fuera una espada,
y juro, de rodillas, ante la Madre América

## EL ANHELO INUTIL

¡Oh mi ensueño, mi ensueño! Vanamente me exaltas:
¡Oh el inútil empeño por subir donde subes...!
¡Estas alas tan cortas y esas nubes tan altas...!
¡Y estas alas queriendo conquistar esas nube



## EL CAZADOR

Regresaba de caza, mas extravió el camino,
y alegre, al trote vivo de su cabalgadura,
llegóse hasta el albergue pobre del campesino
con una corza muerta cruzada en la montura.

Esa noche la cena se prestigió de vino,
la niña de la casa retocó su hermosura,
y al tierno y suave influjo del calor hogarino
nació el más suave y tierno calor de la aventura.

Y él marchóse de prisa la mañana siguiente...
Quizás entre la noche—celestina prudente—,
hizo algún juramento que le entreabrió una puerta;

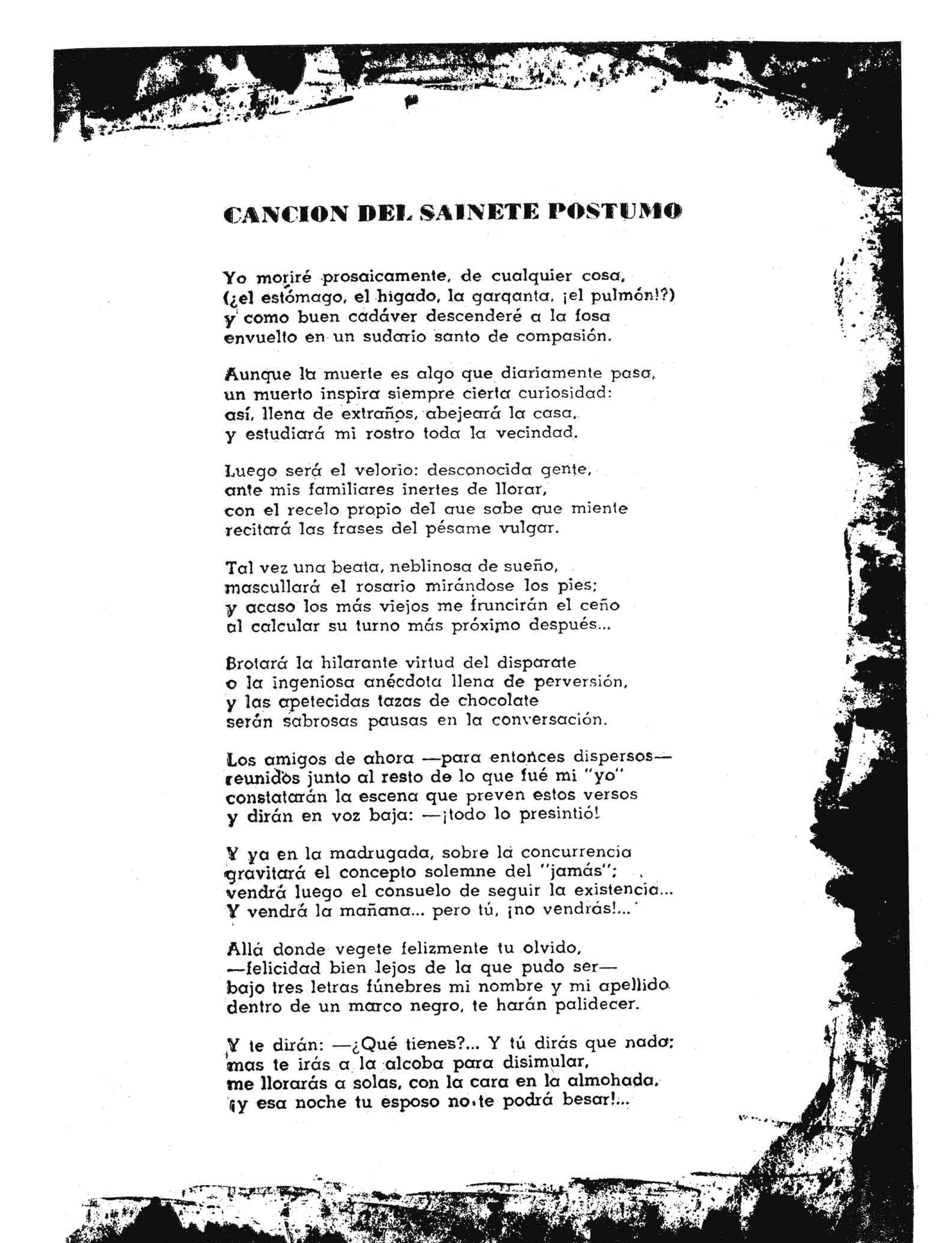
mas él no recordaba... Marchó por la campiña,
alegre, como vino; y el alma de la niña
cruzada en la montura como una cierva muerta.

## EL RESCATE DE SANGUILY

Marchaba lento el escuadrón riflero:
ciento veinte soldados de la España
que llevaban, cual prueba de su saña,
a Sanguily, baldado y prisionero.

Y en un grupo forjado por Homero,
treinta y cinco elegidos de la hazaña,
alumbraron el valle y la montaña
al resplandor fulmíneo del acero.

Alzóse un *yaguarama* reluciente,
se oyó un grito de mando prepotente,
y un semi-dios, formado en el combate,
ordenando una carga de locura,
marchó con sus leones al rescate
¡y se llevó al cautivo en la montura!



## CANCION DEL SAINETE POSTUMO

Yo moriré prosaicamente, de cualquier cosa,
(¿el estómago, el hígado, la garganta, ¡el pulmón!?)
y como buen cadáver descenderé a la fosa
envuelto en un sudario santo de compasión.

Aunque la muerte es algo que diariamente pasa,
un muerto inspira siempre cierta curiosidad:
así, llena de extraños, abejeará la casa,
y estudiará mi rostro toda la vecindad.

Luego será el velorio: desconocida gente,
ante mis familiares inertes de llorar,
con el recelo propio del que sabe que miente
recitará las frases del pésame vulgar.

Tal vez una beata, neblinosa de sueño,
mascullará el rosario mirándose los pies;
y acaso los más viejos me fruncirán el ceño
al calcular su turno más próximo después...

Brotará la hilarante virtud del disparate
o la ingeniosa anécdota llena de perversión,
y las apetecidas tazas de chocolate
serán sabrosas pausas en la conversación.

Los amigos de ahora —para entonces dispersos—
reunidos junto al resto de lo que fué mi "yo"
constatarán la escena que preven estos versos
y dirán en voz baja: —¡todo lo presintió!

Y ya en la madrugada, sobre la concurrencia
gravitará el concepto solemne del "jamás";
vendrá luego el consuelo de seguir la existencia...
Y vendrá la mañana... pero tú, ¡no vendrás!...

Allá donde vegete felizmente tu olvido,
—felicidad bien lejos de la que pudo ser—
bajo tres letras fúnebres mi nombre y mi apellido
dentro de un marco negro, te harán palidecer.

Y te dirán: —¿Qué tienes?... Y tú dirás que nada;
mas te irás a la alcoba para disimular,
me llorarás a solas, con la cara en la almohada,
¡y esa noche tu esposo no te podrá besar!...



# INSUFICIENCIA DE LA ESCALA Y EL IRIS

La luz es música en la garganta de la alondra;
mas tu voz ha de hacerse de la misma tiniebla;
el sabio ruiseñor descompone la sombra
y la traduce al iris sonoro de su endecha.

El espectro visible tiene siete colores,
la escala natural tiene siete sonidos:
puedes trenzarlos todos en diversas canciones,
que tu mayor dolor quedará sin ser dicho.

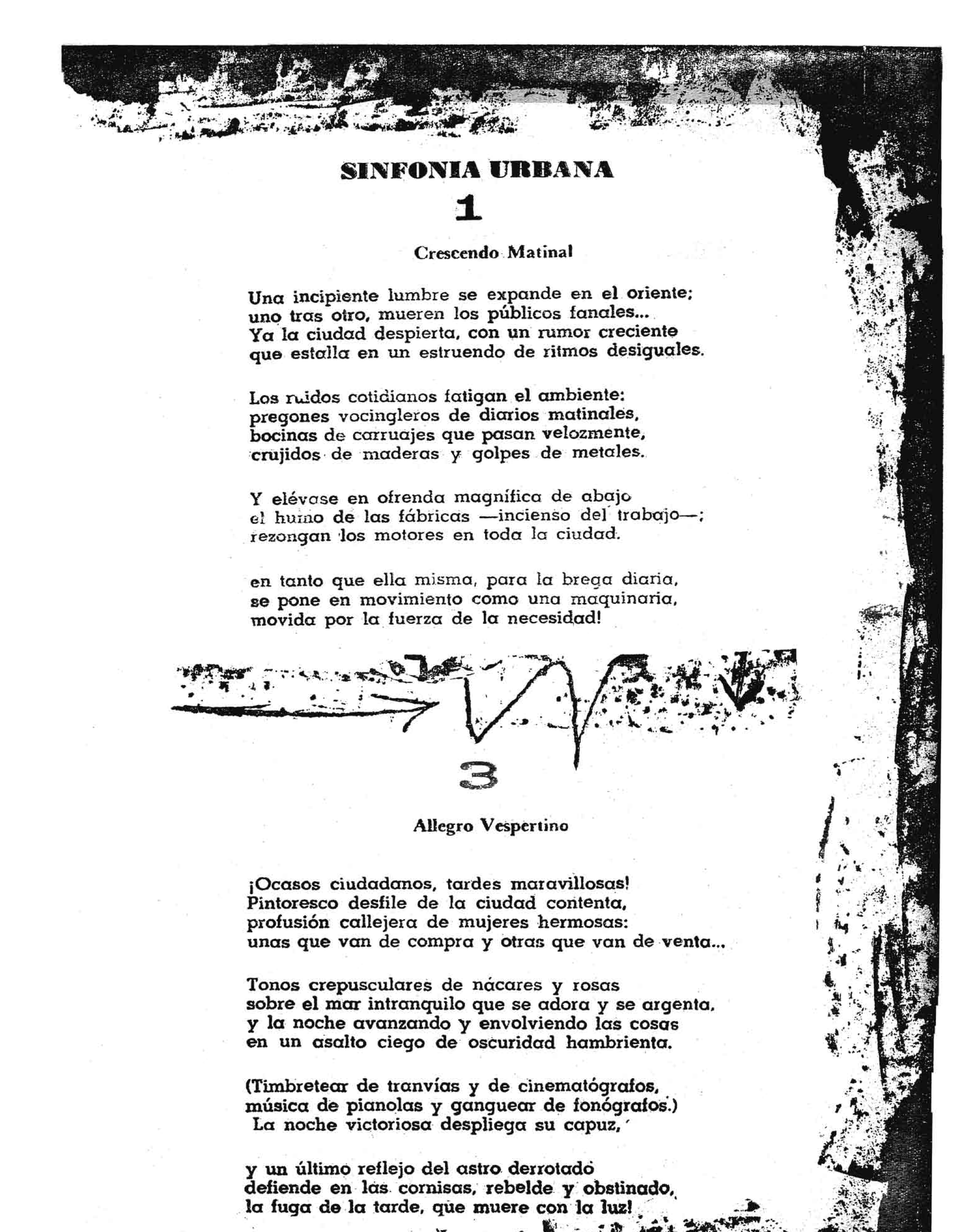
Dominando la escala, dominador del iris,
callarás en tinieblas la canción imposible.
Ha de ser negra y muda. Que a tu verso le falta

para expresar la clave de tu angustia secreta,
una nota, inaudible, de otra octava más alta,
un color, de la oscura región ultravioleta.



# LA PUPILA INSOMNE

Tengo el impulso torvo y el anhelo sagrado
de atisbar en la vida mis ensueños de muerto.
¡Oh, la pupila insomne y el párpado cerrado!...
(¡Ya dormiré mañana con el párpado abierto!)...



# SINFONIA URBANA

## 1

### Crescendo Matinal

Una incipiente lumbre se expande en el oriente;
uno tras otro, mueren los públicos fanales...
Ya la ciudad despierta, con un rumor creciente
que estalla en un estruendo de ritmos desiguales.

Los ruidos cotidianos fatigan el ambiente:
pregones vocingleros de diarios matinales,
bocinas de carruajes que pasan velozmente,
crujidos de maderas y golpes de metales.

Y elévase en ofrenda magnífica de abajo
el humo de las fábricas —incienso del trabajo—;
rezongan los motores en toda la ciudad.

en tanto que ella misma, para la brega diaria,
se pone en movimiento como una maquinaria,
movida por la fuerza de la necesidad!

## 3

### Allegro Vespertino

¡Ocasos ciudadanos, tardes maravillosas!
Pintoresco desfile de la ciudad contenta,
profusión callejera de mujeres hermosas:
unas que van de compra y otras que van de venta...

Tonos crepusculares de nácares y rosas
sobre el mar intranquilo que se adora y se argenta,
y la noche avanzando y envolviendo las cosas
en un asalto ciego de oscuridad hambrienta.

(Timbretear de tranvías y de cinematógrafos,
música de pianolas y ganguear de fonógrafos.)
La noche victoriosa despliega su capuz,

y un último reflejo del astro derrotado
defiende en las cornisas, rebelde y obstinado,
la fuga de la tarde, que muere con la luz!



# MARTINEZ VILLENA y la POESIA

**POR VIRGILIO PIÑERA**

DICE Martínez Villena: *Yo destrozo mis versos, los desprecio, los regalo, los olvido: me interesan tanto como a la mayor parte de nuestros escritores le interesa la justicia social.*

¿Qué pensar de esta declaración? Sin duda, encierra una gran verdad que es cómo un dedo acusador —*en su mayor parte a nuestros escritores se les importa un comino la justicia social*—, y, también, sin duda, pone de manifiesto una mixtificación —*mis versos no me interesan.* Si tan poco o nada le interesaran, si tal desinterés se igualara a la falta de pasión política de los escritores de su generación, cabría entonces pensar en un Martínez Villena haciendo todo menos la poesía. Pero es el caso que la hacía, y aquí y allí en sus poemas —logrados o no—, va implícita una profesión de fe poética. ¿Cómo pensar en el desprecio, en la mutilación, en el olvido frente a la obsesión devoradora del misterio poético? En un poema —*Paz Callada*—, Martínez Villena llega al paroxismo obsesivo:

*Tan sólo el verso arrastra su cansancio y escala*
*penosamente el duro silencio, se levanta*
*sobre el labio en gesto de sonrisa macabra,*
*mientras la mano en garfio me estruja la garganta*
*¡para exprimir la gota de hiel de la palabra!*

Esto es, ni más ni menos, el desvelo mallarmeano por la palabra, expresado en *Don del Poema*. Por tanto, una de dos: o ese desvelo es el resultado de una conciencia poética vigilante, o simplemente un acto gratuito. No es posible lo último ya que los poemas de Martínez Villena son parte de un todo que es el propio ser de Martínez Villena. Que con posterioridad él encontrara en el plano de la justicia social la razón de su propia existencia no excluye una primera tentativa de buscar esa razón en el plano poético. Más todavía, y aunque parezca contradictorio, lo poético fue un primer paso para acceder al segundo, es decir, la prédica social. Sólo que él, como ocurre con todo revolucionario, quemaba sus naves, y en tal autodafe debería entrar, como en el sí el no, la mixtificación.

* * *

En el ensayo biográfico *Una Semilla en un Surco de Fuego*, Raúl Roa reproduce un juicio de Luis Araquistaín sobre Martínez Villena. Dice: "Alado y trascendente como Shelley". Este juicio me ha dejado pensativo. Supongo que dicha frase forma parte de un estudio en el cual se fundamentaría esa comparación. ¿En qué se basaría Araquistain para hacerla? ¿Está hecha desde la base de una misma excelencia poética? O por el contrario, ¿quiere decir que Villena, poeta menor, es alado y trascendente como Shelley, gran poeta? En todo caso, tal juicio, reproducido así, de pasada en un ensayo crítico, nos obliga a suspender la lectura, a meter más los ojos en la página, a tratar de escribir en un segundo todo cuanto dejó de decir Villena en su corta carrera poética. En una palabra, el juicio de Araquistain nos fuerza, infructuosamente, a emparejar a Villena con Shelley.

* * *

Se dice, y no sin fundamento, que Martínez Villena fue el último de los poetas modernistas. No creo, sin embargo, que dicho juicio tenga, en última instancia un peso decisivo para situarlo en el mapa de la poesía cubana. Por cierto, él es un caso aparte en esta poesía, y aunque lo es por singularidad; no por ello deja de estar aparte. Porque la "manera" de Martínez Villena, con todo el modernismo y postmodernismo implícito en ella, y a pesar de sus tufos, resultaba extraña y nueva: ese poema cursi que es *Canción del Sainete Póstumo,* aunque cae dentro de la manera modernista, no encaja en las constantes de la poesía cubana: sentimentalismo, naturaleza, sensualismo. Si mal no recuerdo, es en el *Sainete* donde, por vez primera un poeta

cubano se mide con la ironía y hasta con el sarcasmo. Ya el título de por sí presenta una separación radical con la acostumbrada manera de titular de nuestros poetas: ni pensar por un momento en Casal y ni aún en Martí, en el Martí de algunos de los *Versos Sencillos*. Ambos habrían rechazado con horror semejante título para cualquiera de sus poemas. Y estos son nuestros poetas modernistas mayores. Para encontrar cierto parecido en la acritud, tendríamos que remontarnos, por ejemplo, a las célebres décimas de Herrera y Raissig que forman *La Torre de las Esfinges*. Por ejemplo, veamos el comienzo de *Tertulia Lunática:*

*El cielo abre un gesto verde*
*y ríe el desequilibrio*
*de un sátiro de ludibrio*
*enfermo de absintio verde...*
*En hipótesis se pierde*
*el horizonte errabundo,*
*y el campo meditabundo*
*informe turbión se puebla,*
*como que todo es tiniebla*
*en la conciencia del mundo.*

Y más todavía, tendríamos que rastraer en *Gotas Amargas*, de José Asunción Silva. ¿Quién no recuerda sus célebres *Cápsulas?*

*El pobre Juan de Dios tras de los éxtasis*
*del amor de Aniceta, fue infeliz*
*Pasó tres meses de amarguras grosas,*
*y, tras lento sufrir,*
*se curó con copaiba y con las cápsulas*
*de Sándalo Midy.*

*Enamorado luego de la histérica Luisa*
*rubia sentimental,*
*se enflaqueció, se fue poniendo tísico*
*y al año y medio o más*
*se curó con bromuro, con las cápsulas*
*de éter de Clertán.*

*Luego, desencantado de la vida,*
*filósofo sutil,*
*a Leopardi leyó, y a Schopenhauer*
*y en un rato de spleen,*
*se curó para siempre con las cápsulas*
*de plomo de un fusil.*

Si acto seguido leyéramos, por ejemplo, *Defensa del Miocardio Inocente*, advertiríamos la misma atmósfera de los poemas de Silva y de Reissig; veamos algunos fragmentos:

*Para impugnar la tesis de una verdad ficticia*
*vulgarizada en versos desprovistos de lógica,*
*quiero hablar en el nombre de la Santa Justicia*
*y de la respetable justicia fisiológica.*
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

*Tú, apenas responsable de una inquietud atávica*
*pues isócronamente, un día y otro día,*
*preso en la celda ósea de la jaula torácica*
*mueves tu mecanismo vil de relojería.*
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

*Que ya cuando me aburran tonsonancias y ripios*
*y me canse tu danza de impenitente músico,*
*te llevaré a una huelga de sólidos principios.*
*¡Oh, persuasión ingénita en el ácido prúsico!*

Una vez encontrado el parecido, digamos en qué se diferencia Martínez Villena de los modernistas de escuela. El se había metido de lleno en "las consonancias y ripios", en los esdrújulos, en el ácido prúsico, en el rejuego de las palabras; en suma, había caído en lo que se conoce por delectación morosa. El, que se había refugiado en la poesía (en la poesía como amable refugio), en vista de la impotencia para actuar, por el momento, en la vida nacional, al mismo tiempo se ahogaba en ella. La vida no podía consistir en encontrar nuevos metros, rimas exquisitas que, las más de las veces, resultaban muestras acabadas de cursilería. En tal atmósfera rarificada, si no quería uno asfixiarse, era preciso meter en los poemas otra cosa que la rima y el "ácido prúsico". El mismo Villena ha expresado en su poema *El Gigante*, la postura falsa en la que se hallaba colocado. ¿Recuerdan la primera estrofa?

*¿Y qué hago yo aquí donde no hay nada*
*grande que hacer? ¿Nací tan sólo para*
*esperar, esperar los días,*
*los meses y los años?*
*¿Para esperar quién sabe*
*qué cosa que no llega, que no puede*
*llegar jamás, que ni siquiera existe?*
*¿Qué es lo que aguardo? ¡Dios! ¿Qué es lo que aguardo?*
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Después, había de por medio su tisis. Para otros, más saludables, las grandes expectativas del tiempo no tendrían un carácter tan admonitorio como para Rubén. Estos podían esperar; no él, que veía a sus pulmones empujándolo hacia la muerte. Por todo ello, el reducido espacio poético que Villena ocupaba, rarificado y hueco, tenía, no obstante, un respiradero por donde salía algo más que la mera resonancia verbal. En ese mismo poema, anotaba: *Hay una fuerza concentrada, colérica, expectante en el fondo sereno de mi organismo; hay algo, algo que reclama una función oscura y formidable.* Se comprenderá entonces que su reducida obra poética participe, a la vez, de un amable cinismo literario y de una ternura sincera por las "cosas del corazón"; que sea, contradictoriamente, vacía y llena, deslavazada y compacta. Si la recorremos con mirada atenta advertiremos los altibajos del ánimo y el luchar a brazo partido de los dos polos de su existencia —poesía y compromiso. El mismo lo dice en *Motivos de la Angustia Indefinida:*

*¡Oh, consciente impotencia, para vencer la empresa*
*de traducir al verso la aspiración informe!*
*Angustia irremediable: conservar inconfesa*
*la tragedia monótona del vivir uniforme...*

Este poeta ha requerido una fuerza sobrehumana para superar todas sus decadencias: sólo viendo una de esas fotos del año veinte podemos darnos cuenta de que todo conspiraba en Villena para hacer de él una suerte de dandy. Si lo sentáramos en un salón de Londres o París bajo una luz de gas, lo tomaríamos por uno de esos exquisitos que formaban la "juventud dorada" de la época. Para colmo de males le tocó ser joven en una Habana que, por trágica contradicción, era decadente sin haber pasado por la grandeza; era La Habana de Gustavo Sánchez Galarraga, de las temporadas de insípido teatro cubano de Salvador Salazar, de las "tenidas literarias", de los Juegos Florales y de la informidad política. Es decir, en el terreno de la cultura todo resultaba bien chato y nada auténtico. Si treinta años más tarde esa vida cultural seguía languideciendo, ¡qué no sería en 1920! El mismo Rubén ha descrito la atmósfera insulsa y provinciana de la tertulia del café Martí. Y no es por cierto que faltara inteligencia, pero la disipaban en mera pirotecnia verbal. Después de todo, qué otra cosa hubieran podido hacer frente a un país donde la palabra cultura resonaba con ese mismo estampido de extrañeza con que escucharíamos el bramido de una vaca en un concierto. Si Martínez Villena resulta cursi en muchos de sus poemas, si lo vemos preocupado por la rima y si, finalmente, en su prosa se desliza toda esa caterva de frases amables y vacías, habrá que buscar el origen de sus desenfrenos en la vida literaria de provincia con que se regalaban los escritores cubanos de ese tiempo nefasto.

Y así iba dando tumbos y palos de ciego. Hacia 1923 escribe, teniendo muy presentes los sonetos de *Los Extasis de La Montaña* (Reissig), una serie de poemas en los que, prisionero todavía de ritmo y rima, de "color y forma" (¿es posible tal atiborramiento de esteticismo?), hay, no obstante, un cambio de frente en los temas. Ahora Villena se atreve a medirse con la ciudad, es decir con La Habana que lo aplasta como una losa, y aunque todo está dicho "líricamente", aunque no se ofrezcan precisiones, nos sentimos leyéndolo, un poco más cómodos y a él un poco menos prisionero de su esteticismo:

*Flotar de ropa blanca sobre las azoteas;*
*los largos pararrayos, las altas chimeneas;*
*adquieren en las sombras risibles proporciones;*

*el sol filtra en los árboles fantásticos apuntes*
*y traza en las aceras siluetas de balcones*
*que duermen su modorra sobre los transeúntes.*

Pero vuelve a las andadas: reaparecen los marfiles, los cromos, los abanicos. Al momento de exaltación, a los proyectos de dar consistencia a la vida, suceden ahora nuevos escepticismos y posturas ante esa vida como de alguien que aguardara el diluvio universal. De 1924 es *La Medalla del Soneto Clásico*, cumbre suprema de la cursilería de este poeta. Su cuarteto final es la apoteosis de la ineficacia:

*mi triste devoción cuaja una gota,*
*y, hecha un endecasílabo, la fijo,*
*¡como una perla, en tu medalla rota!*

Ahora, después de estas consideraciones, debemos sentirnos defraudados. ¡Pero si es lógico que Martínez Villena hiciera todas esas diabluras, que, sin suspirar realmente, suspirara por los atardeceres y se delectara con sus rimas! El no ocultó nada y se presentó siempre delirante como delirante y sin sentido era la vida nacional. Lo insólito habría sido que en un medio negativamente cultural como el nuestro, se apareciera de pronto un Byron o un Rimbaud. Por supuesto, la posibilidad era posible; ahí tenemos el caso monstruoso de Capablanca. Pero tal como ocurrieron las cosas para esos años gelatinosos, está muy bien que Martínez Villena resultara a tono con el medio. Esto dicho, anotemos a su favor su condición de artista, que lo hacía brillar con luz propia en medio del cortejo de ciegos. En esos Templos de la Fama que los hombres acostumbran levantar casi como un remordimiento, Martínez Villena ocupa un puesto destacado como héroe revolucionario. Sería conveniente recordar su condición de héroe de la poesía. Al fin y al cabo, en ese frente, libró batallas decisivas.

# el ejemplo de MARTINEZ VILLENA

**POR JOSE RODRIGUEZ FEO**

ESTE número de *Lunes* de Revolución dedicado a conmemorar la muerte, en la madrugada del 16 de enero de 1934, de uno de los líderes revolucionarios más grandes y puros que han surgido en Cuba —Rubén Martínez Villena— viene a confirmar la urgencia de reexaminar la obra de un grupo de escritores cubanos inmerecidamente olvidados por la crítica en nuestro país. Ya en 1956, en enero precisamente, publicamos un ensayo en la revista *Ciclón* sobre el poeta Martínez Villena del crítico, José Antonio Portuondo, que tenía como principal propósito alentar esta tarea de reconstrucción de nuestro pasado literario. Y digo "reconstrucción" porque nada sólido se ha hecho aun sobre la literatura cubana de calidad, empezando por lo más elemental como es tener a mano una bibliografía completa de nuestros escritores más importantes. La sección en que incluímos el trabajo de Portuondo se intitulaba "Revaluaciones" e intentaba, ante todo, despertar el interés de la nueva generación en una literatura que ya casi nadie leía, entregados como estábamos todos a escuchar las voces foráneas que nos traían los últimos mensajes estéticos de Europa y Norteamérica. Y mientras casi todos nosotros conocíamos a fondo a Eliot, Wallace Stevens, Dylan Thomas, St. John Perse, Quasimodo o Auden, pocos habíamos ojeado, ni de pasada, "La Pupila Insomne", o las prosas de Martínez Villena. Mucho menos sabíamos de su labor revolucionaria. Recuerdo que hace exactamente veinte años al preguntarle a un gran conocedor de la poesía cubana por la figura de Rubén, sólo supo hablarme durante casi media hora de la nobilísima ascendencia de los Villena. Hablando con un líder comunista, hace poco, me decía que la dificultad estaba en que se ha hecho un gran esfuerzo por parte de los gobiernos posteriores a la caída de Machado por silenciar toda discusión en torno a la poesía y a la obra de Martínez Villena, precisamente por haber sido él uno de los fundadores del Partido Comunista y uno de los más encarnizados enemigos del Imperialismo yanqui. Esto se confirma cuando recorremos las bibliotecas cubanas. Aparte de que escribió en periódicos clandestinos, no es posible hallar nada en los archivos de revistas y diarios de la época que recoja sus artículos políticos. Es lógico pensar que en los años de 1935 a la fecha se ha expurgado, como me sugirió un día Leonel Soto, otro líder comunista cubano, todo lo que esté relacionado con la labor revolucionaria de Martínez Villena. De otra manera, no se explica el increíble desconocimiento que ha existido de la obra de este gran líder e intelectual cubano.

Podría buscarse una explicación a esto en el desdén de lo cubano que impera a partir de la frustración de la revuelta contra el machadato. La generación que empieza a escribir a partir de 1934, así como la mayoría del pueblo, va perdiendo el gusto por nuestras tradiciones y costumbres y se entrega más y más a la pérfida propaganda del imperialismo yanqui. Al que revise las revistas publicadas entre 1919 y 1930, como *Cuba Contemporánea, Social, Grafos, Chic, Avance,* etc. observará cuán diferente era el enfoque de los escritores de aquella época. Se revela en sus escritos todos, una devoción y un interés extraordinario por nuestras cosas así como por la personalidad de nuestros principales patriotas. Se lee constantemente artículos sobre viejas tradiciones, lugares históricos, personajes del pasado, curiosidades artísticas; aparecen entrevistas con los más famosos cubanos de la época, se citan sus pareceres, se destacan las impresiones que los extranjeros tienen de la Isla. El cariño de nuestras cosas se revela en este afán de análisis de nuestras idiosincrasias y en este respeto del pasado, actitudes que desaparecerían de las preocupaciones de los intelectuales a partir del golpe de estado del tirano Batista. Esta violenta reacción de los escritores cubanos, este gesto de esconder la cabeza como el avestruz, no fue únicamente característica de nosotros. Unos más y unos menos, sentimos el asco y la amargura ante la violencia y la desfachatez con que los politiqueros se apoderaban otra vez del poder apoyados por el Imperialismo yanqui, al que habían entregado más concesiones económicas, en recompensa por su apoyo efectivo en la conquista del poder. El pueblo, no solamente los intelectuales, participó de este enojo y volvió sus espaldas a la República, se enseñoreó entre nosotros todos el descreimiento y el más absoluto pesimismo. Con todo esto, se aceleró la propaganda imperialista que tenía como fin mantenernos entretenidos y así no ver lo que estaba pasando entre las sombras. Como bien ha dicho Fidel Castro, esta intentona de dominación yanqui, en lo cultural, se evidenció en la inundación de revistas, libros, películas, música, modas y costumbres que querían desvirtuar nuestras más puras esencias y ablandar nuestra resistencia a lo extraño. Era una forma sutil de indoctrinarnos, pues al que viste, come, canta, baila y piensa como un yanqui no le resulta el imperialismo un enemigo peligroso. Así se fue creando una mentalidad muy curiosa entre nosotros, en la que lo admirable era lo norteamericano y lo que nos avergonzaba y nos traía preocupados era pertenecer a un país donde todo "no es como allá". En cierta ocasión, Pedro Salinas me decía que lo más trágico del portorriqueño era la sensación que daba de que no era ni portorriqueño, ni norteamericano. Y hacia esa condición nos llevaba esa admiración desmedida del mundo yanqui y ese olvido de nuestra patria, de su historia y de su literatura.

Lo maravilloso de Martínez Villena fue su intuición de que la literatura no puede estar ejerciendo una función mientras no se lograra la liberación del pueblo esclavizado al imperialismo y se destruyese los vicios y las corrupciones de los políticos de turno. Lo que hace su ejemplo más valioso es que no escondió la cabeza y sí se lanzó a la lucha abierta contra la injusticia y la tiranía, al mismo tiempo que renunciaba a dedicarse a hacer únicamente una labor de poeta. Esa misma intención política y revolucionaria de la generación de Martínez Villena y Julio Antonio Mella recibiría la desaprobación de Cintio Vitier, que representa a la generación de los poetas posteriores a la frustración de la revolución contra Machado. El rechazo se debe primero a razones estéticas: "Ninguno de los grandes esfuerzos creadores de la época, poco o nada conocidos entonces en Cuba (la obra de Proust, de Joyce, de Valéry, de Eliot, de Claudel), halló eco decisivo en sus páginas, que se mantuvieron siempre sobre la más visible y fugaz espuma de "lo nuevo", cifrando en la hueca palabra "vanguardismo". "(*Lo cubano en la poesía, 1958*). Y, refiriéndose a los poetas que siguen a la generación de Martínez Villena, aclara que tenían otros ideales estéticos: "juego, lucidez, belleza intelectual". Quizás el fracaso total de la rebelión de la generación anterior fue también causa de esta aversión hacia toda participación en la política, siempre corrompida y oportunista, así como ese alejamiento progresivo de la realidad cubana que se observa en los nuevos poetas. En relación a este conflicto espiritual de nuestra generación, es revelador este párrafo de Vitier: "En suma Tallet, tuvo el acierto de comprender las posibilidades poéticas de la vulgaridad, de la

**nada cotidiana, del fracaso individual y colectivo, y de todo lo que entonces (no hoy, cuando la magia de la evocación y una distinta sensibilidad ven las cosas de otro modo) podía parecer lo pedestre y antipoético por excelencia."** Aquí vemos una actitud muy común entre algunos de nuestros escritores: criticar a los que ven algún valor y una posibilidad poética en lo social, en lo cotidiano, por parecerles que huela a vulgaridad. Al mismo tiempo, se creían por arriba del fracaso colectivo y de la nada cuando esa "poesía trascendente" que advocaba precisamente Vitier no viene sino a revelarnos la nada y la impotencia en que se debatía la mayoría de los cubanos. Esa evasión hacia el juego, la belleza intelectual es la otra cara de la medalla. Se busca la pureza en la poesía frente a una sociedad impura, corrompida, que no tenía al novelista que la retratara de cuerpo entero, como hicieran Carrión y Loveira años antes. Se persigue la belleza intelectual ante la fealdad que nos espanta cuando vemos entregada toda una nación al vicio, al juego, a la explotación, al crimen. Los que no han olvidado lo que era Cuba antes de la gloriosa liberación, comprenderán que los intelectuales (haciendo excepción de aquellos que pusieron su pluma y su talento al servicio de la tiranía) eran los menos comprometidos con el estado de cosas reinante y que cuando la lucha fue arreciando, prefirieron renunciar a toda labor literaria que significase una aprobación tácita de la tiranía.

Para nosotros, Martínez Villena tiene una significación especial. Sabemos que fue un verdadero artista, consagrado a su obra literaria aun en los momentos en que estaba más atareado con la lucha revolucionaria. Pero que supo, como Martí, poner su deber con la patria y su pueblo por encima de todas las demás cosas: amigos, familia, poesía y su propia vida. Durante muchos años lo vemos dedicado a soñar, con su futuro de gran poeta, asistir a las reuniones literarias en el café "Martí", titubear entre la fe y la desesperanza, sintiendo el vacío de su vida en una república entregada al vicio y al despotismo político. De ello, son testimonios sus versos, un poco envejecidos por ese romanticismo un tanto ingenuo que encubre el modernismo de moda por aquel entonces: "El castillo de ideales, que forjó mi fantasía, se vió derribado un día, a fuerza de vendabales." *(Peñas arriba)* Al principio, Martínez Villena vivió resguardado en ese mundo de quimeras e ilusiones de su juventud, pero poco a poco fue despertando su conciencia política a las realidades nacionales. La deshonestidad e inepcia de los gobiernos de Menocal y Zayas pusieron al descubierto la necesidad de una reforma de las costumbres y de las instituciones públicas. Recordando esa generación de Martínez Villena, Portuondo nos dice estas palabras que justifican el análisis que hice de la tragedia de nosotros los intelectuales en los años anteriores a la Revolución y que demuestra que no fue una circunstancia aislada la que nos tocó vivir sino que ya había ocurrido otras veces en nuestra historia republicana: "Los espíritus más finos, los poetas jóvenes, asqueados de sus circunstancias en crisis, confiesa Núñez Olano, nos desasimos de lo inmediato para buscar en la literatura, en el análisis propio, el refugio común, la evasión. La faena estética dejó de ser para ellos empeño de bufones para entretener el ocio de los nuevos ricos y se tornó ejercicio riguroso, callada y exigente artesanía de modeladores y de orfebres, atentos a obtener el máximo de resonancia de sus afinados instrumentos expresivos." Entre estos jóvenes con aspiraciones de "modeladores y orfebres" estaba nuestro Martínez Villena así como Rubiera y Marinello. Aparte del ansia de superación estética que revelan los versos de Martínez Villena entre 1922 y 1927, nos interesa destacar esa nota constante de tristeza y angustia que caracteriza casi toda su poesía con excepción de aquellos poemas donde aflora ese prosaísmo sentimental tan típico del post modernismo, y que se resume en la maravillosa "Canción del sainete póstumo". Con todas las fallas que podemos observar en la construcción poética de su obra así como los residuos de un modernismo ya superado, lo importante es esa nota personalísima que prefigura su renuncia a la poesía y su entrega a la lucha revolucionaria. Siempre parece haber existido en la vida de Martínez Villena una inclinación hacia la melancolía muy marcada así como la premonición de una muerte temprana: "Tengo el impulso torvo y el anhelo sagrado, de atisbar en la vida mis ensueños de muerto". *(La pupila insomne).*

En febrero de 1923 aparece la primera prosa de Rubén y enseguida se nos revela su ansia definida de redención nacional. Aquí parece ya esbozarse la intención del poeta de emprender la lucha por la reivindicación de nuestra soberanía: "Hora es de tener patria de verdad, bien cimentada y fuerte y coherente, sin más obligaciones que las que impone la gratitud, y cuyo cumplimiento no reclamará, ningún pueblo a otro pueblo grande que sepa en qué circunstancia y medida debe cumplirlas. Hora es de tener Patria de verdad". El poeta se dedica ahora a estudiar el pasado, a bucear en los orígenes de la nacionalidad para hallar las causas que expliquen esa frustración de la República de Martí, pues ésta ha vivido "una época de transición forzosamente incolora".

Rubén dirigió la primera batalla política literaria de nuestra época republicana en la "famosa protesta de los Trece", de marzo de 1923. Puede decirse que ello marca la incorporación de nuestros intelectuales cubanos a las luchas revolucionarias. Como consecuencia de esta protesta, Martínez Villena constituyó la "Falange de Acción Cubana", que más tarde sería el núcleo principal de la asociación de "Veteranos y Patriotas", cuyo propósito fue preparar la lucha armada contra el gobierno de Zayas. Este episodio es muy significativo pues tras el fracaso del atentado a bombardear el Palacio y la frustración del movimiento debido a la traición de algunos de sus miembros, parece que fue calando en el espíritu de Martínez Villena la convicción de la imposibilidad de contar con los políticos y elementos afines para cualquier lucha revolucionaria. Pero sigue en la lucha y cada día va identificándose más y más con las masas y aumentando su entusiasmo. Al entrar en la Universidad y en contacto con la mejor juventud, como Mella, y con las nuevas inquietudes proletarias, descubre la vaciedad de la vida bohemia que se desarrollaba en torno al café "Martí" y se da a la tarea de fundar el Grupo Minorista con los escritores más militantes al servicio de la nación.

Ya hacia 1926 vemos a Martínez Villena de lleno en la lucha antimperialista y dirigiendo la revista *Venezuela Libre.* Sigue llevando a las reuniones minoristas sus inquietudes políticas y sociales así como va preparando en la Universidad Popular, "José Martí", la lucha por la reforma y la depuración de nuestra enseñanza universitaria. Contra Machado, al que calificó de "Asno con Garras" en una ocasión en que lo vió personalmente, era que iba ya concentrando toda esa energía y talento político que empezaba a demostrar en la tribuna y en la organización de los sindicatos. Todavía su pensamiento político no ha madurado del todo y su admiración de Rodó, Ingenieros y Vasconcelos le hace decir que "sólo mediante el perfeccionamiento individual, y la ilustración de las masas se arribará a la consecución del mayor progreso humano, logrando la concordia universal por el esfuerzo de las mentes". Es un párrafo típico de esa mentalidad positivista entretenida en jugar con abstracciones, pero que en Villena sería pronto descartada ante la realidad descarnada e hiriente de la realidad cubana. Cuando Mella fue encarcelado y se declaró en huelga de hambre, con grave peligro para su vida; cuando los asesinos del tirano Machado empezaron la represión violenta en el campo y las ciudades; cuando empezaron a aparecer los cuerpos ensangrentados de los jóvenes revolucionarios en las calles de La Habana; cuando Martínez Villena empezó a sentir en su carne la persecución del Asno con Garras, entonces ya el poeta ha comprendido que su misión es la lucha abierta, la declaración del principio revolucionario que antepone a todo la causa de la redención del pueblo cubano. Alentado por los textos marxistas que había estado estudiando durante los últimos años, ingresa en el Partido Comunista en 1927, y de inmediato se convierte en uno de sus dirigentes más capaces, populares y dinámicos. Portuondo nos ha dicho que "No dejó de ser nunca, ni en las horas de más intensa lucha, un artista, apasionado por la belleza y sus problemas". Pero habría que agregar que su contacto con las masas y su lucha callejera ya lo habían puesto al tanto de otras realidades y que su concepto de la poesía sufre una transformación radical. En estas palabras, con que festeja la aparición de una poesía social en Cuba, se revela el cambio profundo en su actitud hacia la vida y el arte: "El Poeta obrero descubre, como en el mito de Anteo, una fuerza inagotable que proviene de su origen, y que se mantiene y se renueva con el contacto. Y a golpe de martillo puede forjarse el verso que cante su tragedia, tal cual es, sin evasión consoladora y sin descanso; pero tremante de una "inmensa esperanza". Manos invisibles separan la niebla que cubre los ojos llenos de visiones y una aguda clarinada rompe en la noche del alma un himno nuevo. *"(Semblanza crítica de Regino Pedroso,* 1927)". Tenemos la convicción que al hablarnos de Pedroso, Martínez Villena está pensando en su propia vida, cuando confuso y perdido escribía su poesía de orfebre con los "ojos llenos de visiones" antes de sentir "la clarinada" que lo llevaría a oir las notas de "un himno nuevo". Es cierto que aun en los días más tristes de su vida, cuando estaba perseguido y enfermo, seguiría ocupándose de la poesía que tanto amaba; así en 1928 nos daría una síntesis de sus preocupaciones estéticas en *Tres temas sobre la nueva poesía* de Boti. Pero lo que hay que destacar es que para él todo estaba supeditado a la lucha por la redención de los humildes como nuestro Apóstol, José Martí. Hay mucha indignación ante la actitud de sus hermanos poetas que seguían refugiados en sus mundos de cristal cuando exclamó: "Yo destrozo mis versos, los desprecio, los regalo, los olvido: me interesan tanto como a la mayor parte de nuestros escritores interesa la justicia social"

Lo que hace de la figura de Martínez Villena algo tan digno de admiración y guía ejemplar para nuestras juventudes es esta comprensión final de que lo primordial en la vida, por encima de todo arte y de toda literatura, es esta justicia social que reclamaba en él la redención y la liberación de su pueblo oprimido y sometido al imperialismo yanqui, y a una clase capitalista opresora. Para él toda tarea intelectual tenía que estar vinculada a los intereses más altos de la nación, como comprendieron siempre nuestros libertadores y especialmente Martí. En momentos como los que le tocó vivir parecía criminal e imperdonable que se hiciera una literatura desvinculada de nuestra realidad social y que desoyese las ansias de libertad y los sufrimientos en que vivía sumido todo un pueblo. Su grandeza parte de ese reconocimiento y de haber dado todo, hasta su vida, por libertar a su pueblo.

Recordándolo ahora, a ese joven poeta que murió con los pulmones destrozados en la lucha por las libertades que ahora al fin todos disfrutamos, no podemos sentir otra cosa que orgullo de saber que si queda en la historia como uno de los líderes revolucionarios más grandes de América, participa también, como Martí, en la gloria de la poesía y del arte.

# RUBEN MARTINEZ VILLENA

## 1899 - 1934

### POR JOSE ANTONIO PORTUONDO

EN este mes de enero de 1956 se cumplen veintidós años de la muerte de Rubén Martínez Villena. En ese tiempo la obra del organizador político ha probado la solidez de sus cimientos y la justeza de sus métodos. La producción del escritor, en cambio, es menos conocida, aunque los versos de *La pupila insomne* hayan logrado dos ediciones y poemas suyos figuren siempre en las mejores antologías nacionales e hispanoamericanas. No se han publicado aun los *Trabajos políticos* anunciados en la solapa de Un nombre y otras prosas (1940). La gloria del poeta y la aureola del revolucionario andan, para muchos, confundidos en una sola leyenda, sin que la mayor parte tenga de él concepto más preciso que el que puede formarse sobre la melancólica ironía de la "Canción del sainete póstumo", su "Niagarita" como burlonamente la llamó alguna vez. El Dr. Manuel Alvarez Morales guarda inédita su tesis doctoral sobre la producción en verso de Martínez Villena. Queda aún por recoger, como dijimos, sus trabajos políticos, una parte considerable de su prosa literaria y sus cartas, indispensables para enjuiciar definitivamente al escritor. Lo que de él tenemos a mano, sin ser mucho, basta sin embargo, para medir su cabal estatura literaria.

A los dieciocho años, el adolescente Rubén Martínez Villena, recién ingresado, como estudiante de Leyes, en la Universidad de La Habana, se encara a la realidad circundante con un amargo gesto de desencanto. Cuba vive entonces, tras el fracaso más grotesco que dramático de "La Chambelona" el auge de la producción azucarera determinado por la Primera Guerra Mundial, bajo la presidencia del General e Ingeniero Mario García Menocal, el Mayoral de Chaparra, que se hace sentir, como anunciara la guaracha de su propaganda electoral, "sonando el cuero" a sus adversarios. Reelecto mediante el fraude y la violencia, Menocal inicia el sometimiento absoluto del Poder Ejecutivo cubano a los intereses azucareros norteamericanos: impuso "el orden a toda costa en el curso de la zafra", aplastando todo intento de reivindicación de los trabajadores, creó subpuertos a beneficio exclusivo de las grandes compañías extranjeras, favoreció el sistema de pagos en vales en los centrales y la importación, con salarios de miseria, de braceros antillanos para las labores de la caña. Sobre el hambre del pueblo se erigió el esplendor de los logreros y de los nuevos ricos cuyo gusto prevaleció sobre las últimas delicadezas modernistas. Ya en 1905, en su primer libro, *Ensayos críticos*, publicado en La Habana, denunciaba Pedro Henríquez Ureña "la extraña y casi total desaparición del estilo modernista en la poesía cubana". "En este momento —explicaba— en que en la misma península se deciden los nuevos escritores a libertar el idioma de la anquilosis que lo amenaza, los poetas cubanos escriben todavía, los más, en estilo correcto, rígido, frío, falto del color y de las gracias leves y cambiantes de la retórica y de la métrica de la joven escuela americana. Unos, bajo el influjo de las tendencias *conservadoras* del ambiente, han reaccionado contra sus fugaces aficiones modernistas; otros, nunca las han sentido". Dos de los más finos modernistas cubanos, Federico Uhrbach y Francisco J. Pichardo —nacidos ambos en 1873— vivieron ignorados, como simples burócratas, hasta 1932 y 1941, respectivamente. El último libro de Uhrbach, *Resurrección*, apareció, sin eco alguno, en 1916, después de ocho años de silencio; Pichardo publicó sólo un libro, *Voces nómadas*, en 1908. En cambio, desde 1915, no hay año en que no aparezcan y se divulguen ampliamente varios libros de versos y de teatro de Gustavo Sánchez Galarraga (1893-1934). Galarraga y Lecuona, que ha musicalizado no pocos versos de aquél, dan la tónica del gusto de la Primera Generación Republicana, la cual alcanza su clímax hacia 1917.

De ese año son los primeros versos que conocemos de Rubén Martínez Villena. Son ocho décimas tituladas "Peñas arriba" en las que el poeta adolescente expresa su desencanto y su urgencia de un cambio de sentido para su vida, en tono marcadamente romántico:

*Llora, triste, corazón*
*llora tu rudo quebranto*
*y llora con triste llanto*
*la muerte de mi ilusión.*
*Que no hay en la Creación*
*alivio a mis sinsabores,*
*ni hay remedio a mis ardores,*
*ni hay aurora a mi contento,*
*ni hay ocaso a mi tormento*
*ni piedad a mis dolores.*

*El castillo de ideales*
*que forjó mi fantasía*
*se vió derribado un día*
*a fuerza de vendabales.*

*Porque mi ser necesita,*
*para seguir su camino,*
*algún cambio en el destino*
*bajo el que llora y se agita.*

*Una pasión infinita,*
*algo que acabe mi duelo,*
*y que cumpliendo mi anhelo*
*al abatir mi amargura*
*me deje el alma tan pura*
*como un pedazo de cielo...!*

*Si ese cambio de mi vida*
*por suerte se realizara,*
*con qué júbilo gritara*
*el alma desfallecida:*
*—Emprende rauda subida,*
*no importa que en tu carrera,*

*en la zarza que te hiera,*
*vayas quedando a retazos,*
*porque tus mismos pedazos*
*me servirán de bandera...*

La anáfora de la primera estrofa expresa, con su dolorosa reiteración, el fracaso de las ilusiones juveniles, que repiten los versos iniciales de la estrofa siguiente. El tono, romántico aún, se levanta en las otras dos estrofas citadas, diciendo un anhelo de sacrificio capaz de alzar sobre el dolor y la amargura el "alma desfallecida" del poeta. Aquí están todavía las grandes palabras, gratas al romanticismo y a la adolescencia de todos los tiempos: "no hay en la Creación" —con letra mayúscula—, alivio a los sinsabores del poeta, para acabar con los cuales precisa "una pasión infinita" que lo lleve a la autoinmolación, en la que sus "mismos pedazos" le sirvan de bandera. Todo esto quedaría como simple desahogo romántico de un poeta adolescente, en dramático antagonismo con sus circunstancias, si no estuviera la vida posterior de Rubén dando a los versos el valor de un anuncio de su futuro sacrificio. Las décimas de "Peñas arriba", a pesar de su título tan perediano, abren con un gran grito romántico la vida pública y la poesía de Rubén Martínez Villena.

Es posible señalar en esta breve existencia literaria —apenas diecisiete años— y en la escasa producción poética de Martínez Villena, tres etapas perfectamente caracterizadas: la primera, que va desde 1917 hasta 1922; la segunda, de 1923 a 1927, y la tercera, de 1928 a 1934, el año de su muerte. En la primera etapa el poeta ensaya las posibilidades del soneto clásico para expresar el tema amoroso —"Declaración", "Ironía"—, encararse con la Muerte —"Psiquis"— y cantar los episodios de la lucha independentista: "El rescate de Sanguily", "Maltiempo", "San Pedro". Hay en estos sonetos patrióticos el énfasis romántico que hallamos en los de Bonifacio Byrne, subrayado siempre entre admiraciones, en los últimos versos:

*y el huracán de cascos y machetes*
*descerrajó las puertas de la gloria*
*("Maltiempo")*
*y se llevó al cautivo en la montura!*
*("El rescate de Sanguily")*
*para cargar contra la misma muerte!*
*("San Pedro")*

Pertenece a esta etapa otro soneto clásico, "Maestro", dedicado "a la memoria de Luis Padró" que dirigiera sus estudios infantiles en la Escuela 37 de la barriada del Cerro. En él, aunque menor, hay énfasis romántico, como lo hay en el poema de mayor aliento de esta etapa, "19 de Mayo", en el cual usa por vez primera el alejandrino junto a versos menores: heptasílabos, endecasílabos y octosílabos:

*Señor de la Palabra, Caudillo de la idea,*
*tu verbo fue cual grito pletórico de fe,*
*que al pueblo arrodillado quitóle la librea,*
*rompióle las cadenas y púsole de pie;*
*y fue clarín guerrero llamando a la pelea*
*y látigo feroz*
*y canto en que brillaba la libertad futura,*
*en cuyas amenazas, preñadas de amargura,*
*el alma de la Patria lloraba por tu voz.*

El tono esencialmente oratorio de la oda, endurecido un tanto en su comienzo por el abuso de enclíticos, se remansa en estrofas que recogen, combinando sabiamente endecasílabos y octasílabos, algunos "versos sencillos":

*Callaron los palmares. Y los ríos*
*que vieron tu caída, sollozaron,*
*y en sus dulces murmurios*
*y en su canción plañidera*
*también ellos susurraron:*
*"yo quiero cuando me muera*
*sin patria, pero sin amo,*
*tener en mi tumba un ramo*
*de flores y una bandera"...*

Al final, tras la delicadeza de un serventesio feliz:

*Aguila que cansada de tu vuelo,*
*sentiste la nostalgia de la tierra*
*y descendiste rápida del cielo*
*para morir cual tórtola en la guerra,*

se cierra la oda con arranque oratorio idéntico al comienzo, apoyado en el rítmico martilleo de los alejandrinos:

*Señor de la Palabra, Caudillo de la Idea:*
*observa que tu pueblo ya no tiene librea*
*y rompió sus cadenas con suprema altivez;*
*pero en el día fúnebre en que más grande brillas,*
*tu pueblo redimido se encuentra de rodillas:*
*tu recuerdo sagrado le arrodilla otra vez!*

Rubén ha empezado la búsqueda de un instrumento expresivo que corrija los excesos románticos y el sentido conservador dominante en las letras de su tiempo, señalado ya por Henríquez Ureña. *Los Arabescos mentales* (1913) de Regino E. Boti, *Ala* (1915) de Agustín Acosta y los *Versos precursores* (1917) de José Manuel Poveda, habían iniciado poco antes el retorno y superación del modernismo, sin eco apenas en los poetas de su promoción, la de mayor edad entre los escritores pertenecientes a la Primera Generación Republicana (1902-1929). En cambio, en los poetas de la más joven promoción, los coetáneos de Martínez Villena —Ramón Rubiera (nacido en 1894), Regino Pedroso (1896), María Villar Buceta (1898), Juan Marinello (1899), Enrique Serpa (1899), Rafael Esténger (1899) y Andrés Núñez Olano (1900)—, prendió el aliento renovador. Protagonista y narrador de aquellas aventuras, Andrés Núñez Olano nos explica en el prólogo a *Un nombre y otras prosas*, de Rubén, el rasgo dominante del grupo, su orientación literaria: "Orientación —por demás definida— fue la voluntad, aparente en cada integrante del grupo, de rebasar los límites anteriores; de renovar los temas poéticos y decir las cosas de un modo personal y, sobre todo, decoroso —el enfrentar la creación poética con el rigor de un ejercicio. Y en el propio plano fue renovación, puesto que trajo a nuestra literatura un concepto más estricto de la seriedad y la trascendencia del hecho poético; un sentido de universalidad, un aire de cultura. La exigencia, la vigilancia propia, fue, sin duda —y quizá con exceso— la tónica del grupo: sentíamos, con sensibilidad exasperada, el pudor de la obra personal; queríamos, ambiciosamente, construir para la eternidad... La lúcida percepción de impotencia para lograrlo, explica, en cierto modo, el silencio posterior de muchos de nosotros".

Por aquellos días, acabada ya la Primera Guerra Mundial, Cuba padecía una de las más graves crisis de su historia: a la breve "danza de los millones" y las "vacas gordas" significadas por el alza extraordinaria de los precios del azúcar, había sucedido el colapso de las "vacas flacas", la ruina de la Hacienda pública y de numerosas empresas privadas, el hambre y la miseria redobladas de las masas trabajadoras, agravado todo por la inepcia y la deshonestidad de los gobernantes; Menocal y Alfredo Zayas que le sucedió en 1921. Los espíritus más finos, los poetas jóvenes, asqueados de sus circunstancias en crisis, confiesa Núñez Olano, "nos desasimos de lo inmediato para buscar en la literatura, en el análisis propio, el refugio común, la evasión". La faena estética dejó de ser para ellos empeño de bufones para entretener el ocio de los nuevos ricos y se tornó ejercicio riguroso, callada y exigente artesanía de modeladores y de orfebres, atentos a obtener el máximo de resonancia de sus afinados instrumentos expresivos. Se volvieron los ojos a lo más logrado del modernismo, pero sólo como punto de partida: Darío, Lugones, Herrera y Reissig, González Martínez, el mejor Nervo, Boti y Poveda, un poco Acosta y Federico Uhrbach, fueron sus antecedentes cubanos. Los simbolistas franceses dejaron sus huellas en casi todos, especialmente en Rubiera y en Núñez Olano. La exigente autocrítica limitó la producción de los miembros del grupo: Rubiera, María Villar Buceta y Juan Marinello publicaron sólo un libro de versos cada uno: en 1925, el primero, los últimos, dos años después: Esténger y Serpa, después de sus libros iniciales, en 1924 y 1925, respectivamente, no volvieron a publicar sus versos hasta 1945 y 1940; Núñez Olano no ha recogido aún en volumen su producción poética, y la de Martínez Villena fue editada, como se sabe, después de su muerte.

Rubén era amigo de la infancia de Serpa; con los demás entró en relaciones en la Universidad de La Habana y todos constituyeron, con otros escritores de la misma promoción, la tertulia del Café "Martí", a partir de 1920. Ya desde 1918 realizaba Martínez Villena calladamente sus experiencias poéticas. De ese año conservamos un poema, "Celos Eternos", en versos de 16 sílabas, integrado por dos serventesios y una sextina trabajados al modo modernista. Mucho más interesante, y de idéntica fecha, es "Carnaval", todo en dodecasílabos, con un aparente alejandrino inicial que se descompone rítmicamente en un trisílabo y un dodecasílabo, rota la sinalefa por el silencio impuesto por los dos puntos que siguen al vocativo:

*Amada: ¡ha llegado el tiempo, de las alegrías!*
*¿Oyes esas risas? ¡Es el Carnaval!*
*Arroja la máscara de todos los días*
*y cúbrete el rostro con el antifaz.*

El sabio empleo de los esdrújulos sirve al ritmo y a la métrica del poema que expresa el contraste —frecuente en románticos y en modernistas— entre las alegrías del Carnaval y el dolor de los pobres del mundo:

*Corramos, amada; tus penas olvida.*
*¿No escuchas un vago murmullo de enjambre?*
*Es Momo que al baile gentil nos convida;*
*gastemos el oro, gocemos la vida...*
*¡en tanto los pobres se mueren de hambre!*

*Deja que te ciña del ebúrneo talle;*
*vámonos al baile, vamos a la calle.*
*Las casas cerradas parecen vacías...*
*y acaso hay en ellas un cadáver yerto;*
*uno que dejando penas y alegrías,*
*arrojó la máscara de todos los días*
*y por disfrazarse se vistió de muerto.*

*Detrás de las tristes ventanas cerradas*
*quizás hay en ellas un ser que recuerdo*
*llorando quién sabe qué glorias pasadas*

*y cada gemido que lanza se pierde*
*entre el estallido de las carcajadas...*

*Corramos, amada. Tus penas olvida.*
*¡Es Momo que al loco danzar nos convida*
*y al pie de tu reja su grito resuena!*
*¿No escuchas el vago zumbido de enjambre*
*Gastemos el oro, gocemos la vida,*
*en tanto los pobres se mueren de hambre...*
*en tanto los tristes se mueren de pena...*

*No escuches el vago zumbido de enjambre:*
*para tantos pobres que mueren de hambre,*
*vertamos el llanto, tengamos amor;*
*átame a las vueltas de una serpentina*
*y lloremos juntos, dulce Colombina,*
*por las tristes almas llenas de dolor.*

Es curioso el uso que hace el poeta —en la segunda de las estrofas citadas— del adjetivo ebúrneo que parece, en este caso, más cerca de su errónea acepción popular de *esbelto*, antes que de su correcta significación de marfileño. El poeta recoge, por vez primera, la inquietud social de Rubén Martínez Villena, imprecisa y romántica aún, pero manifiesta y consciente ya en sus estrofas a las que asoma también la melancólica ironía que dará después su mejor fruto en la "Canción del sainete póstumo".

De 1919 es un fino madrigal, "El rizo rebelde", en el que la cadencia de heptasílabos y endecasílabos renueva la gracia romántica del "Madrigal" de Urbina:

*¡Oh, rizo idolatrado!*
*¡Maravilloso rizo,*
*que yaces nuevamente condenado*
*a vivir en la cárcel del tocado*
*que el céfiro deshizo!*
*Ya que el céfiro no puede libertarte,*
*pide auxilio a mis besos*
*que sabrán consolarte*
*porque saben la pena de estar presos...*

Todos los poemas que conocemos de los años 1921 y 1922 —once sonetos y una canción— están escritos en alejandrinos. Los sonetos emplean la arquitectura modernista, conservando siempre rima uniforme en los serventesios y mayor libertad en la fórmula de los tercetos. Los temas van desde la narración, con aires de viejo romance, de una escena galante —"El Cazador", "Fin de velada"— y la descripción colorista de paisajes urbanos —los cuatro sonetos de la "Sinfonía urbana"— o marinos —"El faro", "Tempestad"—, hasta el deliquio verbal del "Homenaje al monosílabo ilustre" y la preocupación trascendentalista de "La ruta de oro" y "Presagio de la burla final", si en los sonetos de tema galante parece escucharse un eco de Darío, en los de tema urbano se aprovechan las lecciones de Herrera y Reissig e irrumpe lo vulgar y cotidiano con la gracia melancólica de Luis Carlos López:

*ANDANTE MERIDIANO*

*Se extingue lentamente la gran polifonía*
*que urdió la multiforme canción de la mañana,*
*y escúchase en la vasta quietud del mediodía*
*como el jadear enorme de la fatiga humana.*

*Solemnidad profunda, rara melancolía.*
*La capital se baña de lumbre meridiana,*
*y un rumor de colmena colosal se diría*
*que flota en la fecunda serenidad urbana.*

*Flamear de ropa blanca sobre las azoteas;*
*los largos pararrayos, las altas chimeneas,*
*adquieren en la sombra visibles proporciones;*

*el sol filtra en los árboles fantásticos apuntes*
*y traza en las aceras siluetas de balcones*
*que duermen su modorra sobre los transeuntes.*

La preocupación trascendente y el puro juego verbal se juntan de modo feliz en el

*HOMENAJE AL MONOSILABO ILUSTRE*

*¡Gloria a ti! mágico monosílabo sonoro,*
*porque denominaste la escala musical!*
*brevedad de latido; pura gota de oro*
*o de cieno, que todo lo encuentras: Bien y Mal.*

*¡Mal!, ¡Bien!: en una sílaba la Gran Moral cabría;*
*tu gracia laconiza todo lo primordial;*
*Dios es el monosílabo de la filosofía;*
*Ser es verbo-resumen del problema total.*

*Yo, tú, él... Yo: ¡síntesis verbal de la conciencia!*
*Y el sí y el no son tuyos. Ave tu noble ciencia!*
*¡Monosílabo: padre de las lenguas de hoy!...*

*Nota bajo el silencio, chispa sobre el abismo,*
*¡Ay, si lograra un día, cribando mi hermetismo,*
*dar -yo-por-ti-no-más-la-voz-y-la-luz-que-soy!...*

En la breve obra de Rubén Martínez Villena hay varias muestras de su preocupación por la musicalidad del verso, por el juego acentual que superando la servidumbre de la palabra puramente designante, instrumento de cambio en el comercio cotidiano, alcance la expresión apoyado en el valor fónico de los vocablos, en sus recursos sonoros. En "Tempestad", que subtitula "Fragmento wagneriano", hay un reiterado empleo de ciertos sonidos —f y r, principalmente— con fines musicales. Un intento más ambicioso lo constituye el "Capricho en tono menor", en la etapa siguiente de su producción poética.

La melancolía de las décimas primeras y la angustia por la posible frustración están presentes siempre en el espíritu del poeta. Hay un soneto de este período que lo dice bellamente:

*PRESAGIO DE LA BURLA FINAL*

*Yo tengo la absoluta seguridad que un día,*
*cuando ya no me resten fuerzas para marchar,*
*cruzará mi camino la verdadera vía*
*orientada a la gloria que pude conquistar.*

*En ella estará todo: (alguien que me quería,*
*mi ensueño; mi destino; mi gozo y mi pesar;*
*la vocación ignota) Oh, ruta que era "mía"!...*
*¡Y ya será muy tarde para poder andar!*

*Entonces, abrumado bajo mi propio ocaso,*
*ante la burla horrenda que agrave mi fracaso,*
*comprenderé lo inútil de todo lo que fuí;*

*me punzarán la frente recuerdos como abrojos,*
*me tragaré la lengua, me cerraré los ojos,*
*¡y en un olvido largo me olvidaré de mí!...*

En este soneto hallamos el prosaísmo sentimental que caracteriza la "Canción del sainete póstumo", la misma actitud de vencimiento y derrota por la mediocridad cotidiana, idéntico lenguaje coloquial y la reiteración de rimas agudas —todos los versos pares son agudos en ambos poemas—, con su inexorable ritmo conclusivo. Es posible que la presencia en la tertulia del "Martí" de José Z. Tallet, el más constante cultivador entre nosotros de la ironía sentimental, y estrechamente unido a Rubén, acentuara el tono melancólico y la ironía presentes ya en versos anteriores de Martínez Villena. De todos modos, la "Canción del sainete póstumo" ha quedado, no sólo como el poema más conocido de Rubén, sino como el más significativo, casi el epitafio de aquella promoción de escritores asqueados por la crisis de sus circunstancias. El poema va ascendiendo desde la irónica descripción del velorio tradicional con su vulgar acompañamiento de vecinos, de desconocidos y de beatas "neblinosas de sueño", y en el que no faltan "las apetecidas tazas de chocolate" ni "la ingeniosa anécdota llena de perversión", hasta la angustia atenazante de las estrofas finales que renuevan, sobre la vulgaridad de lo cotidiano, la perenne novedad e inexorabilidad de la muerte:

*Y ya en la madrugada, sobre la concurrencia*
*gravitará el concepto solemne del "jamás",*
*vendrá luego el consuelo de seguir la existencia...*
*Y vendrá la mañana... pero tú, no vendrás!...*

*Allá donde vegete felizmente tu olvido,*
*—felicidad bien lejos de la que pudo ser—*
*bajo tres letras fúnebres mi nombre y mi apellido,*
*dentro de un marco negro, te harán palidecer.*
*Y te dirán: —¿Qué tienes?... Y tú dirás que (nada;*
*mas te irás a la alcoba para disimular,*
*me llorarás a solas, con la cara en la almohada,*
*¡y esa noche tu esposo no te podrá besar!...*

La "Canción del sainete póstumo" es la obra maestra del prosaísmo sentimental que Federico de Onís ha señalado como una de las manifestaciones del post-modernismo. Es, al menos, su poema más característico. Será posible hallar algún otro de Luis Carlos López o de José Z. Tallet de factura más perfecta, pero ninguno ha perdurado en la memoria de las gentes como estos serventesios de Martínez Villena en los que se resumen la persistente veta sentimental y romántica y la irónica y casi agresiva pintura de la vulgaridad cotidiana con que los poetas de esta promoción quisieron corregir las ilusiones versallescas, la ingenua fastuosidad de utilería, en que se complacieran los modernistas.

La angustia de la muerte y del fracaso, la impotencia de crear la obra soñada, persisten en la etapa segunda (1923-1927) de la producción de Rubén Martínez Villena. En dos poemas brevísimos de ese tiempo, un solo serven-

**Arriba: Martínez Villena con unos obreros en una fábrica. Al centro: Martínez Villena con amigos y escritores cubanos, donde pueden reconocerse Alejo Carpentier, Juan Marinello y Jorge Mañach. Debajo: En 1923, a la puerta del restaurante "Chinchurrieta", al terminar el banquete con motivo del estreno en el Teatro Payret de la zarzuela "Las Naciones del Golfo". En primera fila, y en tercer lugar de izquierda a derecha, aparece Rubén Martínez Villena.**

● RUBEN MARTINEZ VILLENA ● RUBEN MARTINEZ VILLENA ●







● RUBEN MARTINEZ VILLENA ● RUBEN MARTINEZ VILLENA ●

tesio alejandrino cada uno, se expresan dichos sentimientos con admirable agudeza:

*LA PUPILA INSOMNE*

*Tengo el impulso torvo y el anhelo sagrado*
*de atisbar en la vida mis ensueños de muerto.*
*¡Oh la pupila insomne y el párpado cerrado!...*
*(¡Yo dormiré mañana con el párpado abierto!).*

*EL ANHELO INUTIL*

*¡Oh mi ensueño, mi ensueño! Vanamente me*
*(exaltas:*
*¡Oh el inútil empeño por subir donde subes...!*
*¡Estas alas tan cortas y esas nubes tan altas...!*
*¡Y estas alas queriendo conquistar esas nubes...!*

La obsesión de la muerte dicta un soneto modernista, "El enigma de la amante horrible"; el ansia de lograr la palabra precisa, la pura y exacta palabra poética, inspira otro admirable soneto que parece de hoy:

*INSUFICIENCIA DE LA ESCALA Y EL IRIS*

*La luz es música en la garganta de la alondra;*
*mas tu voz ha de hacerse de la misma tiniebla;*
*y el sabio ruiseñor descompone la sombra*
*y la traduce al iris sonoro de la endecha.*

*El espectro visible tiene siete colores,*
*la escala natural tiene siete sonidos:*
*puedes trenzarlos todos en diversas canciones,*
*que tu mayor dolor quedará sin ser dicho.*

*Dominando la escala, dominador del iris,*
*callarás en tinieblas la canción imposible,*
*Ha de ser negra y muda. Que a tu verso le falta*

*para expresar la clave de tu angustia secreta*
*una nota, inaudible, de otra octava más alta,*
*un color, de la oscura región ultravioleta.*

El poeta ha rebasado ya los puros juegos verbales del modernismo, a los que volverá alguna vez por mero ejercicio retórico. Lo que nutre ahora su verso es un afán de expresar lo inefable, de traducir la urgencia creadora de su espíritu que quiere ponerse en letra y en sangre, en verso y en acción, destrozando el ahogo callado de sus chatas circunstancias. Pocas veces se ha dicho tan felizmente la angustia del poeta en búsqueda inacabable de la nota imposible, como en este soneto.

*EL CAMPANARIO DEL SILENCIO*

*Yo tuve un campanario monumental, en cuyas*
*campanas di la música de mis anhelos nobles;*
*aleccioné mis bronces en risas y aleluyas,*
*ángulos melancólicos y lágrimas de dobles...*

*Después la irremediable necesidad del toque*
*forzó el pregón metálico de mis impulsos bajos;*
*y de mi torre a vuelo, con el continuo choque,*
*saltaron las cansadas lenguas de mis badajos...*

*Y hoy sufro de mis versos volteando en el silencio,*
*campanas mutiladas; no más que yo presencio*
*la danza de mis bronces en ímpetu insensato;*

*y oigo —bajo mis sienes— inexorable y rudo*
*clamar, en un glorioso vértigo de rebato*
*¡el toque inverosímil del campanario mudo!...*

Los versos bien forjados, del más fino metal modernista, voltean sin resonancia posible, vacíos. El poeta ensaya los toques galantes en "Motivos" —tres serventesios alejandrinos— o en "Exaltación en negro sostenido mayor" —tres serventesios octonarios—; conjuga la angustia y el juego verbal en "Paz callada", subtitulado significativamente "Largolento en monorritmo de A", y el tema heroico, al modo de Darío o de Chocano, en los dos serventesios en versos de dieciocho sílabas de "Era el desfile de los grandes", que siguen la fórmula rítmica —dos hemistiquios eneasílabos— empleada por Chocano en "Danza griega" y en "La caravana del Sultán". Pero todos estos ejercicios formales, verdadero esfuerzo de laboratorio, de orfebrería o fundición no pueden dar a los versos —"campanas mutiladas"— resonancia, vida, trascendencia. El poeta solo, encerrado en sí mismo o en estéril intercambio formalista con sus colegas enfermos de idéntico aislamiento, percibe la inutilidad de sus versos —"el toque inverosímil del campanario mudo!— y clama con angustia:

*¿Y qué hago yo aquí donde no hay nada*
*grande que hacer? ¿Nací tan sólo para*
*esperar, para esperar los días*
*los meses y los años?*
*¿Para esperar quién sabe*
*qué cosa que no llega, que no puede*
*llegar jamás, que ni siquiera existe?*
*¿Qué es lo que aguardo? ¡Dios! ¿Qué es lo que*
*(aguardo?*

*Hay una fuerza*
*concentrada, colérica, expectante*
*en el fondo sereno*
*de mi organismo; hay algo,*
*hay algo que reclama*
*una función oscura y formidable*

*Es un anhelo*
*impreciso de árbol; un impulso*
*de ascender y ascender hasta que pueda*
*¡rendir montañas y amasar estrellas!*
*¡Crecer, crecer hasta lo inmensurable!*
*("El gigante")*

Cintio Vitier ha dicho con justicia que estas estrofas son "hermanas legítimas, por la inflexión y el fuego, de los *Versos libres* de José Martí". Y es que en la hora de la confusión y de la angustia el poeta, como en la etapa anterior ha vuelto los ojos a Martí y a los padres fundadores de la Patria en demanda de un destino para su vida. De febrero de 1923 es la primera prosa recogida de Rubén y en ella se expresa un anhelo muy concreto de redención nacional. El lenguaje es, en el párrafo inicial sobre todo, esencialmente poemático, con sonoro ritmo oratorio de exaltación conmemorativa:

*Bello sería cantar —en su aniversario— la clarinada que alzó sobre los estribos a los hombres del 95. Digno sería evocar la marcha desbocada de los jinetes que vinieron con la aurora de Baire en las pupilas y el sol huyendo y bailando en las hojas de sus aceros. Patriótico sería forjar, a ritmo de galope, la loa del esfuerzo con que, a precio de vida, nos arrancaron nuestros padres del tirano. Pero más patriótico y digno y hasta más bello, por más sincero, fuera confesar los errores que nos hacen hoy indignos de los muertos.*

El párrafo tiene un ritmo ascendente que se apoya por grados en los adjetivos —bello, digno, patriótico— que inician las tres primeras oraciones, para descender luego más rápidamente, la entonación que culmina en la grave referencia a "los errores que nos hacen hoy indignos de los muertos". "Bello", "muertos" constituyen los polos del párrafo, extremos igualmente del pensamiento de poeta que en párrafo posterior ha de concretar de este modo su mensaje patriótico:

*Hora es ya de consolidar la obra que una época de transición forzosamente incolora ha puesto en peligro. Hora es de tener patria de verdad, bien cimentada y fuerte y coherente, sin más obligaciones que las que impone la gratitud, y cuyo cumplimiento no reclamará, ningún pueblo grande a otro pueblo grande que sepa en qué circunstancia y medida debe cumplirlas. Hora es de tener Patria de verdad.*

Hay todavía retórica e imprecisión en estos párrafos calientes de fervor patriótico, pero ellos señalan un camino del cual ya no habrá de apartarse el poeta. Rubén advierte con claridad que, desde su establecimiento, la República ha vivido "una época de transición forzosamente incolara" que es urgente superar. "Hora es de tener Patria de verdad", repite como un estribillo. Los escritores de la promoción mayor, en esta Primera Generación Republicana, agrupados en torno a la revista *"Cuba Contemporánea"* (1913-1927), dedicaban ya lo mejor de sus esfuerzos al análisis de los problemas nacionales. Pero el desgobierno de Zayas y la grave atonía moral que padecían las grandes mayorías cubanas exigían una acción inmediata y directa que despertara a la sila de su peligroso marasmo. El comienzo de esa acción renovadora se produjo capitaneada por Rubén, con la "protesta de los Trece", el 18 de marzo de 1923. Uno de los protagonistas de aquella histórica aventura —José Z. Tallet— la ha referido así:

*Aquel domingo al mediodía... un nutrido grupo de hombres jóvenes, enamorados de la literatura y el arte en todas sus manifestaciones, se congregó en el restaurant del popular "Chinchurreta" para rendir un merecido homenaje a sus compañeros Andrés Núñez Olano y Guillermo Martínez Márquez por el rotundo éxito de su zarzuela "Las Naciones del Golfo" —música del maestro Torres— estrenada días antes por la compañía de Lupe Rivas Cacho... Terminó el ágape sobre las cuatro de la tarde... Un grupo de quince se retardó en los aledaños del restaurant, discutiendo temas de actualidad. Días antes el Presidente Zayas dictara el decreto adquiriendo a precio subidísimo el Convento de Santa Clara, que le refrendó el Ministro de Justicia, doctor Erasmo Regüiferos, al negarse a hacerlo el de Hacienda. El pueblo de La Habana, indignado, no hablaba de otra cosa. Alguien en el grupo recordó que aquella tarde el Secretario de Justicia debía pronunciar un discurso o conferencia en la Academia de Ciencias... Y no se sabe quién propuso marchar "en bolón" a la Academia para decirle cara a cara al señor Regüiferos la inconformidad de la juventud con su conducta. Sin pérdida de tiempo se organizó el insólito acto y allá se fueron los quin-*

*ce. Con el mayor orden penetraron en el salón de actos de la Academia, ocupando cada quien su asiento. Oportunamente comenzó la sesión, la señorita presidenta —pues era un acto auspiciado por una asociación femenina— cedió la palabra al señor Regüiferos y ¡aquí fue Troya! Cuando el "seráfico Erasmo", como lo apellidara más tarde en unos versos Martínez Villena, se dirigía a la tribuna, este joven poeta, abogado y más tarde de preclara figura revolucionaria, pidió se le permitiera una aclaración, en tanto sus demás compañeros se ponían en pie.. Accedió sonriente Regüiferos, pensando acaso que aquel grupo de jóvenes iría a rendirle algún tributo a su persona; y Martínez Villena con voz entera hizo saber al Ministro que todos aquellos jóvenes no podían permanecer en el local donde se encontraba el autor de un hecho tachado por la opinión pública. Todos seguidamente abandonaron el salón con la mayor compostura ante el asombro y los comentarios del resto del público, sobrecogido por aquel atrevimiento.*

*Después, ya iniciados por el camino de la protesta, se encaminaron al "Heraldo de Cuba" —diario a la sazón oposicionista— y dieron cuenta al Jefe de Redacción, Miguel de Marcos, de lo ocurrido, entregando a la vez para su publicación un manifiesto redactado festinadamente en la mesa de un café. En él se hizo saber a toda Cuba "la protesta de los Trece", ya que de los quince sólo trece lo firmaron. Fueron éstos: Rubén Martínez Villena, Juan Marinello, José Manuel Acosta, Primitivo Cordero Leiva, Calixto Masó, José Ramón García Pedrosa, Alberto Lamar Schweyer, Luis Gómez Wangüemert, José Antonio Fernández de Castro, Félix Lizaso, Jorge Mañach, Francisco Ichaso y José Z. Tallet.*

Esta fue la primera batalla político literaria librada en Cuba republicana, muy semejante a las que popularizarían después, con mayor estridencia y anarquía, los superrealistas parisienses. Ella señala la incorporación desembozada y consciente de los intelectuales cubanos a las luchas ciudadanas. De los Trece de 1923, unos continuaron en limpia postura ciudadana, hubo un traidor y alguno que otro acomodado a las nuevas situaciones políticas. Pero el impulso significado por la protesta abrió una nueva etapa de nuestra vida intelectual. Rubén Martínez Villena, sometido a un proceso, entró en la cárcel por vez primera, y en la lucha contra el desgobierno de Zayas descubrió su destino. En su vibrante "Mensaje lírico civil" dice al poeta peruano José Torres Vidaurre:

*nuestra Cuba, bien sabes cuán propicia a la caza*
*de naciones, y cómo soporta la amenaza*

*permanente del Norte que su ambición incuba:*
*la Florida es un índice que señala hacia Cuba.*

*Tenemos el destino en nuestras propias manos*
*y es lo triste que somos nosotros, los cubanos,*

*quienes conseguiremos la probable desgracia,*
*adulterando, infames, la noble Democracia,*

*viviendo entre inquietudes de Caribdis a Scilla,*
*e ignorando el peligro del Norte que vigila.*

*Hace falta una carga para matar bribones,*
*para acabar la obra de las revoluciones;*

*para vengar los muertos, que padecen ultraje,*
*para limpiar la costa tenaz del coloniaje;*

*para poder un día, con prestigio y razón,*
*extirpar el Apéndice a la Constitución;*

*para no hacer inútil, en humillante suerte,*
*el esfuerzo y el hambre y la herida y la muerte;*

*para que la República se mantenga de sí,*
*para cumplir el sueño de mármol de Martí;*

*para guardar la tierra, gloriosa de despojos,*
*para salvar el templo del Amor y la Fe.*

*para que nuestros hijos no mendiguen de hinojos*
*la patria que los padres nos ganaron de pie.*

*Yo juro por la sangre que manó tanta herida,*
*ansiar la salvación de la tierra querida,*

*y a despecho de toda persecución injusta,*
*seguir administrando el látigo y la fusta.*

El "Mensaje lírico civil", no obstante su aparente destino individual, es en realidad una arenga dirigida a la minoría letrada del país, excitándola a la acción. El uso de alejandrinos pareados, con algunos serventesios y cuartetos precisados por el énfasis, emparenta el poema con otros análogos, de temas muy diversos, de José Asunción Silva, Guillermo Valencia o Leopoldo Lugones.

**El resultado inmediato de la "protesta de los Trece" fue la constitución de la "Falange de Acción Cubana" cuyos integrantes participaron después, en mayor o menor medida, en la asociación llamada de "Veteranos y Patriotas" encaminada a preparar la rebelión armada contra el gobierno de Zayas.** Miembro del Consejo Supremo de la asociación, Rubén participó en todas sus labores e incluso recibió adiestramiento como aviador en la Florida para venir a bombardear el palacio presidencial. Al frustarse el movimiento, por la traición de algunos de sus dirigentes, volvió Martínez Villena a Cuba y a sus esfuerzos por sacudir la inercia de los intelectuales cubanos. De 1923 es su fino comentario a *Hermanita* de Agustín Acosta, que acusa una certera actitud crítica. Rubén comienza refiriéndose al interés con que era aguardado un nuevo libro de Acosta y la decepción que, dadas las circunstancias, ha de producir *Hermanita*. "Para muchos, para mí entre ellos —dice—, acaso sea reprochable este libro, al menos en su oportunidad. La vuelta ahora al viejo tópico sentimental, casi desechado, sorprende, a los que esperábamos algo más". Pero inmediatamente se sitúa en el punto de vista del autor del libro para hacer, desde él, un juicio acertadísimo del mismo. La demanda de la obra mayor se reitera al final: "Ahora, tras esa cortesía de amante que ha tenido el esposo, aguardemos lo que Acosta nos debe, lo que nos dará, a nosotros, que sabemos que su voz no es de campanario ni de bandera. ...El tendrá a Hermanita, que es suya. Pero nosotros lo tenemos a él, que es nuestro: que es el Hermano Mayor". Acosta cumplirá esta demanda, tres años después, con su libro mejor: *La Zafra*.

Otro ejemplo de la agudeza crítica de Rubén lo constituye su prólogo a los discursos de Fernando Ortiz, aparecido también en 1923. No es posible superar en exactitud este sagaz retrato intelectual de Ortiz:

*Fernando Ortiz carece de los defectos de la inteligencia tropical, sin dejar de poseer sus virtudes. Su mentalidad, vigorosa y ágil, potente y minuciosa, ve y juzga a un tiempo el conjunto y el detalle, y produce la impresión desconcertante de un sajonismo razonador combinado con un latinismo imaginífico. La calma, la solidez y el peso necesarios para arduos y lentos trabajos de investigación, se unen a la sutileza chispeante que precisa el observador acucioso, y nace del contrapeso el equilibrio difícil, indispensable al que utiliza el poder creador de sus facultades.*

*...El bloque de su maciza cultura es lo que hay detrás de estos discursos, amenizados por espontáneos brotes de gracia latina. La solidez de sus ideas se aligera en alas de una exposición diáfana, espolvoreada de sal criolla. Porque Ortiz es acaso el más genuinamente cubano de nuestros oradores. Sus ocios pequeños y dispersos de explorador afortunado, le han permitido formar, como jugando, en la selva filológica, su sabroso "catauro de cubanismos", de los cuales se hallan sembrados esos discursos. Sus imágenes son netamente cubanas; es nuestra flora y nuestra fauna y nuestro pueblo con sus costumbres y modismos, los que le sirven para ilustrar hasta sus disertaciones académicas.*

La lucha política y su obligado contacto con las masas, afila la capacidad juzgadora de Martínez Villena. Su vida adquiere un ritmo afiebrado y entusiasta al compás de los nuevos acontecimientos: el movimiento de Reforma Universitaria encabezado por Julio Antonio Mella. Rubén estará entre los graduados que aplauden y estimulan aquel movimiento y entre los que colaboran en su más granado fruto: La Universidad Popular "José Martí". En contacto ahora con la mayor juventud de la República y con las nuevas inquietudes proletarias, siente la urgencia de agrupar a los escritores en minoría militante, al servicio de las necesidades de la Patria. La vieja tertulia literaria del café "Martí" es ya insuficiente, con su bohemia escéptica y su estéril formalismo. Y de los almuerzos sabáticos de los más inquietos escritores nace el "Grupo Minorista", cuyas producciones se recogen en las páginas inolvidables de *Social* (1916-1934) en donde, por la comprensión inteligente de sus directores, Conrado W. Massaguer y Emilio Roig de Leuchsenring, alternan la frivolidad y el buen gusto, la crónica decadente de los salones elegantes y la bullente inquietud de la más joven promoción literaria de la isla. No es esto, sin embargo, novedad. Algún día habrá que hacer el estudio de estas revistas cubanas en las que la frivolidad de muchos sostuvo la inquietud de unos pocos: desde *La Moda o Recreo Semanal del Bello Sexo*, de Domingo Delmonte y sus amigos, hasta *La Habana Elegante*, *El Fígaro*, *Social*, *Grafos* y muchas más. En *Social* está el esfuerzo de los *minoristas* esperando al historiador de nuestras letras que quiera revivir uno de los instantes más aleccionadores de nuestra existencia cultural.

La inquietud social no limita, sin embargo, ni estorba en Rubén la preocupación por el cultivo de la forma. De 1924 es el "Capricho en tono menor", subtitulado "Música de Camera", en el que octosílabos y tetrasílabos aconsonantados sirven de base para experimentar la gracia alada de la rima interior:

*¿Llegas?... Se asombra, te nombra,*
*se enciende el duende que entiende*
*tu mirada:*
*se tiende sobre la alfombra*
*de tu sombra perfumada.*
*¿Andas?... La estatua se mueve.*
*Grave, leve, breve y suave*

*tu pie de nieve que sabe*
*la gracia de los minués:*
*en silencio y de rodillas*
*reverencio las sencillas*
*maravillas de tus pies.*

Hay inclusive concesiones a la bohemia que ya va quedando atrás, como en el soneto modernista "Página de la droga celeste" que resume una experiencia en el barrio chino de La Habana vivida por él y otros "minoristas": Fernández de Castro, Alejo Carpentier, etc. Se da entonces también lo mejor de su escasísima producción de tema amoroso: los serventesios endecasílabos de "Saludo frangante" y, sobre todo, el poema en prosa "Hexaedro rosa" en que se renuevan las eternas bellezas del Cantar de los Cantares con algún inevitable recuerdo de Darío.

*Puedes venir desnuda a mi fiesta de amor.*
*Yo te vestiré de caricias.*

*Música, la de mis palabras; perfume, el de mis versos; corona, mis lágrimas sobre tu cabellera.*

*¿Qué mejor cinturón para tu talle, qué cinturón más tierno, más fuerte y más justo que el que te darán mis brazos?... Para tu seno, ¿qué mejor ceñidor que mis manos amorosas?... ¿Qué mejor pulsera para tus muñecas que la que formen mis dedos al tomarlas para llevar tus manos a mi boca?...*

*Una sola mordedura, cálida y suave, a un lado de tu pecho, será un broche único para sujetar a tu cuerpo la clámide ceñida y maravillosa de mis besos...*
*Puedes venir desnuda a mi fiesta de amor. Yo te vestiré de caricias...*

La calidad insuperable del prosista se aquilata en crónicas como "La lluvia en las calles", con la gracia modernista de Gómez Carrillo y de Darío, y que en Cuba lograran pocos: Federico Uhrbach, Poveda, Francisco José Castellanos y un gran periodista y bohemio injustamente olvidado, Miguel Ángel Limia, a quien Rubén dedicara un admirable "bosquejo". Pero su logro mayor como artista de la prosa lo alcanza Martínez Villena con dos cuentos excelentes —"Un nombre" y "En automóvil"— que pueden situarse en paridad con los mejor escritos en Cuba, que es tierra de magníficos cuentistas. La pintura feliz del ambiente y de los personajes pueblerinos entre quienes se desarrolla la anécdota sentimental del primer cuento, la potencia vital expresada en el ceñido paralelismo del hombre y la máquina que expresa el segundo, dan fe de la maestría de Rubén en un género que inicia por esos años su renacimiento entre nosotros. A ese renacimiento contribuyó él, junto a Luis Felipe Rodríguez y Alfonso Hernández Catá, más cerca del segundo que del narrador manzanillero.

En octubre de 1924 comenzó Rubén a dirigir la página literaria de "El Heraldo de Cuba", y al anunciar el propósito que en ella había de guiarle afirma que "ésta no será una página de literatura sólo para literatos. Para ellos procurará tener el manjar exquisito. Para los no preparados pretende hacer obra de preparación. Será, pues, selecta sin pedantería; educacional sin que aparezca pedagógica; y por orden de grados, cubana, latinoamericana y cosmopolita. Y juvenil y libre, sobre todo. ...Cuentos, artículos de crítica, crónicas, versos, noticias de la actualidad y del ambiente literario compondrán esta página a la cual dedicaremos nuestra antigua vocación nunca olvidada y nuestro siempre renovado deseo de servir".

Rubén habla de su "antigua vocación nunca olvidada". Es decir que para él la faena del orfebre literario ha quedado ya atrás y se subordina ahora, de modo ancilar, al ideal de servicio ciudadano. Cuando, una semana más tarde, el 20 de octubre de 1924, comenta el primer libro de versos de Enrique Serpa, *"La Miel de las Horas"*, de inmediata publicación, advierte que, el poeta moderno ha de ser un espíritu apto a recoger las vibraciones infinitas, su aptitud ante la vida ha de ser la de un resonador maravilloso, y las ondas disímiles han de transformarse en él en ecos de una idéntica armonía. Esto es, sin duda, diferente a la facultad de poner en renglones cortos distintos aspectos de las cosas y del alma, lo cual es despreciable obra de albañilería".

En 1925 Cuba está llena de exilados políticos hispanoamericanos, arrojados de sus naciones respectivas por dictadores al servicio de los intereses norteamericanos: Leguía en el Perú, en Venezuela Juan Vicente Gómez, Rubén dirige y redacta *Venezuela Libre* y colabora en toda empresa antimperialista. El lleva a las reuniones minoristas la inquietud política y participa en las luchas por la renovación universitaria y en la Universidad Popular al lado de Mella. Aún no ha cuajado una firme concepción del mundo y tiene por maestros, y los propone a los jóvenes de su tiempo, a tres figuras representativas de esta etapa de transición: el uruguayo José Enrique Rodó, el argentino José Ingenieros y el mexicano José Vasconcelos. Con motivo de la muerte de Ingenieros, escribió Rubén en la revista habanera *La Mujer Moderna:*

*Tres grandes Maestros de la Juventud Americana, sobresalen en tres distintas naciones de nuestra América: Rodó, Vasconcelos, Ingenieros.*

*El primero inculcó en sus obras un afán, hasta entonces nunca igualmente expresado, razonado y sentido, de cambio, de evolución, de transformación... Fue educador del individuo, mediante el libro bello y convincente.*

*El segundo, Vasconcelos, también redentor cultural de la América Latina... fue... el preparador de la masa humilde, del indio analfabeto, y el propulsor eficaz de la juventud para lograr su colaboración indispensable, en la obra de la cultura.*

*El tercero, Ingenieros, presenta a un tiempo el carácter del apóstol, del maestro y del luchador... Su obra de investigador atento sobre el organismo humano, acerca de las aberraciones y complicaciones morbosas del espíritu, y sobre el organismo social, en el estudio de sus enfermedades y de la posibilidad de sus remedios, corre parejas con su labor de apóstol. Animador de juventudes, amigo de los estudiosos y amante de la madre América.*

*Sobre todo, esto último que en él se ataca, esa virtud de americano puro e integérrimo, es punto en que se unen, como en un mismo vértice las tres caras de la pirámide, estas tres grandes figuras de la historia contemporánea de Indo América. Fue a ellos común el amor al continente y la fe absoluta en el porvenir de él y de sus hijos. Fe que hay que garantizar, y porvenir que hay que ganar, con la ingente y en ellos nunca desmayada labor, de la educación de las multitudes esclavas de la ignorancia, y la preparación especial de sus juventudes ilustradas. Que sólo mediante el perfeccionamiento individual, y la ilustración de las masas se arribará a la consecución del mayor progreso humano, logrando la concordia universal por el esfuerzo de las mentes.*

Rodó, Vasconcelos, Ingenieros fueron los maestros de la juventud intelectual que, educada en el positivismo, enfrentaba con criterios individualistas y minoritarios los graves problemas de un tiempo de transición. Rubén pone ahora junto al "perfeccionamiento individual" la "ilustración de las masas". Su fervor patriótico, nacionalista, se ha hecho ampliamente americano, universal. Cuando muere Manuel Sanguily, *Social* recoge, en breves párrafos emocionados, su homenaje al gran mambí, renovado poco después en su artículo sobre *Nobles memorias,* volumen inicial de las Obras Completas de Sanguily. Todo él arte en ansias redentoras.

No ha dejado, sin embargo, de hacer versos. De 1925 en su "Medalla del soneto clásico", delicada pieza de concurso, fino ejercicio literario sin trascendencia mayor. Mucho más importantes resultan sus dos últimos poemas publicados: los serventesios alejandrinos de la "Defensa del miocardio inocente", en que renueva la ironía sentimental de la "Canción del sainete póstumo", y el soneto modernista "Motivos de la angustia indefinida" que cierra el ciclo de los poemas consagrados al ansia frustrada de expresión. La gracia de la "defensa" se hace doloroso sentimiento de impotencia y de fracaso vital en el soneto. Acaso en el instante en que el poeta se siente renacer entre las multitudes de su pueblo, el recuerdo de su soledad anterior le asalta y le atenaza de nuevo la garganta. Y es también que, en trance de despedida, los temas y las formas de una etapa anterior se demoran en sus manos que han de asir en seguida más rudos instrumentos. Por eso tiene el sabor de toda una morosa recapitulación de ideales estéticos comunes su admirable estudio crítico de *Los Astros Ilusorios* de Ramón Rubiera, el libro más característico de esta promoción de escritores orfebres. Rubén lo juzga con extraordinario acierto, en artículo aparecido en la revista *Chic,* en abril de 1925. Y al resumir los rasgos estilísticos de Rubiera hace, sin pretenderlo, el inventario de la mayor parte de los suyos: "Consonancias nobles y difíciles (aunque la asonancia se emplee casi por igual —esto no es cierto en Rubén. J.A.P.—, muy en armonía con el carácter de las composiciones); eficaz y sabio aprovechamiento del esdrújulo en los alejandrinos; acertado atrevimiento en el neologismo; terror santo a la sombra de un lunar; miedo a la licencia; escasez de la sinalefa (algo más abundantes en Rubén. J.A.P.), son elementos y limitaciones con los cuales Rubiera construye versos maravillosos de ritmo, de sonoridad, de elegancia".

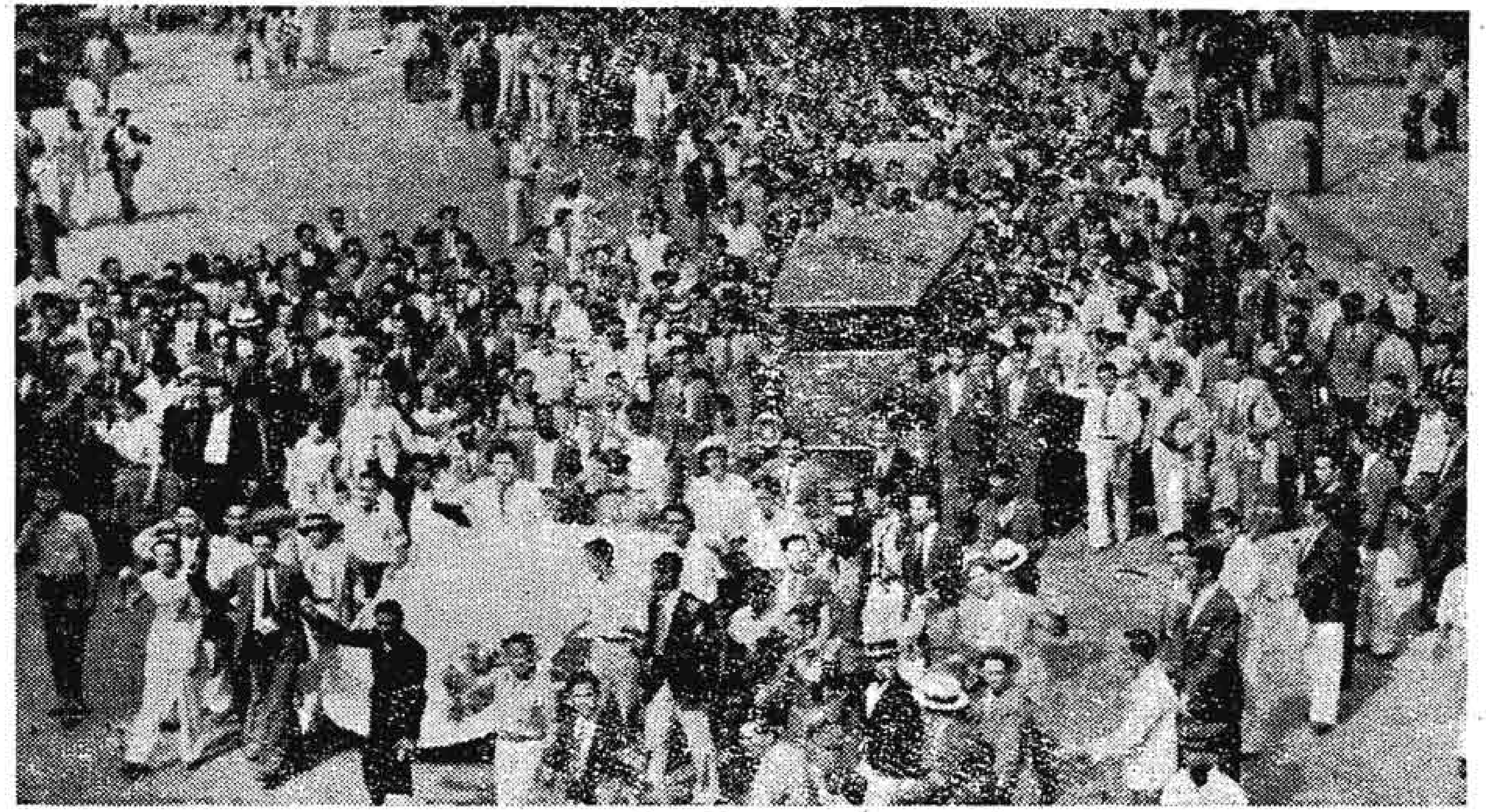
En mayo de 1925 subió al poder Gerardo Machado. Muy pronto la vida política cubana entró en la más grave de sus crisis contemporáneas, dentro de cuya órbita giramos aún. Rubén ya estaba sumido íntegramente en la pelea. Cuando Julio Antonio Mella, expulsado de la Universidad, fue encarcelado y se declaró en huelga de hambre. Rubén fue el más denodado campeón de su libertad. Fue entonces que ocurrió su encuentro con Machado, que tan bien ha narrado Raúl Roa en su prólogo excelente a *La Pupila Insomne.* Es la época también de su polémica con los apristas en la Universidad Popular "José Martí", de sus campañas antimperialistas en *América Libre,* que en gran parte redactaba, de sus esfuerzos por amar a los intelectuales del Grupo Minorista al creciente movimiento de reivindicación social. Pero el minorismo, como la nación, atravesaba entonces un instante crítico. Rubén lo ha-

RUBEN MARTINEZ VILLENA ● RUBEN MARTINEZ VILLENA ● RUBEN MARTINEZ VILLENA

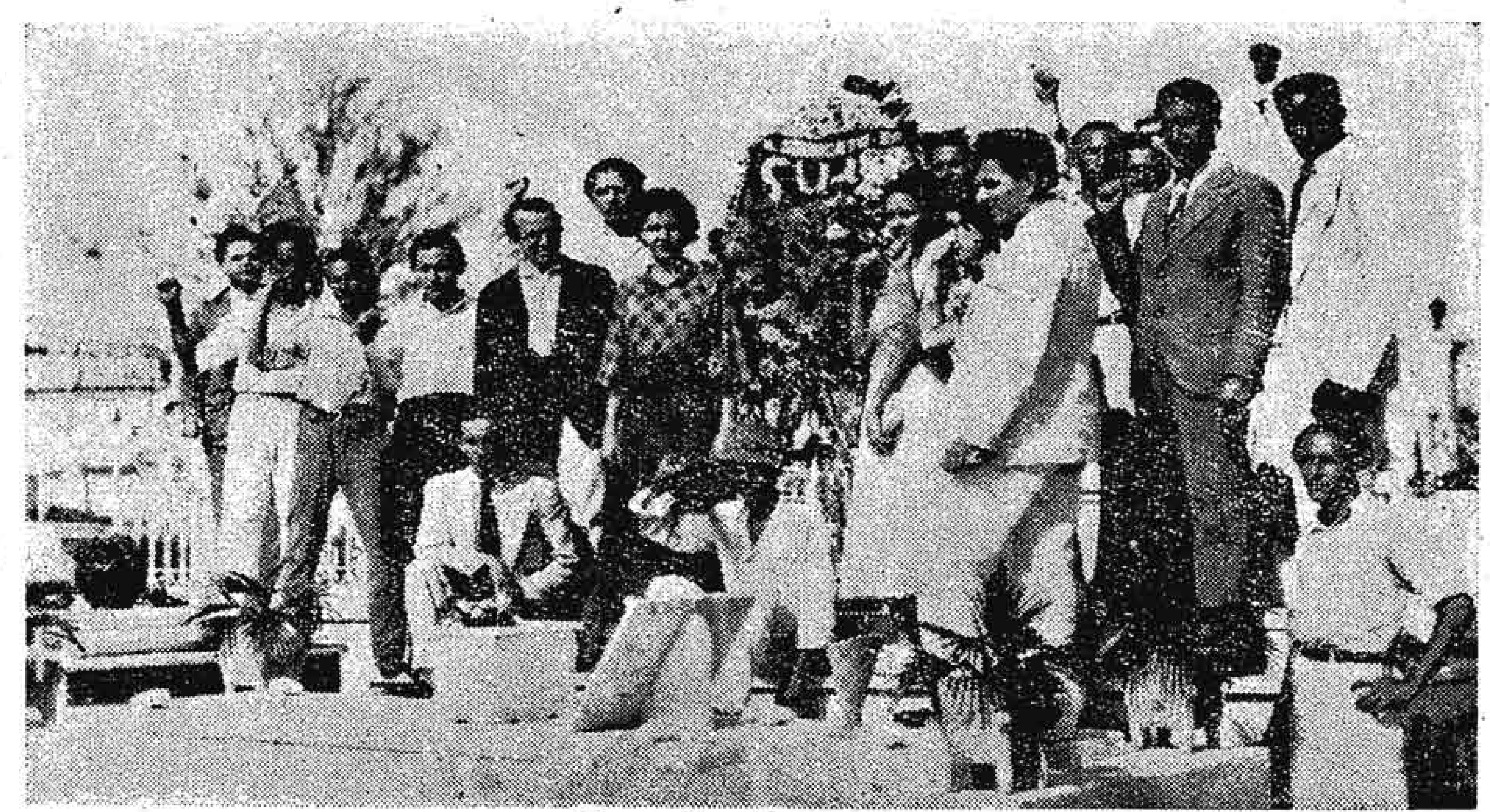
EN LA MUERTE DE RUBEN



Guardia de honor



Sepelio



Peregrinación

RUBEN MARTINEZ VILLENA ● RUBEN MARTINEZ VILLENA

bía caricaturizado amablemente en un capítulo de la novela realizada en colaboración por doce miembros del grupo, con el título de *Fantoches* 1926, y aparecida en las páginas de *Social*. Poco después, a mediados de 1927, se produjo la expulsión de Alberto Lamar Schweyer.

Lamar, uno de los Trece protestantes de la Academia de Ciencias, había publicado un libro titulado *"Biología de la Democracia"* que era un esfuerzo por justificar la dictadura machadista. El Grupo Minorista reaccionó inmediatamente expulsándolo de su seno, a lo cual contestó Lamar Schweyer negando la existencia del minorismo. Con ese motivo redactó Rubén unas declaraciones, aparecidas en *Social*, en junio de 1927, que constituyen la más completa exposición de aquel movimiento y su canto del cisne.

A partir de aquel instante ya no hubo cuartel para Martínez Villena. Había cuajado en él una nueva y más lúcida concepción del mundo. Convertido al marxismo, Rubén ingresó en el recién fundado Partido Comunista de Cuba. Se dió entonces íntegramente a una extraordinaria labor organizadora, luchando contra la represión y el terror gubernamentales y contra la muerte que acechaba en sus pulmones dañados. El relato de su heroísmo militante, resumido de modo admirable por Raúl Roa en el prólogo citado, requiere espacio mayor que el que podemos darle en este análisis de su obra de escritor. No dejó de ser nunca, ni en las horas de más intensa lucha, un artista, apasionado por la belleza y sus problemas. En 1927 escribe su certera "Semblanza crítica de Regino Pedroso" y saluda en ella el advenimiento de la nueva poética:

> *El Poeta obrero descubre, como en el mito de Anteo, una fuerza inagotable que proviene de su origen, y que se mantiene y se renueva con el contacto. Y a golpe de martillo puede forjarse el verso que cante su tragedia, tal cual es, sin evasión consoladora y sin descanso; pero tremante de una "inmensa esperanza". Manos invisibles separan la niebla que cubre los ojos llenos de visiones y una aguda clarinada rompe en la noche del alma un himno nuevo. Gana el verso, entonces, en sinceridad y en fuerza, lo que pierde en voluptuoso movimiento; y es así cómo, a nuestro ver, Regino Pedroso, artista de florentino refinamiento, narrador de bellas fantasías y amante como un primitivo de los símbolos, las supersticiones y las gemas, entrega hoy su instrumento, ya sin secretos para el panida, su angustia de hombre de la época, el ritmo de su trabajo de herrero y la sorda cólera y vidente esperanza de su clase, hasta la cual llega hoy el llamado de la fatalidad histórica.*

Estamos ya muy lejos del orfebre, del cultivador de la forma por la forma. El arte militante es faena ancilar y el poeta voz que clama una urgencia multitudinaria de justicia social. Es entonces cuando, en respuesta a Jorge Mañach, escribe estas palabras: "Yo no soy poeta (aunque he escrito versos). No me tengas por tal, y por ende, no pertenezco al "gremio de marras". Yo destrozo mis versos, los desprecio, los regalo, los olvido: me interesan tanto como a la mayor parte de nuestros escritores interesa la justicia social".

Se ha querido entender esta declaración de Rubén Martínez Villena como renuncia expresa a su condición de escritor y confesión tácita de incompatibilidad entre la faena poética y el quehacer político, y no hay tay cosa. El propio Rubén la desmiente con su inextinguible pasión por la forma poética, aun en medio de lo más cruento de la lucha revolucionaria. En 1928, perseguido y enfermo, con la responsabilidad de dirigente nacional del Partido Comunista de Cuba, Rubén comenta alborozado los Tres temas sobre la nueva poesía de Regino E. Boti, publicado por la REVISTA DE AVANCE. Y en 1931, convaleciente en Moscú, tras dura lucha con la muerte, escribe a su hermana Judith estas palabras henchidas de belleza poética:

> *La cuestión es conservar siempre un pedazo interior de niñez; mientras eso exista podemos estar seguros de que aún podemos mejorarnos (ser más comprensivos, aprender cosas nuevas, ser capaces de generosidad) y así podemos alegremente acercarnos a la vejez mientras algo no sólo permanece joven, sino que está caminando hacia la juventud dentro de nosotros. ¿Sientes tú eso, no es verdad? Yo también, pero es cierto que se me pasa mucho tiempo sin que me dé cuenta de que existe ese pedacito de infancia en mi interior (el cual se parece ya mucho a una máquina dura, inflexible, fría), mientras él está allá, en un rincón, como un juguetico frágil perdido bajo un montón de tarecos sucios, feos, viejos.*

He aquí una página digna de Rilke escrita por el más grande dirigente revolucionario de su generación. Cuando se recojan sus obras políticas se verá que el artista sigue forjando el lenguaje directo y la imprecación que son ahora eficaces instrumentos expresivos, como lo fueran antes el ritmo y las imágenes modernistas. Como Santa Teresa de Jesús, a veces extrema Rubén los coloquialismos para llegar a todos y tal vez un poco para hacer penitencia por sus preciosismos simbolistas. Y junto a los versos y las prosas de su etapa de orfebre habrá que poner mañana los panfletos y los artículos encendidos de pasión, rigurosos de dialectica, en que trazó pautas infalibles para la redención de su tierra.

Rubén Martínez Villena, ansia viva de grandeza desde su adolescencia, vivió en poética tensión —es decir, en tensión creadora— buscando una obra digna en que ponerse por entero. Creyó un instante, como reacción frente a las circunstancias nacionales impropicias, que esa obra era pulir el verso y labrar un más perfecto instrumento de expresión, llevando hacia adelante, en el secreto del laboratorio y de los grupos minoritarios, las experiencias modernistas. La realidad dolorosa de su tierra le impuso la acción inmediata y matizó su verso de irónica amargura. Luego, iluminado por la interpretación marxista de la historia, entendió su deber darse a la lucha por transformar la realidad colonial de su isla y contribuir a la redención definitiva del hombre. Y a ella se entregó, poéticamente heroico, forjando cada minuto de su epopeya revolucionaria con la misma estética voluntad de estilo con que labrara cada verso y cada hemistiquio de sus poemas preciosistas. Su muerte, en los días bellamente tumultuosos de la caída de la dictadura machadista, en que alboreó jubilosa una nueva conciencia entre las masas cubanas, fue el último verso de una admirable existencia poética, flameante como la de Shelley, disparada hacia más justos horizontes, vibrante, definitivo y rotundo: su más perfecto consonante final.





# EN AUTOMOVIL

En las antologías del cuento cubano no suele incluirse a Martínez Villena. Siempre se habla de él como poeta —lo cual está bien; pero nunca como cuentista— lo cual está mal. Por supuesto, M. V. no cultivó el género de modo sistemático y ni siquiera escribió los cuentos suficientes para integrar un tomo. A pesar de ello dejó un cuento —**En Automóvil**— que es una pequeña obra maestra. El relato en cuestión tiene ese "de todo" con que significamos las exigencias y excelencias propias del narrador de gran talento. Con una economía de medios nada frecuente en los cuentistas de su generación, con un estilo directo y un control absoluto de sus medios expresivos, logra M. V. esa tensión que hace que el lector, deslumbrado y conmovido, pase página tras página.

**En Automóvil** se emparenta con grandes narraciones como **El Super Macho** (Jarry), **El Heresiarca y Cía** (Apollinaire), con Alphonse Allais, Con Xavier Forneret y también con Villers de L'Isle Adam y, por qué no, con Poe. Sería una reparación debida a M. V. que en la próxima antología del cuento cubano se incluyera **En Automóvil**; además de un acto de justicia sería también una ganancia neta.

V. P.

TENGO un amigo farmacéutico en un pueblo próximo a La Habana; a pesar de esto, la pasividad de su vida y el vértigo de la mía nos impiden visitarnos y, aunque de tarde en tarde nos escribimos, son casi siempre cartas que necesitan franqueo extraordinario.

Por mediación suya conocí a Arturo Vanderbaecker, el hombre cuyo recuerdo me hace escribir estas líneas.

Aunque le traté muy poco, como supe su historia por boca de mi amigo que le consideraba un semidiós de Valhala, puedo afirmar que jamás conocí un tipo de más exuberante vitalidad victoriosa.

Nació accidentalmente en Egersund, de padre noruego y madre cubana, línea paterna dinamarquesa y ascendencia materna española; y esta mezcla de razas de características opuestas, había cristalizado en él un admirable ejemplar de humanidad. Alto, fuerte, blanco, con el rostro curtido por todos los climas de la tierra, era él un producto equilibrado de sus padres: el cabello rubio como una llamarada y los ojos negros y hermosísimos; dulce, pero decidido; con una perseverancia y una tenacidad sajonas, puestas al servicio de una fantasía tropical, rápida y audaz; su fuerza hercúlea, se podía apreciar bajo su traje; cierta vez que le vi en un alarde de potencia gigantesca, tuve la impresión de que aquel hombre podía con una flexión de sus brazos —como el azar lo había hecho en él mismo—, doblar y unir en un punto el círculo polar ártico y la línea ecuatorial.

Huérfano, dueño único de gran fortuna, de inquieto espíritu viajador, se lanzó joven a recorrer el mundo en todas direcciones. Pero no fue el "tourista" plácido ni el viajero curioso; vivió en casi todos los sitios que llegaba, recreándose de la adaptación continua y minuciosa; vistiendo como los naturales, haciendo lo que ellos; trabajando en labores rudas para gastar su exceso de energía siempre insatisfecha. Fue el derrochador de Vida.

Vivió en París como un príncipe, por su lujo, pero como un parisién, por sus costumbres; un parisién rico y alegre, amante de champagne; entró en traje de explorador al laberinto de las selvas africanas, y allí robó, con un disparo inverosímil, un león al que apuntaba también un hombre fornido, brusco y simpático, que después supo era Presidente de una República muy grande; este detalle le hizo variar de rumbo, y dejando para más tarde su proyectado

viaje al Polo Austral, corrió hacia aquel continente desconocido y maravilloso donde había gobernantes que eran cazadores de fieras; se encontró en América como en su elemento: atravesó los Andes varias veces entre tormentas de nieve; corrió sobre la pampa vestido de gaucho; aprendió el manejo del lazo y de "las bolas", gozó de la cordillera volcánica y casi inaccesible en un desborde pródigo de todas sus fuerzas; y ya cansado fue a caer a los Estados Unidos, donde hizo vida de ciudad y de estudiante, adquiriendo un título de ingeniero. Había recorrido medio mundo en quince años y dominaba ocho idiomas. Por último se hizo driver y se entregó plenamente a las delicias vertiginosas del automovilismo.

Fue entonces cuando vino a Cuba, para estudiar el mercado, con objeto de establecer una agencia de cierto norteamericano fabricante de automóviles. Pero su afán de conocer las costumbres de cada país fuera de la adulteración ciudadana de ellas, le llevó al campo repetidas veces; y en una de sus cortas incursiones, corriendo, como un criollo, en una carrera de cintas, cayó enredado con el caballo y se fracturó el brazo derecho, precisamente a la puerta del establecimiento que tiene mi amigo el farmacéutico en un pueblecito próximo a La Habana.

Este le hizo la primera cura con rara habilidad. Ese día nació la amistad entre ellos, amistad que nunca he podido precisar en lo que se fundaba; porque pocas veces se han hallado dos caracteres más diametralmente opuestos que los de aquella pareja de amigos. (Creo mucho, desde entonces, que en la buena amistad, como en los matrimonios felices, los interesados son cantidades complementarias.)

Y hete aquí, al fin explicado, como aquel farmacéutico, que no se había ausentado de su pueblo más que una o dos veces por año para ir a recoger sus notas bien ganadas en la Universidad, que no se movía ya más que en el trecho comprendido entre su mostrador y sus morteros, balanzas y cachivaches de química; que vivía en los altos de su botica; personificación de la serenidad y del orden, topó un día con aquel cometa descarrilado, vió entrar en su farmacia, de improviso —con serio peligro de sus vitrinas esmeradas, despedido, arrastrando un caballo entre las piernas, como lanzado todo por una catapulta—, aquella bomba rodante y viviente que era Arturo Vanderbaecker.

¿Qué tiene Cuba, que los que viven aunque accidentalmente en ella, acaban por quedarse, y hasta adquirir una familia y después una carta de ciudadanía?...

Arturo Vanderbaecker no instaló la agencia de automóviles; no emprendió negocio alguno; no hizo más que **quedarse**, sencillamente.

Y aquí se casó con una francesita que había amado en Buenos Aires, toda ficticia, encantadoramente ficticia como una joya falsa bien trabajada. Frívola, alegre, soñadora, voluptuosa, amó en él el hombre de vigor, sano, valiente, de rostro que los años tornaban de una serena severidad; lo vió aureolado por todos los prestigios del dios y todos los arrestos del macho; tenía ya la frente surcada en el entrecejo por el resplandor cegante de los trópicos, ceñuda de sol, como la de los labriegos; lo vió domador de hombres, cazador de fieras en el Africa, y lastrador de mujeres entre los indios del Paraguay.

Lo amó absorbentemente; le dio enseguida tremendas escenas de celos por su automóvil, que él a veces prefería... creyó quizás en la necesidad de la comparación para establecer un juicio cierto y apreciar más el valer de su marido, y así acabó enamorándose de otro.

Pero aquí debo ceder la palabra a mi amigo el farmacéutico, haciendo antes una aclaración.

La última vez que vi a Vanderbaecker fue como al mes de su boda, que me pareció disparatada. Me ausenté algún tiempo de La Habana y lo dejé a él entregado con su esposa a las mieles de los recién casados en su bella residencia, en pleno campo, situada en la provincia de Matanzas, y a mi amigo el farmacéutico siempre en su pueblecito próximo a La Habana, con no menos devoción que el matrimonio, a sus quehaceres, idas y venidas entre el mostrador y sus cachivaches de química.

Pasaron dos meses, y recibí una carta de éste. El timbre del correo y, antes, su abultamiento prometedor, me delataron su procedencia. De fulano, me dije.

Era larga —como suya—, con un estilo postizo —como en todas—, y que yo reconocía parecido al mío, dicho sea sin modestia y sin ofender la franca admiración que me profesaba mi amigo y que le induce, no sé por qué, a escribir sus cartas semejantes a las mías.

Como su autor no es muy fuerte en literatura, la carta que sigue va enmendada en lo que me ha parecido oportuno, pero creo deber de lealtad el declararlo.

"Yo estaba leyendo en la rebotica. Aquella noche no había venido nadie a la tertulia, y de pronto, se apareció. Estaba en pie, casi frente a mí, rígido como un militar; con el cabello rubio alborotado, vestido de negro; ¡parecía una antorcha! Nunca había visto a Vanderbaecker así, pero imagino que ésa sería su expresión ante los tigres caníbales de sus aventuras.

Me levanté asombrado, sin adelantar, haciendo retroceder el sillón con un movimiento de las piernas.

—¿Qué pasa? —le grité.

Me respondió sin abrir la boca, moviendo solamente los labios, a través de los cuales brillaban los incisivos inmóviles; clavada una mandíbula en la otra.

¡Usted va a venir conmigo! Yo comprendí la frase íntegra, después de pronunciada toda, sin haber oído bien cada palabra.

—¡Ella me ha engañado, traicionado, vendido! Se va esta noche... ¡con otro! Y yo voy a matarlos.

Hizo una pausa silbante y agregó:

—¡A los dos!

Ese verbo, matar, nadie lo conjuga ni ejecuta con más seguridad que los cazadores. Cuando él dijo: "voy a matarlos", yo me convencí enseguida de que aquello se realizaba indefectiblemente. ¿Qué fuerza podría detener a aquel hombre? Apenas intenté disuadirlo. Yo sabía que no hablaba por gusto; si él afirmaba que lo engañaban, era verdad; y si afirmaba que iba a matar, para mí, y para cualquiera que lo conociera, aquello tenía la irrevocabilidad de un hecho pasado.

Tomé el sombrero y entramos en su automóvil, el automóvil que tanto quería y que yo tantas veces me había negado a probar. Comprendí que ella estaba allá, en el chalet de novios, a cien kilómetros de nosotros; y cuando la violenta arrancada me hundió en el cojín del respaldo, medí con la imaginación el peligro que iba a correr al salvar la distancia llena de obstáculos, arrebatado yo, inocente de todo, por la pasión de aquel hombre enfurecido. Sacrifiqué mi temor a la devoción que me inspiraba su amistad y me entregué a mi suerte.

Yo no sabía qué era correr en automóvil. Apenas el carro embocó la carretera pareció que le crecían alas. El terror, el terror incontenible de morir estrellado, me inmovilizó por completo. Vi el camino, la cinta blanqueada por los reflectores que alumbraban también los árboles laterales y la bóveda de las frondas, formando todo como un túnel brillante, un tubo de aspiración, que nos atraía a su fondo inalcanzable cada vez con mayor velocidad.

En vano procuré calmar mi excitación con reflexiones alentadoras; debía confiar en la pericia de aquel hombre, expertísimo en el manejo de su máquina que dirigía y usaba como un miembro de su cuerpo. Por otra parte, había detalles que me daban una impresión ridícula de seguridad; los guantes, los grandes guantes de Vanderbaecker, me inspiraban una confianza ilimitada; ¡aquellos guantes crispados sobre la dirección! ¿Podría haber algo más tranquilizador que aquellos guantes? Y sus lentes, provistos seguramente de una virtud insospechada por mí. ¿Le harían ver cada piedra y cada bache en el pavimento, que rodaba todo, vertiginosamente, a nuestro encuentro? Lo cierto es que sin que yo me lo explicara, sin que el aspecto del camino variara ante mi vista, ora corríamos por el centro francamente, ora obligaba el carro a ir rozando las orillas. Pero todo a una velocidad inconcebible.

Para darme exacta cuenta de ella, me propuse fijarme en un punto visible hacia delante, y sentir el tiempo que tardábamos en dejarlo detrás. De improviso, vi algo, pero lejanísimo; la cinta de luz terminaba de pronto; el sitio que debía continuar, estaba oscuro, negro; la carretera se acababa; mi espanto creció a lo indecible. Apenas cuando me había percatado de aquello, ya llegábamos, ya venía hacia nosotros, ya estábamos sobre el obstáculo insuperable; y súbitamente, en el punto aquel, vi surgir, como por magia, otra vez la cinta blanca; se abrió, se alargó en un salto hasta el horizonte, rodábamos por ella... El cambio de dirección del carro, inclinándome de lado sobre mi amigo, me devolvió la impresión de la realidad. ¡Horror! ¡Aquello había sido una curva!...

Desde entonces mi martirio se intensificó en cada objeto, en cada punto lejano. Iba hipnotizado, mirando el camino rayado y deslizante. Cada curva, que ya conocía de lejos, era el plazo de vida que me daba yo mismo. Pero muchas veces eran suaves, casi agradables; no sentía su desarrollo, no podía precisar cuándo empezaban ni acababan y tenía la impresión amable de que el automóvil enderezaba el camino.

Luego hubo una que creía sería la última. Era horrenda, imposible. Antes de atacarla, oí que el ruido del motor se modificaba y sentí en todo el cuerpo la impresión áspera del frenaje; a pesar de todo, entramos como una tromba. Vencido el primer sector, la máquina se impulsó de nuevo; tuve intenciones de gritar, ¡eh! todavía no se ha acabado, ¡retranque, retranque! Pero no pude, ya la venciamos, pegados al borde interno —¡una cosa horrible!—, con las ruedas mordiendo la cuneta..

Las frases se me subían a la garganta; frases de súplica, de amenaza, de espanto: ¡No más! ¡Por Dios! ¡Me tiro, me tiro! Pero no podía hablar, ni moverme.

Pensaba, yo también a toda máquina. Deseaba con toda mi alma que se partiera una pieza, que se ponchara un neumático.

Y así, en aquella carrera desaforada, empezamos a atravesar pueblos, pueblos dormidos. Entrábamos por un lado, pasábamos a través como en un vuelo, volvía la carretera; todo en tan corto tiempo, que yo veía imposible que las ruedas hubieran girado más de diez veces. Y todas las casas se perseguían furiosamente, en un desfile fantástico, por nuestro lado; mientras yo suponía un punto, allá atrás, en que se alcanzarían los edificios en fuga y el pueblo todo no sería más que un amontonamiento de casas destruídas, encaramadas en ruinas, unas sobre otras.

Pasaban pueblos. Yo pensaba: algunos habían sido creados por la carretera: en ellos hacía las veces de calle central; y otros la hacían oblicuar, la obligaban a ir a visitarlos, desviándola de su línea recta (a éstos había que atravesarlos casi siempre en zigzag). Sentía simpatías por

los primeros, los humildes, los que no perturbaban la rectitud majestuosa del camino.

Entramos luego en una calzada, ancha, plana, pulida; no sé cómo se nos puso delante. No tenía árboles, sino postes, postes largos, fríos, como graves señores estirados, pasábamos por entre ellos, en dos filas; rígidos, iguales, como soldados en una parada. Los oía zumbar, venían a galope, y pasaban, arrebatados de inmovilidad.

De pronto, el pavimento erizado nos hacía salir; el salto continuo, disimulado en la rapidez, era una trepidación desagradable: una curva, una reja abierta, y una casa blanca detrás. La luz de los reflectores chocó en la fachada fieramente. No creí que el automóvil pudiera atravesar la puerta de la reja, pero pasó de modo milagroso. Siguió con rapidez irreverente la curva ceremoniosa del sendero de grava, y se detuvo brusco, como un potro espantado, ante la escalinata. Me fui de bruces.

La mano derecha me dolía mucho. Entonces me di cuenta de que había estado agarrado con todas mis fuerzas a no sé qué cosa dura, creo que a la portezuela que me quedaba al lado. Sentía la cara quemada por la ráfaga.

Salí tambaleándome y subí al portal. Vanderbaecker salía ya de la casa.

—¡Se han ido! —aulló. Estaba horrible.

Saltó al timón y proyectó la luz de un reflector movible hacia un costado de la casa. Vi el garage, abierto de par en par, vacío, que me pareció la nave desalquilada de un taller.

Enseguida el motor acreció su ronquido monótono, y lo llevó hasta la desesperación; Vanderbaecker no se ocupó de mí. El aparato arrancó de un salto; desapareció tras un macizo de plantas, reapareció enseguida, y aquella máquina diabólica salió otra vez disparada, franqueando de modo inverosímil la reja por donde no cabía.

Yo quedé solo, a oscuras, ensordecido, imbécil, calculando vagamente el tiempo que tardaría en recorrer a pie la distancia que me separa de casa...

Sentado en el suelo, sobre la piedra fría, con las piernas colgando sobre la escalinata de mármol, apoyado como un muñeco medio caído contra el pie de una columna, dejé que la noche negra y luego la madrugada penetrante de frío, sirvieran de sedante a mis nervios que eran sólo un pailla miserable.

Ya el cielo empezaba a adquirir ese color blancuzco y tierno del amanecer; veía ya el jardín; el sendero amplio de grava por donde había llegado allí, conducido sobre las cuatro ruedas dementes que habían enrollado cien kilómetros de carretera en gomas invulnerables; veía una fuente frente a mí, el macizo de plantas, el césped verde y húmedo, la reja alta, por donde se había ido aquello; por donde Vanderbaecker había salido con el motor a toda marcha; feroz, decidido, incansable, con el aspecto de un tigre hambriento que va de cacería.

Y a esa hora, pasó por el camino algo en cuya existencia no creía ya, tal era mi impresión de abandono: un hombre.

Era un lechero que iba en su carrito tirado por un caballo flaco y obstinado. Iba cantando. Le grité, corrí, detuvo el carro, trepé al pescante, y me fuí, no sé a dónde, a donde fuera él; con el propósito de llegar a un pueblo cualquiera, a una estación de ferrocarril por donde pasaran trenes, un tren, no me importaba cuál.

Permanecía callado después de las palabras forzosas. Y allí al lado de aquel hombre que parecía indiferente y yo adivinaba receloso, me puse a suponer lo que habría sido de mi amigo; cuál habría sido su venganza, que seguramente ya estaba cumplida. De pronto, imaginé algo horrible y tan natural, que me estremecí todo y sentí como el cabello me tiraba del cráneo.

Sí, eso era, seguramente. Lo veía, con una claridad tal, como si lo recordara. Los había matado con el automóvil; con la máquina que dirigía como un caballo dócil, que corría como una amante, que le obedecía como un perro fiel. Lo vi alcanzar su otra máquina, la que se llevaba al infame con su esposa criminal; reconocerla; calcular con una seguridad matemática la velocidad a que marchaban, el sitio a donde se dirigían; medir y comparar caminos traviesos, rodeos de adelante; salir de la carretera, tomar otro rumbo; y corriendo, volando, a todo lo que daba su carro portentoso, con una furia en que se mezclaban la indignación del burlado, la intención asesina y el amor propio del chauffeur, alcanzarlos, pasarlos, entrar de nuevo en la carretera, y volver sobre ella, en dirección contraria a la que llevaba la máquina fugitiva; atisbarla, seguro de su maniobra de cazador; verla al fin aparecer, corriendo hacia él; y entonces, con la decisión más afirmada en el instante supremo de su venganza, sin disminuir su velocidad, ni apagar los reflectores poderosos; sino, encandilando al otro, tomando el centro exacto del camino, seguir con el pie clavado en el acelerador, confiado plenamente en su pericia funesta.

Vi las dos máquinas enfrentarse, el zig zag de huida de la una; el zig zag de caza, inverso e igual, que le imprimiría Vanderbaecker a la suya, y en un instante, chocar, incrustarse la una en la otra con un estruendo horrible de explosión; y sin que oyera un grito, una palabra, nada, quedar después todo en el silencio de la noche negra, y permanecer allí, bajo la madrugada penetrante de frío, hasta descender la luz tierna y láctea del amanecer sobre el grupo macabro.

Iba tan abstraído, tan sugestionado, que me encontré de improviso fuera del asiento, casi a gatas, con las manos apoyadas sobre el rebote de madera del pescante, mirando atentamente el arnés del caballejo obstinado en su marchita inalterable.

Y al volver a la realidad, como si ella respondiera a la última escena aterradora de mi cerebro fatigado, vi, vi, con mis propios ojos, caído a la izquierda, en la cuneta profunda el grupo indescriptible.

Dos automóviles —dos cosas que habían sido automóviles—, agarradas en un abrazo mortal y triturador; estaban casi de pie, como esas cartas que se apoyan una en otra en cierto juego de naipes, los dos motores mezclados, fundidos en una misma masa informe, las carrocerías destrozadas; sin parabrisas, con las ruedas descentradas o torcidas, contraídos los estribos en una violenta ondulación: todo era una sola cosa erizada y rota. Las máquinas parecían haber vivido; semejaban cadáveres. Se veía que en aquellas dos bestias mecánicas había existido la voluntad de formar una sola, de penetrar la una en la otra hasta desaparecer; y el grupo tenía el aspecto bárbaro de una salvaje escena de amor entre dos aparatos.

Una era la máquina fantástica, la máquina de carrera de Vanderbaecker, y la otra un limousine débil, que también era suya: su máquina de paseo, charolada y encristalada toda. Me fue difícil reconocerla.

¿Qué celo formidable de mecanismo de acero había precipitado al macho contra la hembra hasta llegar a la posesión plena y mortal?

Y allí, amasados con hierros y astillas, estaban los tres: un hombre sin cara, al pie de un árbol, en cuyo tronco había untada parte de su cabeza; una mujer, hecha una bola sanguinolenta de carne con faldas; y dentro de la limousine, como si hubiera saltado sobre los culpables espantados, mi amigo, clavado de cabeza; la elegante gorra de chauffeur aplicada violentamente al cráneo, con una rotura por donde asomaba masa cerebral; no se le veían los ojos; los brazos torcidos y un pedazo del volante saliéndole del pecho...

Y yo buscaba, loco, seguro de hallarlo, el otro cadáver que faltaba, el otro cadáver que debía estar allí".



# MARTINEZ
# * VILLENA

## POR NICOLAS GUILLEN

EL pueblo cubano, de punta a punta de la Isla, acaba de recordar a **Rubén Martínez Villena**, muerto un dieciséis de enero.

Yo conocí a **Rubén** en **1921**, en la **Universidad de La Habana**. Ambos estudiábamos leyes, pero él estaba en cuarto año y yo en primero. Sin embargo, nos hicimos amigos, y esa amistad duró sin empañarse, hasta la muerte del poeta.

Solíamos caminar y charlar en el **patio de los laureles**, durante el tiempo que nos dejaba libre las clases de uno y otro. Algunas noches, coincidíamos en la peña literaria del teatro **"Martí"**, con **Galarraga, Serpa, Núñez Olano, Paulino Báez** (¿dónde estará **Paulino?**) y **Regino Pedroso**. Otras, nos juntábamos en su casa, en una calle de la **Habana** Vieja. Allí vi muchas veces a **José Antonio Fernández de Castro**.

Cuando, aprobado mi primer año de leyes (fue el único) volví a mi **Camagüey** natal, nos cambiamos algunas cartas. Poco antes de que el tren partiera —eran los tiempos del "Ferrocarril central"— **Rubén** me dijo:

—No puedes equivocarte con mis señas, si recuerdas que mi apartado es el comienzo de la numeración: 123...

Lo vi por última vez en los días siguientes a la caída de **Machado**. Fue en una casa de la calle de **Reina**, y lo abracé largamente. El acababa de volver de la **Unión Soviética**, del **Cáucaso**, donde había ido a buscar alivio a su enfermedad. Debí de apretarlo fuerte y darle esas palmadas, que subrayan en **Cuba** los abrazos, porque exclamó:

—¡Cuidado! No golpees tan fuerte, que ahí está el pulmón. Vivió algunos meses más.

---

**Martínez Villena** era hombre delgado y nervioso. El rostro triangular, de nariz fina, estaba iluminado por la luz verde de los ojos, en los que se mezclaban dureza y ternura. Eran ligeramente saltones y parecían penetrar lo que miraban. La cabellera tenía un color dorado oscuro, metálico; las manos eran largas y extremadamente ágiles; la boca delgada se fruncía con frecuencia en un rictus de ironía, amarga y agresiva a veces; inofensiva otras, según a quien hablaba o a lo que se refería.

El resto era bondad.

Bondad asistida de una inteligencia desollada, en carne viva; una inteligencia captadora y analítica que podía desintegrar un problema sin esfuerzo aparente, midiendo y calibrando de un golpe abarcador todas sus implicaciones.

Fue un prosista de raza y un poeta genuino. Por eso no hay asomo de retórica ni en su verso ni en su prosa. Fue claro, transparente para el pueblo, y elevado al mismo tiempo para los exigentes de la severidad creadora. No fue un literato, sino un escritor; no fue un técnico frío (a pesar de que conoció profundamente su oficio) sino un lírico vivo, hondo, que sangró y trepidó en una complicada red de nervios. Aun la musa patriótica, tan arisca y de tan peligroso trato, le cedió favores que obstinadamente niega al bronce fácil y al tambor.

Se piensa en **Rubén**, y nos viene **Martí**. Es con **Martí** con quien **Martínez Villena** ofrece mayor cercanía, por su desgarradora pasión cubana, por su decisión heroica. De nuestro Apóstol tuvo también el fuego verbal y creador, la voluntad mesiánica, la fe popular y aquel mirar hondo, que no dejó nunca trama sin deshacer, por complicada que fuese la urdimbre. Sobre todo, la certeza de que para librar a **Cuba** es indispensable disputar su presa al imperialismo, porque no hay entre nosotros (ni en el resto de **América** tampoco) real transformación revolucionaria, si no se vence en esa lucha.

A **Martínez Villena** como a **Mella** y como a **Pablo de la Torriente**, debe la revolución cubana sus primeros pasos en la República. Ellos vieron también, como **Martí** vio, que "hay que impedir a tiempo, con la independencia de **Cuba**, que se extiendan por las **Antillas** los **Estados Unidos** y caigan con esa nueva fuerza sobre nuestra **América...**".

Ya cayeron, ya se extendieron. Ahora estamos empeñados en desarraigarlos de tal modo que su planta no pueda retoñar. Ese es el sentido profundo y dinámico de la reforma agraria, del replanteamiento de la economía, de la lucha por nuestra independencia. Junto a la Revolución, junto a **Fidel Castro**, estaría hoy **Martínez Villena**, para cargar contra los "bribones" de que nos habla en sus versos de hace treinta años; la carga que hoy ha hecho recular hacia el Norte a naturales de tierras yanquis, y a naturalizados en ellas, que son precisamente los hijos desnaturalizados de **Cuba**. Y no sólo con sus versos estaría **Rubén**, sino con su acción viva, que no le dejó morir en paz, mientras la resaca del **33** encrespaba los sindicatos y anunciaba el vendaval de ahora, éste que barre para siempre la ignominia que fue hasta hace 2 años la presencia brutal en nuestra patria de un mandón extranjero.

* Publicado en la revista "Trabajo".

# los últimos DIAS de RUBEN en NUEVA YORK

## POR FRANK IBAÑEZ

EN 1931 en Nueva York el nombre de Rubén Martínez Villena era sumamente familiar. Sin embargo, muchos de los cubanos que estábamos interesados en la lucha contra la tiranía machadista conocíamos a Rubén, así, por su primer nombre. Conocíamos también íntimamente al Rubén poeta, al Rubén periodista, luchador anti-imperialista y organizador obrero. Sabíamos de la huelga general del 20 de marzo del año anterior (1930) y conocíamos a fondo la labor de Rubén en la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOC) y no ignorábamos lo avanzado de su enfermedad y que por entonces se decía que estaba en la Unión Soviética. Pero muchos, como yo, nunca le habíamos visto personalmente.

Una noche al terminarse una reunión de la ANERC (Asociación de los Nuevos Emigrados Revolucionarios, que fundara Julio Antonio Mella), salíamos de la casa de Benito Girón, cuando Leonardo Fernández Sánchez nos anunció: "Mañana llega Rubén".

Alguien habló de prepararle un recibimiento como se merecía, como lo querrían sus amigos. Pero la idea fue descartada enseguida. Rubén venía para entrar en Cuba. Su viaje no podía ser del dominio público.

Aquella noche le exigí a Leonardo la promesa de que propiciara mi encuentro con el revolucionario y poeta. Yo trabajaba entonces en las oficinas de Defensa Obrera Internacional, en el 779 de Broadway. Dos días más tarde, una mañana fría y húmeda, cuando comenzaban a arreciar los vientos de Marzo, entré al elevador del edificio en camino hacia el trabajo. En el elevador viajaban varios pasajeros, pero había uno que llamó mi atención: delgado, de nariz afilada y ojos vivos, pero de semblante enfermo y llevando un abrigo extrapesado. Era la persona de la cual yo me había hecho ya una imagen. Era Rubén.

Por discreción no le hablé, pero seguí sus pasos hasta las oficinas de la Liga Anti-imperialista. Ya allí, el secretario de la Liga, William Simons, se ocupó de la presentación.

Desde esa mañana cambié de trabajo. Me convertí en el guía, intérprete, secretario y compañero de Rubén.

Su estado de salud era precario, pero su decisión y energía eran tales que muchas veces nos hacía creer que no estaba enfermo. Su amor a la revolución le había hecho desarrollar una técnica muy suya para sacar energía de donde no la había. Hablaba de su enfermedad con calma. Sabía que sus días estaban contados y se preocupaba más de lo mucho que tenía que hacer que del reposo que su enfermedad exigía.

Inició sus actividades pidiendo una reunión con William Z. Foster y algunos otros miembros del comité central del Partido Comunista. Quería discutir con ellos la situación cubana, las tareas del Partido Comunista norteamericano en relación con el creciente movimiento revolucionario cubano y también la redacción de un proyecto de documento donde habían conceptos que él creía erróneos. La reunión se celebró al día siguiente por la mañana y duró varias horas. Su criterio fue aceptado. Salió de allí contento pero prácticamente extenuado. Recuerdo que me dijo: "Otra reunión como ésta y yo no llego a Cuba".

Los preparativos para su entrada en Cuba no fueron fáciles. Se necesitaban días y semanas de preparación. Los compañeros de Cuba insistían en el máximo de precauciones. La demora afectaba a Rubén tanto o más que su enfermedad.

Una noche estando en mi casa en compañía de Alberto Leiva y Manuel Marsall, el periodista cubano de "UN MIRADOR EN BROADWAY", Rubén se agravó tanto que nos llenó de alarma. Esa noche decidimos que se quedara en mi casa; no era posible permitirle que fuera a su cuarto donde vivía solo. Aquella noche la pasó muy mal. Logró dormir unas dos horas ya casi al amanecer del día siguiente. Por la tarde vinieron a verle Leiva, Leonardo y William Simons. Rubén accedió a quedarse en mi casa por unos días hasta sentirse mejor, pero a condición de que le dejaran usar la máquina de escribir. Y fue allí, donde usando a ratos de los restos de su energía feneciente, entre pastillas y chistes, entre visitas y té, que Rubén escribió su demoledor "Análisis del Programa del ABC".

Durante su estancia en mi casa, Rubén recibía casi a diario la visita de un sinnúmero de amigos: Alberto Leiva, Leonardo Fernández Sánchez, Manuel Marsall, Elías Rodes Tomasevich, Fagely, la hermana de Fabio Grobart, Rosa de León —la poetisa guatemalteca que bajo la influencia de Rubén abandonó la poesía para convertirse en organizadora sindical, y otros muchos que escapan a mi memoria.

Entre las cosas que Rubén escribió en Nueva York en las pocas semanas que estuvo allí, figuran también algunos artículos que fueron publicados en los órganos del Partido y en la revista "Mundo Obrero", de cuyo cuerpo editorial formaba parte. Y escribió también, quizás sus últimos versos, dedicados al proletariado cubano y en los cuales describía las traiciones de Juan Arévalo y las luchas de los ferroviarios cubanos. Estos versos se publicaron muchos meses después en una de las [illegible] ediciones del periódico "El Tabacalero", de La Habana.

Al leer el libro de Rubén publicado recientemente por el Gobierno Provincial Revolucionario de La Habana, me extrañó no encontrar aquellos versos allí. Quizás hayan desaparecido durante los ataques de la reacción y del ABC cuando traicionaron la revolución del 33. Si alguien en La Habana conserva esos versos, deben ser entregados al Gobierno Provincial para algún día completar el libro de Rubén Martínez Villena.

Determinado ya el día de su salida, se decidió que Rubén no se despidiera de nadie, que saliera lo más secretamente posible. Nos despedimos esa mañana muy lejos del muelle. Hasta el barco le acompañaron muy pocos, creo que sólo Leiva y Marsall. Embarcó, paradójicamente, en un barco de carga de la United Fruit Company. Los obreros del barco sabían la clase de carga que traían. Y los del puerto de Nuevitas sabían quién desembarcaba. Ellos eran su mejor protección.

La Habana 28 Nov. - 23

A Andrés Núñez Olano.
(Contertulio de Martí, amigo de antes y de ahora.)

Caro Andrés:

De un día a otro dejando el cumplimiento del deseo de verte, llevo ya seis días fuera del "astillero" (o del "hangar") sin haber encallado o aterrizado en la [illegible] galera en donde a diario cueces el [illegible] y exprimes el cerebro sobre la [illegible] la terrible [illegible] no quiero dejar pasar [illegible] tiempo sin [illegible] aunque [illegible] por anticipado y [illegible] — [illegible] que te debo mi [illegible] transeúnte constante [illegible] amigo de siempre — por [illegible] (como tuyas) aunque [illegible] amistad) con que acogiste [illegible]" la página de la Marina [illegible] mis ensayos líricos.

[illegible] que la carta que envié a [illegible] al dulce sarcasmo de [illegible] ha dicho que como poeta ten- [illegible] el prestigio del nombre - [illegible] tomada por algunos como [illegible] parte a otros que no [illegible] natario. Te sé lo suficien- [illegible] inteligen[illegible] comprensivo p.a no con- [illegible] entre éstos [illegible] creen, aunque ha [illegible] quien me [illegible] que entre ellos [illegible] contabas. Pero [illegible] que tú — como yo — frustras en esas [illegible] inclusive LA GLORIA. En todo [illegible] tú y yo somos competidores en inedición.

Así, pues, mientras no lo hago efectivo en persona, va aquí el abrazo de marras p.a el amigo que sabe serlo

tuyo Rubén

CARTA DE MARTINEZ VILLENA A NUNEZ OLANO